



EL PENSAMIENTO DEL CHE Y EL LEGADO DE FIDEL SOBRE LA TRANSICIÓN SOCIALISTA

APROXIMACIONES A SU VIGENCIA EN CUBA

LUIS
SUÁREZ
SALAZAR
[COORD.]

le
casa de las américas

Centro de Estudios
CHE GUEVARA



 CLACSO

El pensamiento del Che y el legado de Fidel sobre la transición socialista

El pensamiento del Che y el legado de Fidel sobre la transición socialista: aproximaciones a su vigencia en Cuba / Luis Suárez Salazar ... [et al.]; prólogo de Luis Suárez Salazar. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO ; La Habana : Sociedad Económica de Amigos del País - SEAP ; Centro de Estudios Che Guevara ; Casa de las Américas, 2022.
Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-813-209-9
1. Cuba. 2. Socialismo. 3. Democracia. I. Suárez Salazar, Luis, prolog.
CDD 306.345

Diseño de tapa: Dominique Cortondo Arias

Diseño del interior y maquetado: Eleonora Silva

El pensamiento del Che y el legado de Fidel sobre la transición socialista

Aproximaciones
a su vigencia en Cuba

Luis Suárez Salazar
(Coord.)



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Battyány - Secretaria Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

El pensamiento del Che y el legado de Fidel sobre la transición socialista. Aproximaciones a su vigencia en Cuba (Buenos Aires: CLACSO, junio de 2022).

ISBN 978-987-813-209-9



CC BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar |

www.clacso.org



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Prefacio	9
<i>Luis Suárez Salazar</i>	

I. El pensamiento del Che sobre la transición socialista: aproximaciones a su vigencia en Cuba

Alocución inaugural	17
<i>Zoila Benítez de Mendoza</i>	

Palabras introductorias.....	21
<i>Luis Suárez Salazar</i>	

Aproximación al legado del Che en la cultura del debate y en los métodos de dirección de la economía	27
<i>Fidel Vascós González</i>	

Che y la transición socialista	47
<i>María del Carmen Ariet</i>	

Che Guevara: socialismo y democracia en la experiencia cubana. Apuntes para el análisis	57
<i>Olga Fernández Ríos</i>	

II. El legado del Fidel sobre la transición socialista: aproximaciones a su vigencia en Cuba

Alocución inaugural75

Zoila Benítez de Mendoza

Palabras introductorias.....79

María del Carmen Ariet

Notas sobre las concepciones de Fidel en torno al papel de la ciencia
y el pensamiento en la transición socialista cubana y su
continuidad actual83

Jorge Núñez Jover

Las ideas económicas en el pensamiento de Fidel Castro.....105

José Luis Rodríguez García

“Sin cultura no hay libertad posible”.

Notas sobre las ideas de Fidel en torno a la cultura125

Abel Prieto Jiménez

El PCC debe ser el partido de oposición a la obra de la
Revolución cubana. Uno de los más trascendentales legados
de Fidel Castro139

Luis Suárez Salazar

III. Epílogo

Ver lejos, ver bien. Una aproximación al pensamiento estratégico
de Fidel Castro Ruz179

Rafael Hidalgo Fernández

De las y los autores189

Prefacio

Luis Suárez Salazar

Como tal vez conozcan buena parte de las y los lectores de esta obra colectiva,¹ desde fines de 2010, y convocada por la máxima dirección del Partido Comunista de Cuba (PCC), la población políticamente activa de ese país ha participado de manera sistemática en las diversas reuniones y consultas que se han venido realizando con vistas a definir los mejores caminos para avanzar en la que el Séptimo y el Octavo Congreso de esa organización política (efectuados en abril de 2016 y 2021, respectivamente) definieron como “actualización” del “modelo económico y social cubano de desarrollo socialista” (PCC, 2021, p. 7).

Cualesquiera que sean las comprensiones que se tenga de ese sintagma, lo cierto fue que ese inconcluso proceso se inició bajo la sistemática conducción del entonces presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de la República de Cuba (CCEMM) y primer secretario del Comité Central (CC) del PCC, general de Ejército Raúl Castro, quien, en el Informe Central que presentó ante el Octavo Congreso, señaló:

¹ Aunque el autor de este prefacio y coordinador de este libro se identifica totalmente con la validez de realizar una diferenciación de géneros, tanto en los discursos orales como escritos, en lo adelante se empleará el “género no marcado” (masculino) que implica tanto a las mujeres como a los hombres.

En lo que a mí se refiere, concluye mi tarea como Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba con la satisfacción del deber cumplido y la confianza en el futuro de la Patria, con la meditada convicción de no aceptar propuestas para mantenerme en los órganos superiores de la organización partidista, en cuyas filas continuaré militando como un combatiente revolucionario más, dispuesto a aportar mi modesta contribución hasta el final de la vida (Castro, 2021).

Sobre esas bases y con el propósito de continuar avanzando en lo que él llamó “rejuvenecimiento sistemático en toda la cadena de cargos administrativos y partidistas del país”, los delegados de ese evento, mediante su voto universal, libre, directo y secreto, eligieron a los integrantes de su nuevo CC y estos, en su primera reunión, a los miembros de su Buró Político y de su Secretariado. Igualmente, como su primer secretario, al presidente de la República de Cuba, Miguel Díaz-Canel Bermúdez.

Por consiguiente, a él le correspondió pronunciar el discurso de clausura del Octavo Congreso del PCC, realizado en medio de las difíciles condiciones económico-sociales creadas por la pandemia de Covid-19 y por el fortalecimiento de las sistemáticas, multiformes y oportunistas agresiones de los Estados Unidos contra Cuba.

Entre otros muchos conceptos que trascienden el objetivo de este prefacio, en esa alocución, Díaz-Canel (como comúnmente lo llama el pueblo cubano) remarcó la vigencia del legado y el ejemplo del Che, de Fidel y de Raúl Castro, así como de otros héroes y mártires de la historia de Cuba, e, inmediatamente después, afirmó: “*Lo más revolucionario dentro de la Revolución es y debe ser siempre el Partido, así como el Partido debe ser la fuerza que revoluciona a la Revolución*” (Díaz-Canel, 2021, énfasis propio).

Con ese propósito y con vistas a seguir avanzando en la edificación en Cuba del que se ha venido llamado *un socialismo, independiente, soberano, democrático, próspero, así como económica y ecológicamente sostenible*, Díaz-Canel viene impulsando la participación activa de destacados intelectuales, académicos y científicos de diferentes

disciplinas en la formulación, seguimiento y evaluación de las políticas públicas orientadas al ascendente desarrollo económico, social, político e ideológico-cultural del país.

Con tal fin se han conformado diversos grupos de expertos con vistas a que asesoren o trabajen directamente con los máximos dirigentes del PCC o del Estado y el Gobierno encargados de adoptar las decisiones que, en cada caso, resulten necesarias.

A algunos de esos grupos se les ha encomendado la tarea de avanzar en la fundamentación teórica del socialismo cubano, así como de elaborar diversas propuestas orientadas al impulso de la investigación y la enseñanza de la historia (en particular, la de Cuba), al igual que de los que la nueva Constitución de la República de Cuba definió como “lo más avanzado del pensamiento revolucionario, antiimperialista y marxista cubano, latinoamericano y universal”, así como, en particular, “el ideario y ejemplo de [José] Martí y Fidel [Castro] y las ideas de emancipación social de [Carlos] Marx, [Federico] Engels y [Vladimir Ilich] Lenin” (Asamblea Nacional del Poder Popular [ANPP], 2019, pp. XIII-XIV).

Para contribuir a esos empeños, en julio de 2021, la Junta de Gobierno de la Sociedad Económica de Amigos del País (SEAP) decidió organizar eventos teóricos dirigidos a analizar las vigencias que conservan para la transición socialista cubana el pensamiento del Che y el legado de Fidel. Esto se explica en algunas de las intervenciones realizadas como introducción a los dos paneles que sesionaron en dichos encuentros, luego de emprender las coordinaciones necesarias con las autoridades del Centro de Estudios Che Guevara y de la Casa de las Américas. El primer panel se realizó el 8 de octubre y el segundo, el 24 de noviembre de ese año. Por tanto, en vísperas de los correspondientes aniversarios de los pasos definitivos del Che y de Fidel a la inmortalidad.

En esos dos paneles se presentaron ocho artículos o ensayos elaborados por los destacados intelectuales y científicos sociales cubanos mencionados en la portadilla de este libro. Siguiendo la secuencia en

que fueron expuestos, estos aparecen en los dos capítulos en que ha quedado dividida esta obra.

Como se puede ver en el índice, a modo de epílogo se incluirá la versión editada del artículo titulado “Ver lejos, ver bien: una aproximación al pensamiento estratégico de Fidel Castro Ruz” que, unos meses antes, fue divulgado por el compilador y coautor del volumen *El pensamiento estratégico de Fidel Castro Ruz: valor y vigencia*, Rafael Hidalgo Fernández, publicado a mediados del año pasado por el Instituto de Historia de Cuba, adscripto al CC del PCC.²

En mi carácter de coordinador y coautor del libro que los lectores tienen en sus manos, confío en que esos ocho escritos (complementarios entre sí) les aportarán nuevos conocimientos de algunas facetas de la confluente y multifacética obra teórico-práctica del Che y de Fidel; ya que, parafraseando lo que dijo José Martí con relación a los “Tres héroes” de las luchas por la primera independencia de Nuestra América (Martí, 1974 [1889], pp.184-188), “¡ambos son *hombres sagrados* porque *tienen en sí el decoro de muchos hombres* y porque *los que hacen pueblos son como más que hombres!* ¡*Son héroes!*”.

La Habana, mayo de 2022

Bibliografía

ANPP. (2019). *Constitución de la República de Cuba*. La Habana: Editora Política.

Castro, Raúl. (2021). *Informe Central al 8vo. Congreso del Partido Comunista de Cuba*. internet@granma.cu

² <http://www.cubadebate.cu/libros-libres/2021/08/13/el-pensamiento-estrategico-de-fidel-castro-ruz-valor-y-vigencia-pdf/>

Díaz-Canel, Miguel. (2021). Entre los revolucionarios, los comunistas vamos al frente. internet@granma.cu

Martí, José. (1974 [1889]). *Nuestra América*. La Habana: Casa de las Américas.

PCC. (2021). *Conceptualización del modelo económico y social cubano de desarrollo socialista*. La Habana: Empresa de Artes Gráficas Federico Engels.

I

**El pensamiento del Che
sobre la transición socialista:
aproximaciones a su vigencia en Cuba**

Alocución inaugural

Zoila Benítez de Mendoza

...la dignificación plena del trabajo y la colocación del trabajo productivo en bien de la sociedad como tarea fundamental, digna del más alto elogio y al lado mismo de las dos grandes tareas revolucionarias de este momento –que se aúnan y complementan–: la defensa del poder conquistado y el estudio, preparándose para nuevas tareas en el porvenir.

Ernesto Che Guevara (1970 [1962], p. 139, Tomo II).

Con ese exordio comienzo recordando a nuestro Guerrillero Heroico y a un hombre universal: el comandante Ernesto Che Guevara. Una necesidad nos reúne en el día de hoy: volver a sus concepciones para aplicarlas al proceso social que se lleva a cabo en nuestra patria y del cual todos somos protagonistas. En esas circunstancias, requerimos retornar a nuestra historia para encontrar aquellas ideas luminosas que nos ayuden a mantener el rumbo y a crear con nuestras miradas puestas en el porvenir.

Fidel y el Che marchan de nuevo junto a nuestro pueblo, tal y como lo requiere el complejo contexto actual a escala nacional e internacional. Por ello, hemos dado en llamar a este encuentro “El

pensamiento del Che sobre la transición socialista: aproximaciones a su vigencia en Cuba”.

Especial satisfacción sentimos al compartir esta actividad con el Centro de Estudios Che Guevara y, como ya es tradicional, nos recibe nuestra casa: la Casa de las Américas.

Esta convocatoria desde la SEAP no solo refleja la defensa de nuestros principios fundacionales como la asociación más antigua de las existentes en Cuba, también responde a la necesidad de afrontar la próxima década de este siglo como una etapa crucial del desarrollo económico-social de nuestro país.

Nos sobran razones para afirmar que –como una ONG comprometida de la sociedad cubana– siempre recurriremos a la historia para trabajar en el presente, interrogar al futuro y contribuir a fortalecer el proyecto socialista de nuestro pueblo, sin renunciar jamás a defender los principios fundacionales de la Revolución cubana. Es por ello que hoy invitamos a reflexionar sobre nuestra realidad a través del pensamiento guevariano, para seguir sumando ideas a nuestra batalla por hacer de Cuba cada día un país mejor.

Las ponencias de este evento, centrado en la vigencia del pensamiento del Che, serán presentadas por destacados miembros de la SEAP. Todas y todos experimentados especialistas de sus respectivas áreas profesionales, acreditados por su capacidad intelectual y elevado espíritu *Pro Patria*, materializado en sus contribuciones al desarrollo multifacético de nuestra nación.

Partiendo de sólidos presupuestos teóricos, el Che, profundo estudioso de la filosofía marxista-leninista, nos aporta una mirada sobre la transición socialista en Cuba como proceso integral y contradictorio, en la que sobresale el sentido ético de sus postulados junto a su convicción del papel del hombre en la transformación ascendente de la sociedad. Su rico pensamiento fue forjado en la lucha. Como sabemos, no pudo desarrollarlo en toda su plenitud por su temprana partida a la inmortalidad, consecuencia de su compromiso militante con el proyecto de liberación del entonces llamado Tercer Mundo.

Otros pensadores de nuestro continente han hecho valiosas contribuciones sobre los aspectos teóricos y prácticos de la transición socialista, pero lo que destaca en la visión del Che es su mirada desde adentro de un proceso de formación de una nueva conciencia política, como parte intrínseca de los procesos revolucionarios.

Para concluir estas breves palabras inaugurales, con las que les damos la más cordial bienvenida a todos los asistentes, escogemos una cita de su antológico ensayo “El socialismo y el hombre en Cuba”, publicado por primera vez en los primeros meses de 1965:

Debemos considerar, [...] que no estamos frente al período de transición puro, tal como lo viera Marx en la *Crítica del Programa de Gotha*, sino de una nueva fase no prevista por él; primer período de transición del comunismo o de la construcción del socialismo. Este transcurre en medio de violentas luchas de clase y con elementos de capitalismo en su seno que oscurecen la comprensión cabal de su esencia (Guevara, 1970 [1965] pp. 376-377, Tomo II).

Y páginas después, agrega:

Nuestro sacrificio es consciente; cuota para pagar la libertad que construimos. / El camino es largo y desconocido en parte, conocemos nuestras limitaciones. Haremos el hombre del siglo XXI: nosotros mismos (p. 384, Tomo II).

Para que pronuncie las palabras introductorias del panel que analizará esos y otros conceptos del Che, le doy la palabra al coordinador de este evento e integrante de la Junta de Gobierno de la SEAP, Luis Suárez Salazar.

Bibliografía

Guevara, Ernesto. (1970 [1962]). En homenaje a los premiados en la Emulación. En *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967*, Tomo II. La Habana: Casa de las Américas.

Guevara, Ernesto. (1970 [1965]). El socialismo y el hombre en Cuba. En *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967*, Tomo II. La Habana: Casa de las Américas.

Palabras introductorias

Luis Suárez Salazar

Queridas compañeras y queridos compañeros:

En nombre de todos ustedes le agradezco a Jaime Gómez Triana, vicepresidente de la Casa de las Américas, por sus palabras de bienvenida a esta emblemática institución. Asimismo, a Zoila Benítez por su alocución inaugural de este evento dirigido a analizar de manera dialéctica y, por tanto, antidogmática, las vigencias que aún tienen para nuestro país los multifacéticos y, para algunos tratadistas, heterodoxos conceptos del Che sobre la transición socialista o, si ustedes prefieren, sobre la que él definió como “construcción simultánea del socialismo y el comunismo”, cuando afirmó, en palabras que considero aún vigentes: “Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer el hombre nuevo” (Guevara, 1970 [1965], p. 372, Tomo II).

Antes de comenzar nuestras deliberaciones sobre ese y otros de sus conceptos, me siento obligado a reconocer que, tan pronto le planteé al presidente de la “casa de todos”, Abel Prieto Jiménez, las dificultades que teníamos para encontrar un lugar adecuado para realizar esta actividad, de manera inmediata me indicó que lo que queríamos hacer en el día de hoy estaba en total correspondencia con la constante presencia del Che en los locales y en todas las labores de esta prestigiosa institución, encabezada, desde su fundación

en los primeros meses de 1959 hasta su desaparición física el 28 de julio de 1980, por nuestra inolvidable heroína Haydee Santamaría.

Solo las medidas de distanciamiento social que aún tenemos que adoptar para evitar la propagación de la pandemia de Covid-19, que todavía afecta a nuestro país, nos llevaron a pensar en la utilización de esta sala (identificada con el nombre del prestigioso intelectual y político guatemalteco Manuel Galich) en vez de la que lleva el nombre del Che. Pero antes de darle la palabra a los panelistas, creo conveniente afirmar que, como todas las cosas de la vida, este evento tiene una historia.

El 17 de enero de 2020, nuestra querida colega María del Carmen Ariet (a quien no tengo que presentarles) nos convocó a Olga Fernández y a este “servidor de ustedes” (como me enseñó a decir mi padre) para que la acompañáramos en la organización y realización, junto a otros colegas cubanos, de un evento que pensaba efectuar en los locales del Centro de Estudios Che Guevara en ocasión del 55 Aniversario de la publicación, el 12 de marzo de 1965, del célebre ensayo del Che “El socialismo y el hombre en Cuba”.

La aparición en nuestro país de los primeros infectados con el Covid-19 y las medidas inmediatas que, de manera previsoras, comenzaron a adoptar nuestras máximas autoridades político-estatales, con vistas a impedir la propagación de ese virus en nuestra población, determinaron el aplazamiento de ese evento; pero la necesidad de realizarlo, más temprano que tarde, quedó planteada en nuestras correspondientes agendas intelectuales, científicas y políticas. Mucho más porque, en nuestra apreciación, resultaba conveniente relocalizar el pensamiento del Che en los debates que se estaban y todavía se están realizando en nuestro país con vista a definir los mejores caminos para tratar de convertir en realidades las que, desde hace muchos años, he venido definiendo como “cinco utopías” que –afincadas en la historia de nuestra Revolución– ahora están guiando la que prefiero llamar “actualización del socialismo” en nuestro país (Suárez, 2016, pp. 29-51, 2017).

Como había dejado planteado en la ponencia que preparé para el evento que el Centro de Estudios Che Guevara se había propuesto realizar el año pasado, me inquietaba (y, para ser franco, todavía me inquieta) que en la redacción de la *Conceptualización del modelo económico y social cubano de desarrollo socialista* (refrendada y actualizada en el recientemente efectuado Octavo Congreso del PCC) no se hubiera encontrado el espacio para realizar la más mínima mención al legado del Che. Con esto no quiero decir que no esté presente en nuestra sociedad y en sus dirigentes políticos y estatales ya que, probablemente, entre todos nuestros héroes y mártires, el Che sea uno de los más reverenciados por nuestro pueblo. Desde 1968, en junio y octubre se celebran las llamadas Jornadas “Maceo-Che” y “Che-Camilo”, respectivamente. Por otra parte, desde el Segundo Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas (efectuado en los primeros días de abril de 1972), el Che fue incorporado en el emblema de esa organización, junto a uno de los más jóvenes fundadores de ahora llamado “primer Partido Comunista de Cuba”, Julio Antonio Mella, y al aguerrido comandante del Ejército Rebelde, Camilo Cienfuegos. A su vez, nuestros niños crecen proclamando todos los días de sus correspondientes cursos de la enseñanza primaria: ¡Seremos como el Che!

Sin embargo, esos sistemáticos recordatorios no siempre han ido acompañados del estudio integral de su multidimensional y holístico legado teórico-práctico que, en mi criterio, no puede reducirse al que habitualmente se llama su “pensamiento económico”, en tanto, desde la praxis, el Che fue un destacado elaborador y difusor de un renovador pensamiento filosófico, ético y estético, así como de los que pudiéramos llamar nuevos y diferentes conceptos sobre la economía política, tanto capitalista como socialista-comunista, que entonces eran difundidos en los manuales y en otras obras del marxismo-leninismo facturadas en la Unión Soviética y otros países socialistas de Europa.

Mirando crítica y previsoramente las deformadas experiencias de esos países y, en mi opinión, algunos comportamientos de la

errática política internacional de la dirección del Partido Comunista de China, encabezado hasta 1976 por Mao Zedong, el Che indicó:

El revolucionario, motor ideológico de la revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte, a menos que la construcción se logre en escala mundial. Si su afán de revolucionario se embota cuando las tareas más apremiantes se ven realizadas a escala local y se olvida del internacionalismo proletario, la revolución que dirige deja de ser una fuerza impulsora y se sume en una cómoda modorra, aprovechada por nuestros enemigos irreconciliables, el imperialismo, que gana terreno. El internacionalismo proletario es un deber, pero también es una necesidad revolucionaria (Guevara, 1970 [1965], p. 382, Tomo II).

Por lo antes dicho, y por otras circunstancias que no tengo tiempo para mencionar, cuando se difundieron algunas reflexiones sobre el pensamiento y las prácticas del Che, que meses atrás publicó el expresidente de la SEAP, Fidel Vascós González, ambos quedamos comprometidos a proponerle a la Junta de Gobierno de esa más que bicentenario ONG la actividad que hoy estamos realizando. Esta, les adelanto, será complementada con otra que, nuevamente en conjunto con Casa de las Américas y con el Centro de Estudios Che Guevara, realizaremos el 24 de noviembre de este año para, también, analizar colectivamente las vigencias del multifacético legado de Fidel sobre la transición socialista; ya que –como he dicho en otras ocasiones– para nuestro país, para nuestro pueblo y para otros pueblos del mundo ha sido y siempre será una bendición que en estas tierras se haya logrado *la confluencia armónica* de dos de las más grandes personalidades de la Historia Universal y, en particular, de la Historia de Nuestra América.

No tengo que decirles, porque ustedes lo saben, que no pocas transiciones socialistas se vieron lastradas o frustradas por las discrepancias que, en uno u otro momento de su acontecer, se presentaron en el seno de sus correspondientes liderazgos políticos y estatales.

Para comenzar nuestras reflexiones le doy la palabra a Fidel Vascós. Después de él, intervendrán Olga Fernández, presidenta de la Sección de Ciencias Sociales de la SEAP y vicepresidenta de la Academia de Ciencias de Cuba. Acto seguido nos presentará sus reflexiones María del Carmen Ariet, quien, desde sus altas responsabilidades en el Centro de Estudios Che Guevara, lleva varios lustros empeñada, junto a otros compañeros de esa institución, en lograr que, algún día, estén a disposición de los lectores de todo el mundo las que pudiéramos llamar *Obras Completas del Che*.

Bibliografía

Guevara, Ernesto. (1970 [1965]). El socialismo y el hombre en Cuba. En *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967*, Tomo II. La Habana: Casa de las Américas.

Suárez Salazar, Luis. (2016). La actualización del socialismo cubano: una crítica utópica. En Gabriela Pulido Llano, Mario Ayala y Alberto Consuegra Sanfiel (eds.), *Mirando a Cuba hoy: reformas y configuraciones en una nueva etapa*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Suárez Salazar, Luis. (2017 [2015]). Las utopías de la Revolución cubana: un enfoque lógico-histórico. *Memorias del Primer Simposio Internacional La Revolución Cubana: génesis y desarrollo histórico*, efectuado entre el 13 y 15 de octubre de 2015. La Habana: Instituto de Historia de Cuba.

Aproximación al legado del Che en la cultura del debate y en los métodos de dirección de la economía

Fidel Vascós González

Introducción

En su corta vida de 39 años, Ernesto Che Guevara dejó para la posteridad un arsenal de ideas de gran importancia para el desenvolvimiento social en aras de la emancipación humana. Su pensamiento abarca los campos de la filosofía, la política, la moral, la ética, los aspectos sociales, la economía, la historia, la cultura, las relaciones internacionales, la dirección administrativa, entre otros.

El estudio en amplitud y profundidad de la obra escrita del Che enriquecerá, sin dudas, el camino de la construcción del socialismo en Cuba y en otros países; en especial, de Nuestra América. Desde luego, en ese empeño siempre hay que tener en cuenta que los tiempos que corren actualmente en Cuba y en el mundo son muy diferentes a los de entonces, por lo que se requiere un esfuerzo dialéctico para interpretar al Che. Él fue un revolucionario muy honesto y consecuente en la teoría y la práctica: decía lo que pensaba y hacía lo que decía.

Cultura del debate

Una de las enseñanzas del Che, especialmente para la Cuba de hoy, es su concepción y ejercicio de la cultura del debate. Como era un intelectual muy creador, sus ideas generaban polémicas con otros pensadores. Defendía sus ideas con firmeza y argumentos fundamentados pero respetaba las consideraciones de los demás, aunque discreparan de las suyas.

Donde quiera que asumía altos cargos públicos, enseguida creaba una publicación especializada. Fue fundador de *Verde Olivo*, la revista de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, donde se recogen muchos artículos escritos por él publicados con seudónimos. En el Ministerio de Industrias editó *Nuestra Industria*, donde dejó sus principales artículos sobre temas económicos. En esa revista se demuestra su condición de polemista. Allí expuso sus concepciones sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento para la dirección de las empresas en el socialismo. También se publicaban artículos de los defensores de otro método de administración empresarial: el Cálculo Económico, a veces llamado “autogestión financiera” por algunos autores que se mencionarán en este escrito.

Resulta enriquecedor releer las páginas donde el Che publicaba sus ideas y, en la misma edición, los conceptos discrepantes de Charles Bettelheim, miembro del Partido Comunista Francés, quien ayudaba a Cuba en la esfera de la planificación, o del comandante Alberto Mora, entonces ministro de Comercio Exterior.

En cuanto a la formación de los nuevos intelectuales y artistas, recomendó: “No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial ni ‘becarios’ que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas” (Guevara, 1970 [1965], p. 380, Tomo II). Ese ejemplo que el Che nos dejó con relación a la necesidad de polemizar en el campo de las ideas, fundamentándolas con argumentos, sin ataques personales contra quien discrepaba y sin convertir

la polémica en un torneo literario, tiene gran importancia para la Cuba de hoy.

La transición socialista en la que aún nos encontramos y la complejidad del mundo contemporáneo requieren del concurso de diferentes ideas para encontrar el camino más adecuado para el desarrollo económico y social del país. El debate de ideas está a la orden del día en nuestro proceso revolucionario, y el tratamiento respetuoso en la polémica es una de las enseñanzas que en este terreno debemos asumir del Che.

En los tiempos que corren, grupos de ciudadanos cubanos solicitan diálogos con las instituciones del Estado. El procedimiento tomó fuerza con la presencia, el 27 de noviembre de 2020, de decenas de personas que solicitaban un diálogo con las autoridades del Ministerio de Cultura. Posteriormente, otro grupo de ciudadanos se presentó en el Ministerio de Agricultura para dialogar con funcionarios de ese organismo acerca del tema de la defensa de los animales. A pesar de que los representantes de ambos grupos fueron atendidos por las autoridades competentes, estos hechos han sido utilizados en forma tergiversada y oportunista por el gobierno estadounidense y otros personeros de la contrarrevolución externa y sus seguidores internos para atacar a la Revolución cubana, propagando la falacia de que su Gobierno no atiende las preocupaciones de la ciudadanía y las reprime.

En mi criterio, los grupos que solicitan diálogos con las autoridades cubanas y exponen opiniones en las redes sociales son heterogéneos, y existe en ellos la presencia minoritaria de contrarrevolucionarios que responden a intereses foráneos y anticubanos que pretenden eliminar el socialismo en nuestro país y retornar a la Cuba de 1958. Sin embargo, considero que la mayoría de los participantes en estas acciones son ciudadanos honestos, patriotas y revolucionarios comprometidos que no encuentran las vías para plantear sus inquietudes y acuden a métodos públicos directos para expresarse y buscar respuestas a sus preguntas y que se escuchen sus preocupaciones. Teniendo en cuenta esa heterogeneidad, me atrevo

a decir que las autoridades oficiales y las organizaciones sociales, de masas y profesionales, con el apoyo del pueblo, deben denunciar y rechazar las intenciones contrarrevolucionarias disfrazadas de consignas democráticas; pero, a su vez, ampliar e intensificar los canales democráticos internos para facilitar que las opiniones de los revolucionarios, patriotas y ciudadanos honestos que puedan ser diferentes al discurso oficial se debatan abiertamente con plena libertad de expresión, sobre la base de la fundamentación de las consideraciones sometidas a debate, y procurar soluciones de consenso a los planteamientos formulados.

El aumento de la participación directa de la ciudadanía en los asuntos públicos mediante diferentes modalidades, incluso con decisiones vinculantes como en los referendos o los plebiscitos, así como la postulación y elección de los delegados de las Asambleas Municipales del Poder Popular, crean las condiciones para sostener diálogos con plena libertad de expresión dentro de los órganos y organismos estatales y las organizaciones sociales, en temas de mayor calado e influencia en la marcha de la construcción del socialismo en Cuba.

Métodos de dirección de la economía

Un tema que desarrolló ampliamente el Che es el de la dirección de la economía. Al estudiar su pensamiento en esta materia, hay que tener muy en cuenta que, en los más de cincuenta y cinco años transcurridos desde entonces, el mundo y Cuba han cambiado radicalmente.

Por otra parte, una de las características más significativas que muestra la economía cubana de hoy es la diversidad de formas de propiedad sobre los medios de producción. Ello se refleja en que el 33% de la población económicamente activa trabaja en el sector no estatal y la tendencia es a su incremento. La etapa en la cual el Che subrayó que la tendencia debería ser: “a liquidar lo más vigorosamente posible las categorías antiguas entre las que se incluye el mercado, el dinero y, por tanto, la palanca del interés material” (Guevara, 1970

[1964], p. 272, Tomo II), ha dado paso a una época en la cual se utilizan ampliamente dichas categorías. La red de relaciones monetario-mercantiles entre las unidades productivas del país y su vinculación con el comercio exterior se ha incrementado y complejizado muy por encima de las que existían en el primer lustro de la década del sesenta.

En aquellos años, su pensamiento económico formó parte intrínseca de su concepción sobre la forma en que se debía construir el socialismo y marchar hacia la sociedad comunista. En su célebre ensayo *El socialismo y el hombre en Cuba* indicó “la nueva sociedad donde los hombres tendrán características distintas: la sociedad del hombre comunista” (Guevara, 1970 [1965], p. 374, Tomo II). Y subrayó que en el método aplicado para alcanzar estos objetivos no se podía perder de vista “la última y más importante ambición revolucionaria que es ver al hombre liberado de su enajenación” (p. 375, Tomo II).

Con sus ideas, realizó un aporte a la teoría de la construcción del socialismo. A pesar de su importancia, su pensamiento no ha sido investigado y divulgado como se merece. En consecuencia, no se han cumplido plenamente las recomendaciones que realizó el comandante en jefe Fidel Castro en el discurso que pronunció en ocasión del vigésimo aniversario del asesinato del Che: “lo que pido modestamente, en este xx Aniversario, es que el pensamiento económico del Che se conozca; se conozca aquí, se conozca en América Latina, se conozca en el mundo: en el mundo capitalista desarrollado, en el Tercer Mundo y en el mundo socialista, ¡que también se conozca allí!” (2006 [1987], p. 362). Y es que el que podríamos llamar “núcleo duro” de las concepciones del Che está en la importancia que le concedió a la fuerza moral del hombre y a la confianza que hay que tener en el pueblo, conceptos que son aplicables en todas las circunstancias en que se desarrolla la lucha popular revolucionaria.

La disyuntiva de los modelos de dirección económica en Cuba ya no se dirime entre el Sistema Presupuestario de Financiamiento, que defendía el comandante Ernesto Guevara, y el Cálculo Económico (al que a veces denominaba “autogestión financiera”), iniciado en la Unión Soviética y promovido básicamente, en aquellos iniciales

momentos de la Revolución, por el doctor Carlos Rafael Rodríguez, entonces vicepresidente del Consejo de Ministros. En sus abordajes a los aspectos medulares de las coincidencias y diferencias que entonces existían entre ambos sistemas de dirección de la economía, Rodríguez (2021 [1987]) dejó planteada su opinión en los siguientes términos:

El Sistema Presupuestario está más cerca de lo que tiene que ser la sociedad en el futuro, pero esto es solo una hipótesis y se refiere a un futuro algo distante, al futuro comunista. Parto del criterio –que es el que nos ha llevado a aceptar las deficiencias y manquedades derivadas del Cálculo Económico–, que este Sistema Presupuestario exige condiciones y posibilidades que no podemos alcanzar, no ya en el mediano plazo, sino incluso más allá [...] porque se basa en formas de control más cercanas al comunismo. Eso es evidente. Es un salto como el que se proponía Carlos Marx, del capitalismo a un socialismo avanzado. Nosotros, todos lo sabemos, no hemos dado ese salto. Ni siquiera la Unión Soviética ha dado ese salto (Rodríguez, 2021 [1987], p. 5)

A lo antes dicho debemos agregar lo que Carlos Rafael planteó en una conferencia que pronunció en 1987 en el Ministerio de la Industria Básica. Entre otras ideas, en esa ocasión indicó:

Se ha escrito mucho en el extranjero, y hay hasta libros hablando de las contradicciones del Che con algunos compañeros, y particularmente se me señala a mí. Yo tengo como orgullo el poder decir que, aunque algunas contradicciones existieron, en lo fundamental, en lo esencial al abordar el problema económico, estuvimos siempre profundamente identificados y trabajamos juntos, con otros compañeros, para imponer un poco de orden en la economía cubana, por lograr la máxima eficiencia de la economía cubana y por establecer aquello que para nosotros es esencial: el control económico, cualquiera que sea el punto de partida. Y el Sistema Presupuestario se basaba, en primer término, en el uso de las técnicas contables más avanzadas y una concepción muy moderna –y yo diría que anticipada– sobre el uso de la computación electrónica.

Percibimos que el Che, que trabajó en los primeros años de la economía con el entusiasmo que entonces todos teníamos, con su enorme capacidad para ver el porvenir, que era él mismo un comunista –y esto es algo que debemos comprender, no nos referimos a un comunista militante del partido, me refiero a un hombre capaz de vivir en la sociedad comunista, que es otra cosa–, se dejó llevar por la idea –a mi juicio incorrecta, y debo decirlo con toda honestidad– de que en el tránsito político de nuestra imperfecta sociedad socialista en la cual empezábamos a construir el socialismo en el año 1959, 1960, 1961, era susceptible llegar en un breve plazo a la sociedad comunista desde el punto de vista de la conciencia, que la conciencia podía apresurarse. Por eso él planteaba liquidar lo más vigorosamente posible las categorías antiguas, principalmente la ley del valor.

Voy a citar una frase [del Che], que se verá lo cercana que está de nuestras concepciones actuales, y él fue uno de los primeros en pronunciarla: “El comunismo es un fenómeno de conciencia, y no solamente un fenómeno de producción. No se puede llegar al comunismo si el hombre no es consciente”. / Y Che añadía: “Es trabajo y conciencia, desarrollo de la producción, desarrollo de los bienes materiales, mediante el trabajo, y desarrollo de la conciencia (p. 3).

Y, en la misma conferencia, Carlos Rafael continuó indicando:

Yo quiero decir en este momento, puesto que se ha hablado mucho de esto, que en la concepción de los estímulos tuve con el Che pequeñas diferencias, pero, insisto, pequeñas diferencias. / Nuestro debate permanente era, sobre todo, un debate sobre proporciones, cuánto dar al estímulo moral, cuánto al estímulo material; cuánto y cómo se podrían reducir al mínimo los estímulos materiales; qué papel tiene en eso la educación. Ahí, en el ritmo de aceleración, es donde estaba nuestra diferencia.

Yo creo que tenemos que reducir, a través de la conciencia, la utilización del estímulo material, del dinero dentro de la sociedad; pero creo que la aceleración no puede ir al ritmo que en aquel momento –repito, en aquel momento– lo concebía el Che.

No es ese el que tenemos ahora, pero dentro las ideas del Sistema Presupuestario de dirección de la economía postulado por el Che se encuentran contenidas ideas actualísimas, para lo que estamos realizando y yo diría que, si no ponemos en práctica muchas de las ideas del Che en el Sistema de Cálculo Económico, por el cual nos guiamos, y respecto al cual el Che fue tan crítico, no podremos avanzar. Se trata de una simbiosis necesaria (p. 22).

En mi criterio, los aspectos de las ideas económicas del Che que han perdido vigencia se refieren, principalmente, a cuestiones organizativas y de métodos de dirección financiera. Ello se entiende mejor al comparar el concepto de empresa en ambos sistemas y sus finanzas.

Para el Cálculo Económico, un central azucarero es una empresa, la cual tiene fondos propios depositados en el banco, del que recibe créditos por los que paga intereses y actúa con determinada autonomía financiera. Para el Sistema Presupuestario de Financiamiento, todos los centrales azucareros del país y otras unidades relacionadas con el azúcar constituyen una sola empresa: la Empresa Consolidada del Azúcar. Por consiguiente, este sistema se basaba en un control centralizado de la actividad empresarial; su plan y su gestión económica eran controlados por los ahora llamados Organismos de la Administración Central de Estado (OACE) en una forma directa: la empresa no tenía fondos propios, ni recibía créditos bancarios, ni tenía autonomía financiera; en tanto el Che llegó a considerar que toda la economía nacional podía ser administrada como una sola empresa, con un fondo centralizado de asignaciones presupuestarias a las entidades. En consecuencia, el sistema que propugnaba el Che no consideraba la categoría *mercancía* en el intercambio de productos entre las empresas estatales. Por su parte, los partidarios del Cálculo Económico sí la consideraban. Este último criterio es el que se aplica actualmente en nuestro país.

No obstante, el Che no desechaba las relaciones monetarias en la economía. El registro contable que él proponía se medía mediante el dinero, como también el presupuesto de cada empresa y su relación

con los organismos centrales. En el pago del salario y su control se utilizaba dinero, así como en el comercio interior mayorista y minorista, y en el comercio exterior.

Otro aspecto de suma importancia en esa controversia, y en el cual se diferenciaban los antes referidos sistemas de dirección de la economía, era el acento en que ambos ponían con relación al uso del estímulo material o del estímulo moral. El Che indicaba que los partidarios del Cálculo Económico exageraban el papel del estímulo material en la producción y lo situaban en un primer plano, mientras que en Sistema Presupuestario de Financiamiento que él propugnaba, el estímulo material tenía una participación menor, ya que se destacaba el estímulo moral. Sin embargo, el Che planteó: “Precisa aclarar bien una cosa: *no negamos la necesidad objetiva del estímulo material*, sí somos renuentes a su uso como palanca impulsora fundamental” (Guevara, 1970 [1964], p. 263, Tomo II). Por otra parte, y vinculado con lo antes dicho, en el plano teórico, él abordó la existencia de la ley del valor en la transición socialista.

Al respecto creo necesario decir que, en la actualidad, la ley del valor tiene en Cuba una mayor incidencia en la economía y en el plan de la que concebía el Che. No obstante, tiene plena vigencia su aserto de que, en el socialismo, el rumbo económico no puede dejarse a la acción espontánea de la ley del valor por encima de la voluntad de los hombres, quienes deben subordinarla a la dirección consciente de la sociedad, mediante el papel rector de la planificación.

Otro asunto que creo que debe subrayarse es que, en muchas oportunidades, el Che demostró el carácter dialéctico y práctico de su pensamiento y actuación. Como una de las tantas demostraciones de lo dicho, acudo a uno de sus escritos (cuya fecha exacta no he podido precisar, pero que me parece que debe haberse publicado a fines de 1959 o a comienzos de 1960), que nuestro prestigioso y ya difunto compañero Orlando Borrego incluyó en una de sus muchas compilaciones sobre el pensamiento del Che: el artículo titulado “Rumbos de la industrialización”:

Se estableció entonces una división que estudiara las grandes líneas de los proyectos básicos con la idea directriz de poner estos proyectos al servicio de la nación entera, con participación exclusiva o casi exclusiva del Estado. Ellos son: a) Energía y combustible, b) Industria siderúrgica y metálica en general, c) Industria de la caña y sus derivados, d) Industria química en general, e) Plan de desarrollo minero y f) Industria de productos agropecuarios. En este más alto nivel industrial, el Estado dirigirá toda la política económica. / En industrias derivadas de estas fundamentales, pero no tan importantes, particulares y estado podrían o no estar asociados en una serie de ellas y, en un plano más bajo, solamente particulares intervendrían en la industrialización total del país (Guevara, 2013 [s/f], pp. 95-96, Tomo 1).

De lo dicho se desprende que, en los primeros años del triunfo de la Revolución (y, por tanto, antes de que se hubieran nacionalizado las empresas extranjeras y expropiado las que entonces pertenecían a la burguesía nacional), el Che concebía que, en aquellas circunstancias, era posible y conveniente organizar la producción industrial en Cuba mediante una combinación de la propiedad estatal y de la propiedad privada sobre los medios de producción, algo que ahora se está poniendo en práctica en nuestro país.

Otra muestra de la dialéctica que siempre gobernó el pensamiento del Che y su aplicación práctica podemos encontrarla en el siguiente fragmento de su ensayo “Sobre el sistema presupuestario de financiamiento”, publicado febrero de 1964:

No se trata ya de matices; para los partidarios de la autogestión financiera el estímulo material directo, proyectado hacia el futuro y acompañando a la sociedad en las diversas etapas de la construcción del comunismo no se contraponen al “desarrollo” de la conciencia, para nosotros sí. Es por eso que luchamos contra su predominio, pues significaría el retraso del desarrollo de la moral socialista (Guevara, 1970 [1964], pp. 263-264, Tomo II).

Sin embargo, pocas líneas después afirmó:

Cargada de subjetivismo, la afirmación requiere la sanción de la experiencia y en eso estamos; si, en el curso de ella, se demostrara que es un freno peligroso para el desarrollo de las fuerzas productivas, habrá que tomar la determinación de cortar por lo sano y volver a los caminos transitados; hasta ahora no ha ocurrido así y el método, con el perfeccionamiento que van dando lugar, adquiere cada vez más consistencia y demuestra su coherencia interna (p. 264).

La vigencia de las ideas del Che vinculadas a la dirección de la economía

A pesar de las cerca de seis décadas transcurridas después de ese debate, a continuación, destacaré las numerosas ideas y los planteamientos del Che en materia de dirección de la economía que, en mi opinión, conservan plena vigencia en la actualidad. Una de ellas está relacionada con el estricto registro contable de los hechos económicos, la plena utilización del sistema de información estadística con datos exactos y el control de costos. Al respecto, subrayó: “nosotros consideramos que el costo de producción es el elemento fundamental que hará que el administrador de la unidad, de la empresa o el ministerio, en su caso, observar inmediatamente y a grandes rasgos el funcionamiento de la unidad productiva” (Guevara, 1970 [1963], pp. 211-212, Tomo II).

El Che también le daba especial importancia a la productividad cuando dijo: “Todo se reduce a un denominador común en cualquiera de las formas que se analice: *al aumento de la productividad en el trabajo*, base fundamental de la construcción del socialismo y premisa indispensable para el comunismo” (p. 215).

Adicionalmente, fue un pionero en la aplicación de la computación al procesamiento de los datos estadísticos y contables en las unidades productivas, empresas y demás niveles de dirección económica. En esa lógica, indicó que había que lograr que “el impulso

más formidable a la producción se dé por la vía del desarrollo tecnológico” (p. 218). Y, en su concepto, la ciencia y la técnica alcanzadas en el capitalismo “pueden ser utilizada[s] por el camino socialista sin temor de contagio de la ideología burguesa” (Guevara, 1970 [1964], p. 259. Tomo II).

El Che se proyectó sobre el futuro de los métodos de dirección económica en los términos siguientes:

Todo nuestro trabajo debe estar orientado a lograr que la tarea administrativa, de control y dirección, se vaya convirtiendo en algo cada vez más simple y los esfuerzos de los organismos centrales se concentren en la planificación y el desarrollo tecnológico [...] En ese instante [...] será posible acercarse al ideal de que la economía se rija mediante análisis matemáticos [...] sin olvidar, claro está que el ser humano, razón de ser de nuestra Revolución y nuestros afanes, no puede reducirse a una mera fórmula (Guevara, 1970 [1963], p. 217. Tomo II).

Otro aporte de mayor significación en el pensamiento económico del Che es haber destacado la relación que existe entre la economía y la espiritualidad humana, y elevado la importancia de esta última, a diferencia de concepciones que entonces se aplicaban en la ahora desaparecida Unión Soviética y en los también inexistentes países socialistas europeos. Quizá donde mejor quedó expresada esta consideración del Che es en el párrafo siguiente:

Nosotros no concebimos el comunismo como la suma mecánica de bienes de consumo en una sociedad dada, sino como resultado de un acto consciente; de allí la importancia de la educación y, por ende, del trabajo sobre la conciencia de los individuos en el marco de una sociedad en pleno desarrollo material (Guevara, 1970 [1964a], pp. 299-300, Tomo II).

La conciencia a la que se refería el Che no solo acompañaba al desarrollo económico, sino era un factor clave de influencia en la economía. Así lo indicó: “Las esperanzas de nuestro sistema van apuntadas

hacia el futuro, hacia un desarrollo más acelerado de la conciencia y, a través de la conciencia, de las fuerzas productivas” (Guevara, 1970 [1964b], p. 324, Tomo II). Al respecto y en su respuesta a una de las preguntas que le formuló el intelectual y periodista francés de origen español Ignacio Ramonet (entonces director del influyente mensuario parisino *Le Monde Diplomatique*) acerca de la polémica alrededor de las ideas sobre la dirección de la economía entre Carlos Rafael y el Che, el comandante en jefe Fidel Castro le respondió con la ética que lo caracterizó:

Bueno, allí es donde surgen algunas polémicas entre el Che y otros compañeros, una discusión que parecía medio bizantina –yo no estaba todavía tan consciente de la importancia del asunto–, pues el Che defendía el método de financiamiento presupuestario y otros compañeros se inclinaban a defender la autogestión financiera.

La preocupación del Che no era simplemente el método de dirección de la economía; no se oponía a determinados estímulos materiales, pero siempre advertía contra los riesgos que supone el abuso de estos como motor fundamental de la producción, y la incidencia de los mismos en la conciencia de los trabajadores.

Se entablan así aquellas amistosas polémicas y discusiones que no llegaron a tener mucha profundidad. La mente de los combatientes revolucionarios estaba en otras cosas. Yo digo. “Bueno que cada defienda sus posiciones y discutan entre ellos sus criterios”. Y yo, comunista utópico, aunque me ocupaba fundamentalmente de la batalla política e ideológica contra el imperialismo y la contrarrevolución, le confieso que, en el tema aludido, me gustaban las posiciones del Che, muy afines a nuestro modo de vida guerrillero en las montañas. Me gustaba más la apelación moral del Che, francamente. / Che le daba gran valor a la conciencia comunista y al ejemplo (Castro, 2006, pp. 281-282).

Reafirmando esta idea, en la presentación de su Informe Central al Primer Congreso del PCC, en diciembre de 1975, Fidel Castro expresó:

Ahora bien, ningún sistema en el socialismo puede sustituir la política, la ideología, la conciencia de la gente; porque los factores que determinan la eficiencia en la economía capitalista son otros que no pueden existir de ninguna manera en el socialismo, y sigue siendo un factor fundamental y decisivo el aspecto político, el aspecto ideológico y el aspecto moral (Castro, 1976 [1975], p. 113).

Sin embargo, hay otros muchos asuntos abordados por el Che que tienen plena vigencia en el Sistema de Cálculo Económico. Humberto Pérez González, quien fuera presidente de la Junta Central de Planificación y tuvo a su cargo el diseño y aplicación del Sistema de Dirección y Planificación de la Economía aprobado por el Primer Congreso del PCC, enumeró sucintamente los siguientes temas del legado del Che en materia de dirección de la economía que son recomendaciones también para el Sistema del Cálculo Económico:

- Fortalecer el papel rector de la planificación teniendo presente la necesidad de que la empresa debe recurrir a sus funcionarios y obreros para discutir los planes, para incorporar a la gente a la producción y a los problemas de la producción.
- Máxima descentralización posible de las decisiones económicas a nivel de empresas y de las unidades económicas de base.
- Tener actualizados los inventarios, sus normas y su valorización.
- Aplicar consecuentemente el sistema de contabilidad, el sistema de información estadística y los reglamentos de costos, índice principal a tener en cuenta para determinar la eficiencia con que trabaja una entidad económica.
- Eliminación de las cuentas por cobrar atrasadas.
- Necesidad de cumplir los contratos de entrega de los productos convenidos con otras empresas y aplicación de sanciones a los incumplidores.

- Necesidad de un reajuste general de los precios al por mayor.
- Reestructuración de los salarios para poder seguir adelante en nuestras tareas.
- Necesidad de que los cuadros de la economía estudien y se preparen. Con este propósito el Che creo las Escuelas para Administradores de Empresas.
- Necesidad de preparar un plan perspectivo a 10 años por lo menos y a más tiempo, sobre grandes líneas.
- Necesidad de delimitar nítidamente el papel y las funciones del Partido de las funciones administrativas.
- El Che formuló numerosas críticas y planteamientos sobre la calidad de nuestra producción y los servicios, sobre el burocratismo, la indisciplina laboral, las debilidades de los administradores, el acomodamiento, la “blandenguería”, el amiguismo y la coexistencia con lo mal hecho, fenómenos negativos que se siguen manifestando actualmente (Pérez, 1979, p. 14).

El Che fue también el creador del trabajo voluntario en Cuba como parte de la formación política e ideológica de los ciudadanos. Con su ejemplo personal, movilizó a millones de cubanos en esta práctica.

Sin embargo, reitero mi criterio acerca de que en la aplicación en nuestro país de las concepciones económicas del Che hay que tener en cuenta que las condiciones actuales de Cuba han cambiado en buena medida. Nuestro país está inmerso en un mundo capitalista globalizado y sin el apoyo del otrora campo socialista, encabezado por la Unión Soviética. Hoy la dirección de nuestra economía demanda una mayor descentralización en las decisiones, basada en la necesaria ampliación de las formas de propiedad sobre los medios de producción, que incluye la estatal, la cooperativa, el sector privado nacional y extranjero, y la de los trabajadores por cuenta propia. Todo ello determina una ampliación del uso del mercado y

sus categorías afines, como la ganancia, el crédito bancario, las relaciones monetarias, así como la mayor flexibilidad en la toma de decisiones en las empresas sin que estas dependan, en su gestión, de las aprobaciones centralizadas de los ministerios.

El Gobierno cubano ha tomado un grupo de medidas con vistas a superar los obstáculos que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas, aunque estas medidas se han aplicado con excesiva demora y sin la secuencia más eficiente. No obstante, si se evalúan los cambios de los últimos cincuenta años en la estructura empresarial según la propiedad de los medios de producción, la diferencia es radical. Téngase en cuenta que, como resultado de la llamada Ofensiva Revolucionaria de 1968, en muy breve tiempo se nacionalizaron 58 mil negocios de todas las actividades comerciales, de servicios e industriales del sector privado en todo el país, incluyendo unos 9 mil trabajadores por cuenta propia (COR, 1968, p. 38); mientras que en la Ley de las Micro, Pequeñas y Medianas Empresas (MIPYME), promulgada hace unas semanas, se autorizó la existencia de empresas medianas del sector privado de hasta cien trabajadores contratados. No hay duda de que las decisiones aprobadas en los últimos años con vistas a superar los obstáculos que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas han modificado el escenario donde opera el plan central y la gestión empresarial, tanto en el sector estatal como en el no estatal.

En mi criterio, hay que continuar introduciendo nuevas medidas en este sentido. Entre ellas podría incluirse una mayor libertad de las entidades productivas de base para escoger ellas mismas suministradores y clientes; su salida directa al comercio exterior, tanto en importaciones como en exportaciones, sin que se realicen, necesariamente, mediante empresas estatales del comercio exterior. En estas circunstancias, se hace necesario apelar al interés material de los trabajadores para aumentar la producción y la eficiencia económica. Pero, al aceptar esta realidad, también se deben identificar los riesgos que ello entraña para la moral social, la cual debe basarse en

el comportamiento ético y solidario entre los participantes en el proceso de producción y, en general, entre los ciudadanos.

Al respecto, no podemos olvidar la advertencia del Che de que la aplicación de la palanca del interés material “no se convierta en algo que obligue al individuo, en cuanto a individuo, a la colectividad de individuos, a luchar desesperadamente con otros para asegurar determinadas condiciones de producción o distribución que lo coloquen en condiciones privilegiadas. Hacer que el deber social sea el punto fundamental en el cual se apoya todo el esfuerzo del trabajo” (Guevara, 1970 [1964], p. 284, Tomo II).

Reforzando esta idea, adquieren especial valor, en las actuales condiciones históricas de nuestro país, las concepciones de Fidel en cuanto a la actitud personal de los cubanos, donde quiera que desenvuelvan sus actividades, al señalar que: “Revolución es [...] modestia, desinterés, altruismo, solidaridad y heroísmo; es luchar con audacia, inteligencia y realismo; es no mentir jamás ni violar principios éticos; es convicción profunda de que no existe fuerza en el mundo capaz de aplastar la fuerza de la verdad y las ideas.” (Castro, 2000).

Bibliografía

Castro, Fidel. (1976 [1975]). *Informe Central al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba*. La Habana: Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Castro, Fidel. (2000). Discurso pronunciado en la Tribuna Abierta de la Juventud, los estudiantes y trabajadores el Primero de Mayo del 2000. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2000/esp/f010500e.html>

Castro, Fidel. (2006 [1987]). Discurso pronunciado en el XX Aniversario de la muerte de Ernesto Che Guevara. *El Gran Debate*. Melbourne: Ocean Press.

Castro, Fidel. (2006). *Cien horas con Fidel, conversaciones con Ignacio Ramonet* (3ª ed). La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.

COR. (1968). *La Ofensiva Revolucionaria. Su importancia*. La Habana: Secretaría de Organización del Comité Central del PCC.

Guevara, Ernesto. (1970 [1963]). Consideraciones sobre los costos de producción como base del análisis económico de las empresas sujetas a sistema presupuestario. En *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967*, Tomo II. La Habana: Casa de las Américas.

Guevara, Ernesto. (1970 [1964]). Sobre el sistema presupuestario de financiamiento. En *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967*, Tomo II. La Habana: Casa de las Américas.

Guevara, Ernesto. (1970 [1964a]). La banca, el crédito y el socialismo. En *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967*, Tomo II. La Habana: Casa de las Américas.

Guevara, Ernesto. (1970 [1964b]). La planificación socialista, su significado. En *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967*, Tomo II. La Habana: Casa de las Américas.

Guevara, Ernesto. (1970 [1965]). El socialismo y el hombre en Cuba. En *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967*, Tomo II. La Habana: Casa de las Américas.

Guevara, Ernesto. (2013 [s/f]). Rumbos de la industrialización. En Orlando Borrego (comp.), *Rumbos de la industrialización: Che en la Revolución Cubana*, Tomo I. La Habana: Editorial José Martí.

Pérez, Humberto. (1979). *Discurso de clausura del Congreso Constituyente de la Asociación Nacional de Economistas de Cuba*. La Habana: ANEC.

Rodríguez, Carlos Rafael. (2021 [1987]). Sobre la contribución del Che al desarrollo de la economía cubana. *Cuba y Economía*, 15 de junio. Ciudad Autónoma de México.

Che y la transición socialista

María del Carmen Ariet

Siempre en estos encuentros existe una pregunta que se formula sobre qué haría o hubiera hecho el Che en circunstancias como las actuales y, por supuesto, respondo casi lo mismo: no lo sé, porque me parece irresponsable hablar por él. De lo que sí estoy segura es que estaría trabajando para avanzar hacia una Cuba mejor y hacia un mundo menos cruel, acompañado por sus libros, sus estudios y su trabajo permanente. Además, serían infaltables sus opiniones y valoraciones, sus oportunas críticas y el intento de responder a los acontecimientos y hechos relevantes en el actuar cotidiano y en la política de su entorno, porque, a pesar de sus detractores, su pensamiento creador, agudo y crítico no faltaría en momentos adversos, complejos y definitorios para tratar de avanzar en la nueva Cuba que contribuyó a formar.

Muchos son los temas que podrían tratarse a partir de esos condicionamientos; pero queda claro que, en las circunstancias actuales, en el mejor modo de debatir en torno a nuestra realidad, en los problemas y las decisiones que se adopten su presencia no debe faltar; entre otras razones, porque aun cuando algunos no lo comparten y a veces no lo tienen en cuenta, su pensamiento y acción son expresión de ejemplo, dedicación y vocación, así como de su capacidad

intelectual para avanzar en la obtención de un país más desarrollado, unido y, por encima de todo, socialista.

Insisto en que fue un hombre de su tiempo, que pensó y transitó en las coyunturas y contextos en los que vivió y así actuó, solo que, con un gran añadido: su sentido crítico y creador. Fue una especie de auscultador y evaluador de su entorno, al igual que de los procesos políticos en los que participó guiado por su decisión de apostar por lo que consideraba más justo, revolucionario y equitativo: el Socialismo.

Sin adentrarme en detalles ni en su historia propia, esa decisión y toma de conciencia se produjo en forma paulatina al requerir un conocimiento práctico de la realidad y de estudiar materias en las que pudiera encontrar las respuestas que necesitaba. Y las halló en el marxismo, del que asumió a Marx como su patrón conceptual y sus métodos adecuados para adentrarse en los problemas que caracterizaban el mundo de su época. Ese peldaño le sirvió para buscar, además, experiencias prácticas como referentes que le sirvieran para lanzarse a transitar por los caminos de revolución.

Por azar, casualidad, constancia, y quizá por todo unido, encontró una invitación tentadora para probar suerte en esos intentos en el momento en que, en los primeros meses de 1956, se encontró con Fidel en México, quien lo invitó a luchar para expulsar al tirano Fulgencio Batista y comenzar una revolución que acabara con las lacras de la sociedad cubana y le proporcionara al pueblo una vida más justa, basados en un programa y en una historia de rebeldía y de luchas.

Esa especie de experimento o ensayo de revolución y el compromiso libertario siempre fue apoyado y defendido por la mayoría del pueblo cubano, inmerso en un proceso que avanzaba a pasos acelerados para transformar la sociedad a partir de cambios radicales en sus estructuras de poder. Ello propició la suma de elementos contrarios a partir de las medidas adoptadas por la dirección de la revolución: ruptura de relaciones diplomáticas por parte de EE.UU. en los primeros días de 1961, bloqueo, enfrentamientos y, como respuesta, la decisión de declarar socialista a la Revolución cubana el 16 de abril

de 1961, momento determinante que llevó a la construcción, en la práctica, de un nuevo país, que pudo contar con el apoyo de la URSS y del entonces llamado “campo socialista”.

Por supuesto, esa osadía costó y sigue costando, en un enfrentamiento que dura más de sesenta años, con una hostilidad permanente y que se recrudece más a medida que el mundo pasa por una inestabilidad en todos los órdenes y los poderosos necesitan de la subordinación de regiones y países.

Esa excepcionalidad de la Revolución cubana ha costado vidas, escasez y enormes sacrificios. No obstante, a pesar de tantos inconvenientes, las y los cubanos nos empeñamos en apoyar primero y, después, participar activa y conscientemente en la construcción de su proyecto, no exento de inconvenientes y errores (algunos de los cuales todavía están presentes), pero defendiendo las conquistas alcanzadas en lo social para abrir las puertas a la conquista de su soberanía. Es por ello que el Che definió desde muy temprano la necesidad de cambios en la estructura económica para tratar de lograr la independencia y la unidad basadas en la equidad, igualdad y justicia plenas.

Es imprescindible precisar, porque a veces se nos olvida o se cuestiona, que hay que ver la Política sin reduccionismos, con una esfera económica en estrecha correspondencia entre lo objetivo y lo subjetivo. Sobre la base de los resultados esperados y cumplidos en parte, se puede afirmar que la obra de la Revolución cubana ha rebasado los límites de lo pensado en sus inicios y superado cualquier expectativa en los resultados sociopolíticos trazados, lo que la ha llevado a que sea un referente obligado de muchos movimientos sociales y políticos para futuros proyectos de cambio a escala global, a partir de una toma de conciencia que los lleve a luchar por la unidad y la validez de su humanismo.

Esa verdad está dentro de las razones, por mucho tiempo esperadas, para encontrar brechas de descontento e inconformidad en el pueblo cubano, así como para poner a prueba el Socialismo como un verdadero proyecto de transformación desde la política y la

economía, pero con una dimensión totalizadora a escala sociológica. Ese fue, sin dudas, el aporte hecho por la Revolución cubana a lo ya realizado por la Revolución socialista de octubre y a la conformación de su sistema, de modo que, para Fidel y el Che, el socialismo emergía como una nueva cultura con participación plena de las masas.

Ese complejo proceso el Che lo sintetizó de la manera siguiente: Participación popular-Educación-Mayor conciencia-Participación efectiva de las masas. Como en toda obra nueva, esos empeños no estaban exentos de osadía y de cuestionamientos. Por consiguiente, surgieron criterios y posiciones encontradas, debates y diferencias que llevaron a tratar de encontrar caminos propios y más cercanos a nuestra realidad, sin provocar rupturas irreconciliables.

Así se ha transitado desde que Cuba decidió su camino al socialismo y desde que se intentó establecer un proceso que fuera expresión de nuestra realidad y circunstancias, pensado y liderado por Fidel y por su joven vanguardia política. Dicha vanguardia, en 1961, comenzó a llamarse Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), pero un año después recibió el nombre de Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC). Este, cuando el Che ya se encontraba combatiendo en el entonces llamado Congo Kinshasa, fue renombrado como Partido Comunista de Cuba (PCC) a fines de 1965. Como se dijo, se unió a la búsqueda de un camino más autóctono, más acorde a nuestra realidad y entorno y, concomitantemente, a la elaboración de ideas, conceptos y métodos particulares cercanos a nosotros mismos y a la región que nos identifica, con el objetivo de ampliar el radio de acción y construir un socialismo propio basado en la teoría marxista, pero desde nuestras realidades.

Esto se convirtió en uno de los objetivos centrales de la Revolución cubana, a los que el Che consagró estudios y dedicación con creatividad y agudas observaciones. Algunos las calificaron de herejías y de utopías irrealizables, toda vez que se apartaban de los cánones establecidos en el mundo socialista, los que actuaban como dogmas inamovibles a cumplir en cualquier circunstancia, con simplificaciones y acciones descontextualizadas. En ese camino, iniciado con mucho

esfuerzo, pero también con mucho estudio y en medio de una intensa praxis política, se enfrentó el Che con total dedicación y es donde se pueden encontrar sus principales aportes al marxismo.

Decidido el camino al Socialismo, lleno de dificultades y asedio, era necesario encontrar respuestas ajustadas a nuestro modo de ver el tránsito del capitalismo al comunismo y de estudiar y poner en práctica las medidas para impulsar de manera simultánea todas las transformaciones requeridas. Es por eso que el tema de la transición socialista fue prioridad para el Che, no solo desde la práctica sino también desde lo conceptual, a sabiendas de la complejidad de la empresa a la que se enfrentó. Para él, el Socialismo poseía una dimensión superior y su concepción era vista no como transitoria, sino como una práctica comunista, como una construcción ininterrumpida, que colocó al Hombre, educado con una mentalidad socialista, en el camino para poder llegar a una nueva sociedad donde primaran la igualdad, la justicia social y la dignidad.

Quizás, en parte, eso es lo que explica las razones de que fuera en Cuba donde se realizó el primero y único debate económico llevado a cabo desde el socialismo, y los porqués de la intencionada y provocadora interrogación expuesta por el Che: “¿Por qué pensar que lo que ‘es’ en el período de transición necesariamente ‘debe ser’?” (Guevara, 1970, p. 328, Tomo II). De ahí sus críticas al llamado “socialismo real” y al modelo de transición entonces existente, en cuyas prácticas primaba, a su juicio, el mecanicismo, el marxismo dogmático, el voluntarismo y el determinismo.

Muchos de esos interrogantes y esas posiciones fueron criticados y negados por algunos de los que no los aceptaban. Fue ese el momento cuando se comenzó a calificar al Che con los estereotipos de subjetivista y romántico, lo que provocó en muchos casos un reduccionismo de su pensamiento y de su acción, tema que requiere otro análisis y otro tiempo, pero que resulta imprescindible al menos mencionar. Sin embargo, debe recordarse que, dentro de ese debate, se movían muchos interrogantes basados, sobre todo, en cómo definir el Socialismo: ¿qué socialismo y cuál asumir? ¿Cómo construirlo?

¿Cómo hacer realidad el Proyecto de nación añorado por todos y su relación indisoluble con el Poder? Temas en permanente debate, infinito por suerte y en circunstancias precisas, como deber ser e interactuar durante las transiciones socialistas.

Quizás eso explica las definiciones que el Che nos dejó sobre el Socialismo y la paradoja que enfrentó como el camino para él más certero y determinado por la crítica acompañada de creatividad. Por ello indicó:

El socialismo económico sin la moral comunista no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo contra la alineación [...] Marx se preocupaba tanto de los hechos económicos como de su traducción en la mente. El llamaba a eso "hecho de conciencia". Si el comunismo descuida los hechos de conciencia puede ser un método de repartición, pero deja de ser una moral revolucionaria (Guevara, 2014, p. 369, Tomo IV).

De ahí la fórmula que refleja, a pesar de su reducción, la manera de actuar y construirlo: Productividad ± Conciencia – Correspondencia entre lo Subjetivo y lo Objetivo. Por eso, en el pensamiento del Che, un elemento decisivo es el Hombre y su papel dentro de la transición socialista, entendiéndolo como el factor dominante y central, aspecto complejo por ser parte sustancial del conflicto entre la sociedad y el individuo. De ahí la necesidad de lograr su verdadero cambio y su ascenso en la nueva sociedad a través del papel de la conciencia, concebida como el elemento capaz de provocar un cambio cualitativo en las personas junto con la sociedad que se construye.

Esa definición del Hombre como Sujeto-actor se une con la concepción totalizadora de la sociedad dentro de un salto cualitativo construido en su doble dimensión, desde lo individual y lo social a través de una identificación adecuada de las metas, métodos y vías, la estrategia y la táctica, entre otras. El resultado de ese salto, a juicio del Che, se opera con el desempeño de un espíritu crítico, con la capacidad de pensar con cabeza propia y la construcción, como ya se

enunció, de una nueva cultura, diferente a la del capitalismo, como componente imprescindible e inherente al nuevo proyecto societal.

Esas diferencias entre la transición socialista cubana y el resto del sistema socialista existente en aquellos años son una polémica que no ha cesado ni desde la derecha ni mucho menos desde la izquierda. Esto determina que no siempre se reconozca el valor de la Revolución cubana, de su proceso creador y de su esfuerzo por alcanzar una relativa autoctonía, impulsor del papel de la conciencia y, además, con un rasgo muy destacable: la autocrítica pública como medidor de sus deficiencias y errores, y defensora de una proyección del consenso, aun cuando no siempre se haya comportado así. Ese es un mérito que corresponde a Fidel en primera instancia, como líder de nuevo tipo surgido del mundo dependiente, pero también al Che, que siempre utilizó la crítica y la autocrítica como un componente central de sus praxis política y administrativa.

Resumiendo, la transición socialista cubana remodeló lo establecido. Creó con cabeza propia y actuó como transformadora profunda de las personas, de sus interrelaciones, de las instituciones y de la sociedad: fundamento de la esencia del marxismo y de la experiencia acumulada por Lenin y por los más de sesenta años de la que pudiéramos llamar “transición socialista cubana”. En esa lógica, resulta necesario replantearse cómo eliminar las desigualdades, cómo lograr una mayor cohesión social, alcanzar el desarrollo de las capacidades individuales, la educación y trabajar sin límites por la unidad entre la Ética y la Política como elementos esenciales de la política revolucionaria en un primer plano, así como con el objetivo de que los seres humanos alcancen metas más altas para su actuación.

¡Esa es la esencia de la Revolución! ¡Eso es Revolución en el devenir de su proyecto transformador y en la base de una nueva sociedad!

Por eso, el Che insistía en el peligro de copiar mecánicamente y no ver los callejones sin salida, como la burocracia, la inercia y la resignación. Poner en permanente debate el Proyecto como lo fundamental y su relación y correspondencia con el Poder; esto debe ser parte consustancial al proyecto en un proceso dialéctico de avances,

a veces de retrocesos, pero nunca de negación, lo que es una especie de espiral dialéctica en ascenso.

Trabajar insistentemente en el Socialismo como portador de Desarrollo, crear riqueza con la conciencia en un ejercicio permanente para configurar la nueva sociedad con visión de futuro, donde el sujeto activo actúe como ente transformador y parte de un cambio total; alcanzar mejoras materiales como resultado de las acciones y esfuerzos colectivos y emplear la ética para alcanzar justicia como resultado de la articulación entre la práctica, la ética y la política, con marcado énfasis en la educación, en la preparación de las masas en las decisiones y consultas colectivas; en todo eso, un paso esencial es resaltar el ejemplo como enseñanza y luchar contra la doble moral, componentes todos y base de la nueva sociedad y de los cambios efectuados con nuevos valores.

A modo de conclusión

Resumir y sintetizar en posibles elementos para el debate y enunciar los componentes esenciales del Proyecto del Che para hacerlo avanzar sería un análisis necesario e insuperable, unido al magisterio de Fidel en sus más de sesenta años dirigiendo la Revolución. Pero esto lo dejo como un compromiso futuro para que nos acompañe en lo mucho que nos queda por enfrentar.

Advierto que no son solo mis opiniones, sino que traté de resumir aspectos que debaten estudiosos, especialistas y nuestra dirección político-estatal: la formación de un nuevo Hombre; mantener y desarrollar la Sociedad como una gigantesca escuela; ampliar la praxis revolucionaria del pueblo como verdadera expresión del poder revolucionario; generalizar una conciencia política reforzada por los resultados de la práctica cotidiana convertida en Poder popular real. Es decir, una manera de hacer política con la participación de todos, un compromiso de cómo preservar el sistema político para preservar el Proyecto, la Unidad y el patriotismo en defensa del socialismo

y el internacionalismo como visión de futuro; preservar, ampliar y encontrar, en las circunstancias actuales, respuestas coherentes a la estrategia de dominación única diseñada por las fuerzas del poder imperantes en el mundo.

¿Cómo impedir desviaciones entre el Proyecto y las nuevas generaciones que no se formaron ventajosamente por la Revolución? No verlas como enemigas y autoanalizarnos sobre qué no hemos hecho o lo que hemos hecho mal, porque aún subsisten factores e insuficiencias que provocan desinterés y desmotivación, y debemos pensar y actuar con prácticas que estén a la altura de las nuevas circunstancias. En ese contexto, debemos analizar con métodos novedosos el papel de la nueva Constitución (aprobada por la absoluta mayoría de nuestro pueblo el 24 de febrero de 2019) para buscar legitimación plena, mayor prestigio y dimensiones superiores de los autogobiernos de los Órganos Locales del Poder Popular para reforzar las estructuras socialistas, fortalecer el poder popular, la democracia popular y la participación de la sociedad civil capaz de propiciar debates ante los problemas, y no silenciarlos o emplear el secretismo.

Asimismo, debemos estimular los valores creados y los nuevos como fuerzas movilizadoras para avanzar en lo económico, para demostrar la superioridad del Socialismo desde dentro y con fuerzas propias, para mantener la cultura socialista y defenderla, libre de enajenación por intermedio de una sólida educación. Con tales fines, reforzar las estructuras socialistas, ampliar las bases de la democracia para más Socialismo y garantizar la unidad nacional como garantes de la soberanía y el socialismo.

Esas acciones pueden conducirnos, en las circunstancias actuales, a analizar cuánto se ha logrado y qué se debe ajustar para valorar la obra del socialismo “a lo cubano”.

Bibliografía

Guevara, Ernesto. (1970 [1964]). La planificación socialista, su significado. En *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967*, Tomo II. La Habana: Casa de las Américas.

Guevara, Ernesto. (2014 [1963]). Entrevista concedida a Jean Daniel en Argelia. En Orlando Borrego (comp.), *Che Guevara en la Revolución Cubana*, Tomo 4. La Habana: Editorial José Martí.

Che Guevara: socialismo y democracia en la experiencia cubana

Apuntes para el análisis

Olga Fernández Ríos

Introducción

En múltiples ocasiones se ha constatado la riqueza del pensamiento sociopolítico del Che Guevara durante el despliegue de las nuevas formas de desarrollar la labor política y la democracia en Cuba a partir del triunfo revolucionario de enero de 1959.

Con el inicio de lo que él llamó primer período de la transición al comunismo, o de la construcción del socialismo, junto con adentrarse en la importancia del desarrollo económico y en el análisis de las contradicciones que surgen en ese complejo proceso, el Che profundizó en temas poco valorados en las experiencias socialistas de Europa del Este y de la Unión Soviética. Entre ellos, sobresalen los vinculados con la interrelación entre lo individual y lo social, así como el decisivo rol que tiene la subjetividad humana y la correlación entre ética y política. Estas se erigen en problemáticas insertadas en el complejo teórico-práctico de la revolución social, con

decisiva influencia en la conformación de las nuevas prácticas democráticas impulsadas desde su inicio por la Revolución cubana.

Es en ese campo en el que se inscribe gran parte de la producción teórica del Che, que también es política, al ser un importante dirigente político-estatal e impulsor de un proceso revolucionario en marcha. Uno de sus sellos distintivos es la coherencia entre concepciones, valores y la conducta personal en su labor como dirigente. También lo es su desarrollo del marxismo, como teoría y como realización práctica a través de dos cauces principales: su propio quehacer revolucionario y la búsqueda de caminos que favorecieran la construcción socialista en las condiciones de Cuba.

En ambas direcciones privilegió la educación cultural y política de sí mismo, al igual que de todos los que se movían en su círculo profesional. Privilegió, además, los debates como vía de realización de la más abierta democracia para encontrar respuestas a las complejidades del desarrollo socioeconómico del país, lo que evidenciaba su respeto a las diferencias de puntos de vista y su acertada posición encaminada a la construcción plural del paradigma socialista.

Sin el ánimo de agotar los temas reseñados, en las páginas que siguen nos adentraremos en algunas aristas de su pensamiento sociopolítico que son aportes al desarrollo de la democracia de nuevo tipo que es imperativo construir, acorde con la naturaleza popular del poder político instaurado desde 1959.

A la vez, varias dimensiones de su pensamiento sociopolítico y ético muestran la importancia de sus aportes para lograr una novedosa concepción de la democracia socialista, que aún hoy requiere de profundas reflexiones y acciones.

Su concepción del marxismo

Me parece necesario resaltar que fueron varias las ocasiones en que el Che expresó su apego al marxismo y dejó muy clara su posición. Al respecto, sobresalen sus concepciones plasmadas en “Notas para el

estudio de la ideología de la Revolución cubana”, texto de 1960 en el que enfrentó las tesis que consideraban que en Cuba se había hecho una revolución sin bases ideológicas definidas.

En ese ensayo valoró la obra de Marx desde una dimensión cultural al reconocer las “verdades esenciales del marxismo como incorporadas al acervo cultural y científico de los pueblos” y tomándolo “con la naturalidad que nos da algo que ya no necesita discusión” (Guevara, 1970 [1960], p. 94, Tomo II). Pero, a la vez, desarrolló una perspectiva histórica al reconocer que “si nuevos hechos determinan nuevos conceptos, no se quitará nunca su parte de verdad a aquellos otros que hayan pasado” (p. 93). Desde esas perspectivas asumió el marxismo y reconoció la necesidad de su permanente renovación en síntesis con la acción revolucionaria.

Por otra parte, para el Che, la asimilación del marxismo no se agotaba en las conclusiones formalizadas en los textos, ni en un inventario de tesis invariables e inmanentes a los cambios del movimiento histórico, sino a través del diálogo riguroso y crítico con las obras de sus fundadores y con la propia realidad; también cuando sintió la necesidad de enfrentar el desafío práctico y teórico, así como la crítica organizada para continuar profundizando su rol como guía para la acción y como filosofía de la praxis. En consecuencia, se adentró en el marxismo en su búsqueda teórica, que exigía de los revolucionarios una extraordinaria tensión creativa para develar lo que podía enturbiar su genuina asimilación como una cosmovisión del ser humano y la sociedad vinculada a la vida y a la práctica revolucionaria. Desde esa perspectiva, constató las deformaciones presentes en versiones dogmáticas como especie de escolasticismo “que ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista e impedido el tratamiento sistemático del período cuya economía política no se ha desarrollado” (Guevara, 1985, p. 264, Tomo 4).

Uno de los argumentos que se ha esgrimido contra el marxismo (en ocasiones, a partir de versiones dogmáticas que lo distorsionan) es el relacionado con las correlaciones entre lo individual y lo social, cuando se asevera que, en esa teoría y en la sociedad socialista, se

diluye o subestima lo individual en aras del interés social o colectivo. Esta fue una de las problemáticas más estudiadas por el Che, consciente de que un serio análisis del marxismo demostraba que en sus tesis, y especialmente las que argumentan sobre la nueva sociedad, se promovía un nuevo concepto de individualidad enriquecido por lo social y despojado de trabas impuestas por la sociedad capitalista.

Por consiguiente, se trata de un vínculo dialéctico en contraposición con el individualismo exacerbado en que se basa el capitalismo. Al respecto, el Che expresó que la revolución no es estandarizadora de la voluntad, ni de la iniciativa colectiva, sino todo lo contrario: es liberadora de las capacidades de los hombres. Desde esa perspectiva, analizó la interrelación individuo-masa-dirigentes con gran peso en sus concepciones sobre la democracia en un proceso socialista.

El comunismo como búsqueda y descubrimiento

El 22 de marzo de 1965, en una entrevista de la revista *Joven África*, le preguntaron al Che: “Los africanos están ansiosos de conocer experiencias como la de Cuba. ¿Puede un cubano decirnos qué es Cuba realmente?”. Su respuesta fue: “La característica más importante de Cuba es ser un país que experimenta una revolución que está en constante movimiento y constantemente renovada [...] para nosotros el comunismo no solo no es un dogma, sino que es casi un descubrimiento” (Guevara, 1997 [1965], p. 128).

Esa concepción está invariablemente unida al sentido dialéctico de la propia revolución, en la que se deben conjugar la acción y la reflexión. En la misma entrevista, señaló: “Hoy Cuba está buscando nuevos elementos para el socialismo [...] y el país piensa y pondera a la vez que requiere de estudios profundos en la búsqueda de nuevos elementos para el socialismo” (p. 128).

El curso ulterior de la Revolución cubana hasta el presente ha dado la razón al Guerrillero Heroico, cuyas concepciones forman parte del pensamiento fundacional y estratégico de ese

extraordinario proceso emancipador. Descubrimiento, renovación, acción y reflexión son las características más definitorias del quehacer guevariano y de sus aportes teóricos y políticos sobre el socialismo y la democracia. No esperemos de sus concepciones la formulación de definiciones o conceptos abstractos. Aquellas están dadas por profundas consideraciones que forman parte de un pensamiento sociopolítico y filosófico con enjundiosas reflexiones acerca de la Revolución cubana en su etapa insurreccional y en sus primeros seis años después del triunfo de enero de 1959.

Hay que afirmarlo desde el principio: el Che fue ajeno a la creación de un modelo abstracto de la democracia socialista. Lejos de esperar o pedir avances del marxismo teórico para la elaboración de nuevos modelos políticos que garantizaran el carácter democrático de la sociedad socialista, ubicaba la tarea en el estudio de los avances de la base estratégica y de la reelaboración de la propia experiencia por parte del movimiento social en su conjunto. Ello implicaba vincular la teoría de la política con la historia, para así evitar que la primera se convirtiera en una abstracta e infecunda modelística procedimental e institucional.

La mirada diferente a la transición socialista y a la democracia

Entre 1959 y 1965, el Che realizó una labor educativa a través de discursos, diálogos y escritos encaminados a esclarecer lo relacionado con la transición al socialismo en Cuba (Guevara, 2012).

Dos dimensiones de incidencia teórico-práctica a las que dedicó grandes esfuerzos fueron la promoción de debates acerca de temas vinculados con las transformaciones del país y la elaboración de trabajos teóricos que abordaron problemáticas sensibles. En ambos casos, hay un llamado a una relectura del marxismo en el nuevo sitio epistemológico que la Revolución cubana significaba y en el modo de plantear preguntas y de formar conceptos para la transformación.

En cuanto a su producción teórica, sobresalen trabajos escritos entre 1960 y 1964, como el ya mencionado “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana”, (Guevara, 1970 [1960], pp. 92-101, Tomo II), junto con “Cuba: Excepción Histórica o Vanguardia en la Lucha Anticolonialista” (Guevara, 1970 [1961], pp. 403-419, Tomo II) y “Contra el Burocratismo” (Guevara, 1970 [1963], pp. 176-183, Tomo II). En ellos, polemizó con concepciones dogmáticas sobre el marxismo y el socialismo, a la vez que aportó importantes claves sobre su concepción de la nueva democracia que el socialismo tiene que construir. Fueron antecedentes del ensayo en el que, sin duda, sintetizó sus mayores aportes en ese terreno: “El Socialismo y el hombre en Cuba” (Guevara (1970 [1965], pp. 367-386, Tomo II). En ese texto logró una breve pero enjundiosa concepción sobre temas cruciales acerca del socialismo, como es la formación del Hombre Nuevo, tema ineludible que se une a otros que debe abordar el debate sobre el socialismo en el siglo XXI, teniendo en cuenta las experiencias fracasadas, los nuevos escenarios históricos y las características del capitalismo. Este, en la actualidad, propicia la multiplicación de actores y sujetos del cambio revolucionario. Ignorar el papel de los seres humanos en el socialismo o despojarlos de la mística y del compromiso revolucionario que resalta en la concepción del Che puede llevar a seguros descalabros y a fracasos inevitables.

Cabe recordar que “El Socialismo y el hombre en Cuba” fue escrito en el mismo período en que en la URSS comenzaba a perfilarse la teorización sobre lo que más tarde se conceptualizó como “socialismo desarrollado”, concebido como antesala del comunismo, entre otros temas que abordaban más las aspiraciones que las realidades enfrentadas en el desarrollo del socialismo. Esos conceptos priorizaban los mecanismos económicos sin un adecuado manejo de las contradicciones y de los necesarios equilibrios entre factores de índole económico-material y los asociados al rol de los seres humanos en ese proceso, que en sí mismo entraña profundos cambios culturales. Se desplegaba entonces una tendencia en los análisis sobre el socialismo a partir de un marcado triunfalismo y un diseño esquemático

de esa sociedad, basados en la prescripción de leyes objetivas supuestamente válidas para cualquier experiencia, independientemente del contexto nacional y el momento histórico en que se desarrollara.

En ese mismo período, el Che se adentró en el análisis de los más complejos temas que los inicios de la construcción socialista en Cuba estaba urgida de abordar. A la vez, alertó sobre la complejidad de ese proceso y aportó una red conceptual a partir de los que consideró sus pilares: el desarrollo de la economía y la técnica, así como la formación del Hombre Nuevo como ser humano con altos valores y con nuevas motivaciones, distintas a las que caracterizan el individualismo fomentado por el capitalismo. Pero lo más importante es la complementación mutua entre ambos pilares, lo que desarrolla en “El socialismo y el hombre en Cuba” al concebir la revolución socialista de forma integral y no limitada a la transformación de las estructuras socioeconómicas y de las instituciones políticas, sino entendiéndola como una profunda y radical transformación de los hombres, de su conciencia, costumbres y valores. En ese texto él sintetizó una variedad temática integrada a una especie de tejido social o red de factores y valores éticos que influyen decisivamente en el proceso de la construcción del socialismo, incluidos los vinculados al importante rol de las subjetividades, al mundo espiritual y al desarrollo de la cultura y el arte como vías para la eliminación de la enajenación.

Una de las tesis del Che es que no es posible simplificar el tránsito al socialismo, sino que hay que enfrentarlo en toda su complejidad y teniendo en cuenta los variados procesos y factores a través de los cuales van asentándose nuevas estructuras socioeconómicas y nuevas motivaciones personales y colectivas. Con realismo y responsabilidad teórica y política sentó las bases de una renovada concepción humanista y democrática sobre el socialismo, que atraviesa todo su pensamiento y que, a la vez, lo llevó a destacar el papel de la subjetividad impregnada de valores, ideales y compromisos sin los cuales las revoluciones dejan de ser verdaderas, languidecen y se frustran. Así, en una entrevista que le realizó en 1963, en Argelia, el periodista francés Jean Daniel, el Che dejó clara su posición al respecto: “El

socialismo económico, sin la moral comunista no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo luchamos contra la alienación. [...] Si el comunismo descuida los hechos de conciencia puede ser un método de repartición, pero deja de ser una moral revolucionaria” (Guevara, 2014 [1963], p. 369, Tomo 4).

Las contradicciones y complejidades del proceso de transición al socialismo también las valoró desde la perspectiva del Estado, y reconoció que este no es infalible, que “a veces se equivoca”, lo que repercutió negativamente en el entusiasmo colectivo. Este, para el Che, es una condición insoslayable del proceso de construcción del socialismo. En ese contexto, analizó cómo el Estado va surgiendo y carga la mano en lo relacionado con la construcción de un nuevo tipo de Estado, que también debe actuar sobre los que ocupen responsabilidades políticas o gubernamentales. Igualmente, alertó sobre las distorsiones del rumbo estratégico que podían producirse y reconoció el importantísimo papel de las rectificaciones para no extraviar la ruta.

En su obra y en sus intervenciones públicas sobresalen tres rasgos de su interpretación sobre el socialismo y la democracia: la vinculación entre la teoría y la práctica, el alto sentido ético de todos sus postulados y de su quehacer humano y político, y sus convicciones del papel del revolucionario que, ante todo, debe realizar la correcta interpretación de la realidad histórica y del rol de las fuerzas sociales que en ella intervienen.

No hay socialismo sin la participación consciente de las masas

El Che no se agotó en buscar analogías mecánicas entre la Revolución cubana y los juicios marxistas sobre el agente o sujeto de la transformación, sino que también se identificó con el concepto “pueblo”, que tanto significado tuvo en el programa de la Revolución cubana expuesto por Fidel Castro en *La Historia me absolverá*, donde queda

claro que “el pueblo, si de lucha se trata” es el sujeto de las transformaciones y beneficiario directo de las mismas (Castro, 2008 [1953], pp. 49-110). Desde esos conceptos, el Che también retomó el criterio de “la unidad”, entendida como la interacción de los sectores populares como fuerza y arma del triunfo revolucionario que exige la acción de clases y sectores sociales diversos, no antagónicos con la estrategia de orden socialista.

Desde esas perspectivas, construyó su concepto de *masa*, que no es una suma mecánica de individuos, sino un ente multifacético y educado, con conciencia de su quehacer y responsabilidad que logran la integración de sus correspondientes objetivos personales y sociales. Ahí está una de las claves de su concepción de la democracia, cuando desentraña la dialéctica que debe existir entre los tres actores fundamentales de la construcción socialista: el ser humano, la masa y la vanguardia política. Para el Che, en esa dialéctica están las bases para el avance de la transición socialista y, de manera especial, de la nueva democracia con rol protagónico del ser humano. Así, engarza su concepción del Hombre Nuevo con su definición de *masa*. Su análisis está despojado de esquematismos que puedan aislar los factores involucrados en la democracia y la transformación socialista, de ahí que su concepción sobre los líderes y sobre la vanguardia, incluida el Partido, se plantea en estrecha interacción con la *masa* y dependiendo de ella.

Su tesis central en este terreno tiene que ver con la naturaleza popular del poder político, cuando reconoce que no habrá socialismo sin la participación consciente de las masas, a la vez que considera que los dirigentes deben subordinarse a los intereses de estas. En esa interrelación es donde valida el liderazgo a partir de su capacidad de interpretar los anhelos del pueblo, sin imposiciones sino con la autoridad ganada por la entrega, la austeridad y el sacrificio. En esa lógica, al valorar el rol de los dirigentes políticos, el Che fundamentó el concepto “conexión estructurada con la masa” que valida a los dirigentes por su capacidad de interpretarla y no a la inversa. Esa fue una de las cualidades que él valoró altamente en Fidel, cuando

reconoció su capacidad de auscultar permanentemente las reacciones y necesidades del pueblo, lo que es base de la necesaria correlación entre ética y política, al igual que de los nuevos rasgos y mecanismos democráticos en Cuba.

Si bien el núcleo del concepto del Che sobre la democracia se basa en la dialéctica vanguardia-masa y en los mecanismos de participación popular, no excluye el papel de las instituciones estatales, pero reconoce que debe ser una nueva institucionalidad lo más desvinculada posible de los lugares comunes de la democracia burguesa y con mecanismos que no separen el Estado de las masas, ni de las personas. Al respecto, enfatizó el imperativo de construir un nuevo tipo de democracia alternativa a la burguesa con instituciones capaces de propiciar canales de participación política popular conciente y responsable, tema que sigue teniendo gran actualidad en nuestro país.

Debe recordarse que cuando el Che escribió “El Socialismo y el Hombre en Cuba” aún no se había constituido oficialmente el Partido Comunista (lo que ocurrió el 3 de octubre de 1965), pero en ese texto se perfilan importantes conceptos sobre el futuro Partido, dirigidos a resaltar su autoridad política y moral, así como sus imprescindibles vínculos con las masas. Entre los factores que le conceden autoridad a la vanguardia partidista, el Che reconoció su carácter no electoral y su integración en centros de trabajo a partir del ejemplo y la entrega de sus miembros y cuadros dirigentes. En ese orden, formuló una concepción antielitista del Partido, con enorme responsabilidad en la búsqueda del Hombre Nuevo, teniendo en cuenta la forma de integrarse el Partido, sus objetivos y las acciones políticas que requieren el permanente vínculo con la masa y con sus militantes permeados de valores éticos.

De manera que los términos con que el Che concibe el Partido y sus miembros se relacionan con el desinterés en prebendas materiales, el ejemplo en el actuar ético y moral, junto con la capacidad de crítica y autocrítica.

Esa interrelación del Partido con la masa es una de las aristas más importantes del nexo que él establece entre ética, política y

democracia en el socialismo. Así lo resaltó en este hermoso y simbólico pasaje de “El Socialismo y el Hombre en Cuba”:

Ya no marchan completamente solos, por veredas extraviadas hacia lejanos anhelos. Siguen a su vanguardia, constituida por el Partido, por los obreros de avanzada, por los hombres de avanzada que caminan ligados a las masas y en estrecha comunión con ellas. Las vanguardias tienen su vista puesta en el futuro y en su recompensa, pero ésta no se vislumbra como algo individual; el premio es la nueva sociedad donde los hombres tendrán características distintas: la sociedad del hombre comunista.

El camino es largo y lleno de dificultades. A veces, por extraviar la ruta, hay que retroceder; otras, por caminar demasiado aprisa, nos separamos de las masas; en ocasiones por hacerlo lentamente, sentimos el aliento cercano de los que nos pisan los talones. En nuestra ambición de revolucionarios, tratamos de caminar tan aprisa como sea posible, abriendo caminos, pero sabemos que tenemos que nutrirnos de la masa y que esta sólo podrá avanzar más rápido si la alentamos con nuestro ejemplo (Guevara, 1970 [1965], p. 374. Tomo II).

Democracia social, participación popular e institucionalidad

La desvinculación de los pilares del demo liberalismo, como son la separación de poderes, la concepción del sistema parlamentario representativo y la competencia entre partidos políticos como únicas formas de democracia, está ligada a la búsqueda de una institucionalidad socialista que no está preestablecida, ni tiene que ser válida para todas las sociedades. En 1965, en referencia a Cuba, el Che señaló:

Esta institucionalidad de la revolución todavía no se ha logrado. Buscamos algo nuevo que permita la perfecta identificación entre el Gobierno y la comunidad en su conjunto, ajustada a las condiciones peculiares de la construcción del socialismo y huyendo al *máximo de*

los lugares comunes de la democracia burguesa, trasplantados a la sociedad en formación (como las cámaras legislativas, por ejemplo). Se han hecho algunas experiencias dedicadas a crear paulatinamente la institucionalización de la revolución, pero sin demasiada prisa. El freno mayor que hemos tenido ha sido el miedo a que cualquier aspecto formal nos separe de las masas y del individuo, nos haga perder de vista la última y más importante ambición revolucionaria que es ver al hombre liberado de su enajenación (Guevara, 1970 [1965], p. 375, Tomo II).

Esas consideraciones se fraguaron en la etapa del surgimiento y ampliación de las condiciones para lograr mayor participación popular en Cuba. Entonces se producían cambios económicos y sociales a partir del establecimiento de la propiedad social sobre los principales medios de producción; reforma agraria, urbanización, alfabetización, educación masiva, desarrollo del sistema de salud pública, inicio de la industrialización, ampliación de las vías de comunicación, enriquecimiento de la vida rural, repudio al racismo y a toda forma de explotación y discriminación, entre otras grandes transformaciones durante el primer lustro de la revolución en el poder.

En tales circunstancias, la participación popular pasó a ser el pilar de la nueva democracia que se encauzó fundamentalmente a través de la actividad de las organizaciones sociales y populares (las nuevas y las refundadas) con altos índices de espontaneidad que, lejos de afectar la acción popular, la fortaleció, abriéndoles nuevos y simultáneos resortes participativos.

Esos hechos dieron lugar a importantes dispositivos favorecedores de la actividad de las masas populares en lo concerniente a las transformaciones socioeconómicas, la defensa del país, el deber cívico, la cultura política y, en particular, la cultura de los derechos y el desarrollo de experiencias participativas que condicionaron la labor política en el país. En todo aquel enriquecedor proceso el pensamiento sociopolítico y la obra de Che dejó huellas de gran relevancia.

A modo de conclusión

No hay dudas de que el Che fue un revolucionario comunista. Al igual que Fidel Castro, y junto a él, sus concepciones se fraguaron en la lucha revolucionaria, como premisa del cambio civilizatorio que significa la alternativa socialista con un horizonte comunista. Su obra se inscribe en el marxismo creador en estrecha interrelación entre teoría revolucionaria y práctica social, lo que le llevó a una visión integral de la sociedad y a una sólida propuesta para el despliegue de la democracia en la transición socialista cubana.

Su pasión por la creación de la nueva sociedad situó la democracia como uno de sus resortes fundamentales, al concebirla como una acción consciente de los revolucionarios involucrados en la tarea de hacer política. Para él, eso también formaba parte de la lucha anticapitalista y antiimperialista.

A diferencia de la versión dogmática del marxismo y la visión teológica del socialismo como sociedad de llegada, la obra del Che tiene el gran mérito de no prescribir las formas definitivas de la nueva sociedad al margen de la intelección de sus contradicciones y desafíos. Por consiguiente, no encontraremos en su obra definiciones o conceptos abstractos. Como buen dialéctico supo que las definiciones pueden ser defectuosas o tornarse antihistóricas cuando “tenden a congelar términos”(Guevara, 1985a, p. 79, Tomo 8).

Uno de sus méritos fue la extraordinaria tensión creativa que lo caracterizó, sus plurales búsquedas teóricas y políticas sobre la nueva sociedad sin lanzarse a una teorización apresurada.

Tuvo ideales, pero no fue un idealista. Alertó que el Hombre Nuevo era un objetivo a largo plazo, y que, al igual que en la construcción del socialismo y la democracia, hay que encontrar los métodos que vayan sumando a su formación, imprescindibles para dar un vuelco a la sociedad humana.

En el centro de sus posiciones sobresalen el sentido ético de sus postulados y de su quehacer, junto a convicciones que sitúan al

pueblo o la masa como el real protagonista de la Revolución cubana. A la masa se deben los dirigentes y las instituciones: esa es para él una de las claves de la nueva democracia que el socialismo debe construir como alternativa válida a la falacia democrático-liberal burguesa. Su mencionada afirmación de 1965 de que el comunismo es búsqueda y descubrimiento, aporta elementos metodológicos en el inédito camino que cada experiencia revolucionaria debe recorrer.

Bibliografía

Castro, Fidel. (2008 [1953]). La historia me absolverá. En David Deutschmann y Deborah Shnookal (eds.), *Fidel Castro: antología mínima*. México: Ocean Press y Ocean Sur.

Guevara, Ernesto. (1970 [1960]). Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana. En *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967* (Tomo II). La Habana: Casa de las Américas.

Guevara, Ernesto. (1970 [1961]). Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista. En *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967* (Tomo II). La Habana: Casa de las Américas.

Guevara, Ernesto (1970 [1963]) Contra el Burocratismo. En *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967* (Tomo II). La Habana: Casa de las Américas.

Guevara, Ernesto. (1970 [1965]). El socialismo y el hombre en Cuba. En *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967* (Tomo II). La Habana: Casa de las Américas.

Guevara, Ernesto. (1985). *Escritos y discursos* (Tomo 4). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Guevara, Ernesto. (1985a). *Ernesto Che Guevara: Escritos y discursos* (Tomo 8). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Guevara, Ernesto. (1997 [1965]). Entrevista a la revista *Joven África*. En R. Michael y S. Michael (eds.), *Che Guevara and the FBI. The U.S. political police dossier on the Latin American revolutionary*. Melbourne y New York: Ocean Press.

Guevara, Ernesto. (2012). *Retos de la Transición Socialista en Cuba (1961-1965)*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.

Guevara, Ernesto. (2014 [1963]). Entrevista concedida a Jean Daniel en Argelia. En Orlando Borrego (comp.), *Che Guevara en la Revolución Cubana* (Tomo 4). La Habana: Editorial José Martí.

II

**El legado del Fidel sobre la transición
socialista: aproximaciones a su
vigencia en Cuba**

Alocución inaugural

Zoila Benítez de Mendoza

Compañeras y compañeros:

Como seguramente saben casi todos los presentes, la SEAP es la asociación científica más antigua de nuestro país y, por consiguiente, parte inalienable de la representación patriótica de su sociedad civil y, a la vez, pieza esencial de su patrimonio cultural.

Su historia tiene un sello de identidad que la distingue desde el siglo XVIII: *Pro Patria*. Este sinteriza el supremo objetivo de la obra de valiosas personas que, con su profundidad y proyección, así como desde diferentes corrientes ideológicas, influyeron y forjaron el ideario de la nación cubana.

Entre ellos, Félix Varela (quien, como dijo José Martí, nos enseñó a pensar), José de la Luz y Caballero, Tomás Romay y Francisco de Arango y Parreño. Como economista y estadista, este último contribuyó a la formación del pensamiento de la Nación y se destacó por impulsar la consecuente aplicación de la ciencia a la economía.

Dos problemas principales de la epidemiología del país (la viruela y la fiebre amarilla) conllevaron a que, en 1804, con el apoyo económico de la SEAP se fundara la Junta Central de Vacunación de La Habana, de la que fue nombrado como secretario facultativo uno de sus más destacados miembros: el doctor Tomás Romay. Bajo su dirección, los médicos cubanos lograron, por sus propios medios,

comenzar la vacunación antivariólica en distintas poblaciones de la isla.

Por otra parte, bajo el patronato de la Sociedad, también fueron creadas las cátedras de Anatomía, Obstetricia y Cirugía. Asimismo, se impulsó la reforma del Plan de Estudios Universitario, la viabilidad de la Clínica Médica, el establecimiento del Museo Anatómico, del laboratorio de Química y del Jardín Botánico; en el cual se estudiaron y sembraron plantas medicinales destinadas al tratamiento de enfermos.

Ese laboratorio también contribuyó a la investigación de nuestras aguas minero-medicinales y a la creación de una biblioteca que tuvo gran trascendencia en el desarrollo de la medicina.

Por consiguiente, podemos afirmar que, desde su fundación, el 9 de enero de 1793 y durante sus tres épocas (la colonial, la republicana y la actual revolucionaria), la SEAP se preocupó por el avance de la cultura médica en Cuba y prestó valiosa cooperación a la Academia de Ciencias.

Estudiar y conocer el pensamiento pasado y la influencia ideológica que ejerció en el contexto social vivido, no exento de complejas contradicciones, es determinante para la actuación del presente, al recoger lo más fecundo de la tradición histórica y proyectarse en cada momento con un sentido creador orientado al futuro.

Fieles herederos de esa tradición, los actuales miembros de la SEAP hemos continuado y continuaremos apoyando la promoción de la ciencia y la siembra de ideas en nuestro país. Por ello, y acorde con lo indicado por José Martí (*honrar, honra*), hoy nos honra entregar al Comité de Innovación del Ministerio de Salud Pública (MIN-SAP) el Premio Francisco de Arango y Parreño.

Tal y como consta en el dictamen del jurado, encabezado por el miembro de la Junta de Gobierno y presidente de la Sección de Economía y Ciencias de la SEAP, el doctor Jorge Núñez Jover, el otorgamiento de esa distinción se fundamenta en la excepcional contribución de todas y todos los integrantes de ese Comité a la batalla contra el Covid-19; en tanto ellas y ellos tuvieron, y todavía tienen a su cargo, la

coordinación de importantes acciones científicas y tecnológicas que permitieron y permitirán responder a esa pandemia que aún afecta a la población de incontables naciones del mundo.

Para las y los que no conocen su labor, ese Comité de Innovación está coordinado por los directores de Ciencia e Innovación del MINSAP y de la empresa BioCubaFarma. Por consiguiente, se ha encargado de evaluar y aprobar las propuestas de productos en investigación, innovación y desarrollo, los protocolos terapéuticos y los ensayos clínicos, así como de agilizar los trámites de aprobación en temas regulatorios.

Por tanto, el Comité de Innovación sintetiza y simboliza el trabajo intersectorial y transdisciplinario que ha permitido enfrentar exitosamente la pandemia en nuestro país y contribuir a controlarla en otros lugares del mundo.

Como reconocen sus integrantes y los más destacados científicos de nuestro país, esos y otros logros han sido posible gracias a transformar en realidad uno de los grandes sueños del líder histórico de la Revolución cubana, Fidel Castro; quien, pocos días después del primer aniversario de la derrota de la criminal y proimperialista dictadura del general Fulgencio Batista (el primero de enero de 1959), avizó que “[e]l futuro de nuestra patria [tenía] que ser necesariamente un futuro de hombres de ciencia [y] de hombres de pensamiento” (Castro, 2007 [1960], p. 16).

Como había adelantado el doctor Luis Suárez Salazar en sus palabras introductorias al panel “El pensamiento del Che sobre la transición socialista: aproximaciones a su vigencia en Cuba” (efectuado en esta misma institución el próximo pasado 8 de octubre), me honra dejar inaugurado, un día antes del quinto aniversario de su paso definitivo a la inmortalidad, el evento teórico “El legado de Fidel sobre la transición socialista: Algunas aproximaciones a su vigencia en Cuba”, organizado por la SEAP, nuevamente, con el coauspicio de nuestra Casa de las Américas y del Centro de Estudios Che Guevara.

Para iniciar nuestras deliberaciones le doy la palabra a la doctora María del Carmen Ariet, quien, en esta ocasión, será la encargada de

moderar el panel en el que presentarán sus puntos de vistas, sobre el tema que nos convoca, los doctores Jorge Núñez Jover, Luis Suárez Salazar y José Luis Rodríguez, así como el presidente de la Casa de las Américas, Abel Prieto Jiménez, quien, como ustedes saben, desde hace varias décadas ha ocupado importantes responsabilidades en la definición, la conducción y la implementación de la política cultural de nuestro país.

Bibliografía

Castro, Fidel. (2007 [1960]). El futuro de nuestra patria tiene que ser necesariamente un futuro de hombres de ciencia. En José Bell, Delia Luisa López y Tania Caram, *Documentos de la Revolución Cubana 1960*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Palabras introductorias

María del Carmen Ariet

Estimadas y estimados compañeros:

¡Muchas gracias por acompañarnos en la tarde de hoy!

Como muchas y muchos de ustedes saben, el pasado 8 de octubre se efectuó, en otra de las salas de esta emblemática institución, el panel dedicado al Che, en el que se analizaron sus aportes a la teoría y la práctica de la transición socialista. Estos forman parte de los componentes centrales de su legado dentro de su actuar en la Revolución cubana.

Hoy, dando continuidad a los objetivos de ese evento, se ha convocado el taller “El legado de Fidel sobre la transición socialista: algunas aproximaciones a su vigencia en Cuba”, en el cual tendré la responsabilidad de moderar el tiempo de las intervenciones de los cuatro ponentes que mencionó la doctora Zoila Benítez. Y, posteriormente, los comentarios o las preguntas que ustedes deseen realizar.

Les adelantó que después que los panelistas reaccionen ante ellas, su compilador y coautor, el compañero Rafael Hidalgo Fernández, presentará el libro *El pensamiento estratégico de Fidel Castro Ruz: valor y vigencia*. En las proximidades del 95º aniversario de su natalicio (el 13 de agosto), esa obra fue publicada por el Instituto de Historia de Cuba, adscripto al Comité Central del PCC.

Pero antes de que todo eso ocurra, en mi condición de moderadora, y sin abusar de mi posición, voy a utilizar algunos minutos para exponer algunas ideas personales sobre el Fidel que sentimos como nuestro.

En estos días, en vísperas del quinto aniversario de su desaparición física, creo que a todas y a todos nos han brotado un cúmulo de recuerdos y sensaciones múltiples en los que recordamos su presencia y su magisterio tan peculiar; convenciéndonos de que su figura, su voz y su pensamiento permanecen inalterables en el tiempo: razón esencial, porque la dimensión de su accionar rebasa cualquier comparación.

No se trata de una simple retórica ni de frases preconcebidas. Se trata, en palabras sencillas, de expresar las cualidades que, por casi sesenta años, caracterizaron su entrega total a una obra que por derecho propio lo convierte en el artífice supremo de algo tan complejo como es proyectar y hacer una Revolución.

De esa forma, devino como el líder indiscutible de una revolución forjada con el empeño de todas y todos; pero con la entereza y la grandeza de alguien que se sabe destinado a vivir el presente con mirada de futuro y con valor de retorno.

Algo que nos inculcó Fidel a todos los cubanos ante el triunfo de los logros pero, sobre todo, en momentos difíciles, como los tantos por los que hemos transitado, fue su confianza en el porvenir. Sobre todo, inmediatamente antes y después de que el 16 de abril de 1961 él proclamara el carácter socialista de la Revolución cubana.

Quizás eso explique, de modo simple, la frase reiterada de “Yo soy Fidel” porque, sin dudas, cada uno de nosotros tenemos nuestro propio Fidel y no es poca cosa si lo conectamos con todos y cada uno de los momentos vividos en circunstancias irrepetibles, conscientes de que su sola presencia bastaba para dar impulso y aliento, así como para salir adelante ante cualquier contingencia.

Cuántas veces murmurábamos y nos interrogábamos, entre nosotros, ante problemas difíciles de la cotidianidad o de envergaduras mayores en lo nacional o lo internacional: ¿cuándo hablará Fidel?

Aunque parezca fácil y sencillo, eso demuestra la forma intensa en que había calado ese diálogo, en diapason directo con el pueblo, cuyas vibraciones provocaban otras nuevas, como expresara el Che en su célebre ensayo *El socialismo y el hombre en Cuba*.

Son cualidades extraordinarias por su intensidad, inteligencia y creatividad para poner en práctica un proyecto que rebasa la imaginación cuando valoramos lo realizado hasta aquí y cuánto de su voluntad y entrega nos legara en el difícil ejercicio del revolucionario.

Mucho se reitera en la actualidad sobre la historia de la Nación y de lo que se ha hecho hasta hoy. Pero, sin dudas, a pesar de sus detractores, lo realizado se centra en la convicción de nuestros principios éticos y en la connotación de nuestra indiscutible cubanía.

Las ideas, el pensamiento, los conceptos y la práctica que se desprenden de ellos, y del actuar consecuente de un hombre como Fidel encierran el máximo de aspiraciones soñadas en nuestra historia, sin soslayar los errores cometidos y que nunca eludió. Solo que esos errores han servido de puentes para reforzar los cimientos, por mucho que se hayan intentado destruir.

Hoy, nuestro deber es seguir construyendo hasta alcanzar el verdadero socialismo como la expresión cimera de la voluntad y el bienestar del pueblo.

Sin dudas, pasado los años, se imponen nuevos retos, nuevos caminos y nuevas formas de enfrentar las tareas que tenemos por delante, pero con una enorme ventaja: tenemos la posibilidad, siempre, de retornar y retomar el aliento y la vitalidad de un Fidel destinado por derecho propio a permanecer.

Ante proclamas adversas, seguir al Fidel que supo exaltar el valor de nuestra cultura y ponerla como escudo para defenderla del asedio de los enemigos y enfrentarlos con la espada y el filo de nuestras ideas es la auténtica esencia en aras de promover la verdadera solidaridad y unidad de los pueblos.

Mucho queda por hacer. Por eso, recordar a Fidel es pensar en el peso de sus ideas y en su voluntad de actuar unidos. Es fortalecer la

conciencia para entender el verdadero socialismo como aspiración suprema. Este sería el mejor tributo que podemos hacerle.

Con ese espíritu, las ponencias que se presentarán solo son una breve muestra del tributo que queremos rendirle. Decir que la Revolución cubana y Fidel están imbricados por lazos indestructibles no es simple retórica. Se expondrán temas de extraordinaria importancia y actualidad, comenzando por el compañero Jorge Núñez Jover. Después, en ese orden, intervendrán Jorge Luis Rodríguez, Abel Prieto y el coordinador de este evento, Luis Suárez Salazar.

Quisiera pedirles, por favor, ceñirse a los 20 minutos acordados, para que, si alcanza el tiempo, dar espacio a alguna intervención de los presentes. Como ustedes saben, los textos completos de vuestras correspondientes ponencias serán publicados lo más rápido que nos resulte posible.

¡Jorge, tienes la palabra!

Notas sobre las concepciones de Fidel en torno al papel de la ciencia y el pensamiento en la transición socialista cubana y su continuidad actual

Jorge Núñez Jover

I

Tal y como indica el título de mi presentación, repasaré, dentro de los límites que permite una comunicación como esta, el pensamiento y la práctica de Fidel en torno al cultivo de la ciencia y el intelecto en la transición socialista que se sigue desplegando en nuestro país.

En realidad, no es tarea difícil la que me toca: la obra práctica que el Comandante en Jefe promovió y condujo está presente por todas partes. Está en las vacunas más recientes, en las decenas de centros y programas científicos y en las carreras universitarias creadas por él. Asimismo, en la obra educacional y cultural que nos distingue como país.

El tema fue objeto de atención recientemente en el contexto del 60 aniversario de sus “Palabras a los intelectuales” (Castro, 2021 [1961], pp. 31-59). Es importante observar que esas palabras pueden

abarcar al conjunto de los intelectuales y no solo a los artistas, como se suele interpretar. No poco se ha escrito sobre todo eso. Sin embargo, visitar esa extraordinaria obra tiene sentido en el presente. En nuestros días, el énfasis en el papel del conocimiento, la educación, la cultura y la ciencia en nuestro país es tan importante como en los tiempos fundacionales de la Revolución.

No son pocos los problemas que tenemos en esos ámbitos. Por ello importa mucho ver de qué modo la idea de “somos continuidad” que defiende el actual primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y presidente de la República, Miguel Díaz-Canel Bermúdez, es también válida en el campo que nos ocupa. Por eso, al final de mi intervención, esbozaré el pensamiento y la acción de Díaz-Canel (como lo llama nuestro pueblo) en ese terreno, lo que me permitirá, de paso, subrayar la necesidad de cuidar y multiplicar el tesoro que Fidel construyó.

Creo que él y muchos de sus mejores seguidores entendieron algo que en su momento formuló con claridad Celso Furtado: el conocimiento y la creatividad que éste posibilita son claves para la independencia nacional, la ruptura del subdesarrollo y la elevación de los niveles de bienestar de la sociedad (Furtado, 1979).

Según él, hay una estrecha relación entre creatividad y dependencia: la superación de esta última exige altas dosis de creatividad y descansa en el conocimiento y en la capacidad cultural que este genera. Fomentar esa creatividad descolonizadora y liberadora ha sido una tarea clave de la Revolución cubana.

II

Sin embargo, antes de abordar el legado de Fidel, me permitiré una observación de carácter histórico. Cierta narrativa que no comparto ha menospreciado la acumulación histórica que en materia de conocimiento precede a nuestra Revolución. En su lugar sugiero reconocer que Fidel y sus seguidores revolucionarios deben ser vistos

no tanto como seres excepcionales, sino como herederos de una tradición patriótica, política y revolucionaria que nos viene desde los tiempos de la fundación de la nación cubana y que supo cultivar el conocimiento para el bien de nuestra Patria.

Recordemos que Cuba tuvo universidad desde 1728: la Universidad Real y Pontificia Universidad de San Jerónimo de la Habana (la que ahora denominamos Universidad de La Habana o UH). Y, más de dos siglos después, se fundaron otras dos universidades públicas: la Universidad de Oriente (1947) y la Universidad Central de Las Villas (1952). Por otra parte, nuestro país cuenta con la más longeva Academia de Ciencias creada fuera de Europa: la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, creada por la Real Cédula del 15 de diciembre de 1792 del entonces rey de España, Carlos IV. Su primera sesión oficial se celebró el día 9 de enero de 1793.

De 1774 data el Real Colegio y Seminario San Carlos y San Ambrosio, donde ejerció magisterio como profesor de Filosofía el Padre Félix Varela. Allí se instaló el laboratorio de Física y de Química y comenzaron a impartirse, por primera vez en Cuba, clases prácticas de estas materias. Luego, en 1818, se introdujo la Cátedra de Economía Política y, en 1821, la Cátedra de Constitución también ejercida por Varela. En la década siguiente, el Real Colegio contaba con más de setecientos alumnos.

La Sociedad Económica de Amigos del País (SEAP) surgió el 9 de enero de 1793, influida por las ideas de la Ilustración e impulsada por criollos prominentes, como Francisco de Arango y Parreño, Tomás Romay y José Agustín Caballero.

La Estación Experimental de Santiago de las Vegas, actual Instituto de Investigaciones Fundamentales de la Agricultura Tropical “Alejandro de Humboldt” (INIFAT), fue fundado el 1º de abril de 1904 y es una de las instituciones de investigaciones agrícolas más antiguas de América Latina.

A pesar de sus manquedades, la República neocolonial (institucionalizada el 20 de mayo de 1902) nos legó algunas infraestructuras que luego la Revolución aprovechó intensamente: miremos en la

actualidad hacia el Instituto Cubano de Investigaciones de los Derivados de la Caña de Azúcar (ICIDCA). Este tuvo como antecedente un Instituto de Investigaciones Tecnológicas. El edificio donde hoy radica la Facultad de Química de la Universidad de La Habana era una obra ejemplar cuando nació en 1952.

La medicina, la ingeniería civil y la arquitectura de Cuba eran muy respetables. La transferencia de tecnologías hacia nuestro país generó aprendizajes importantes en áreas que, en su momento, eran muy avanzadas. Entre otras, el ferrocarril, la televisión y la telefonía.

El magisterio cubano cimentó saberes y valores que también son responsables de la formación de los cubanos que hicieron la Revolución. El libro *Cien figuras de la ciencia en Cuba*, de Rolando García Blanco, muestra una galería de talentos cubanos: Finlay, Reynoso, Poey, Fernando Ortiz y tantos otros (García, 2002).

Recordar estos aspectos nos permite reconocer la continuidad de la historia de nuestra Patria también en el terreno del conocimiento. Y posibilita entender por qué pudo la joven Revolución hacer una ejemplar Campaña de Alfabetización en 1961 y una Reforma Universitaria un año después, a pesar de que aproximadamente dos tercios de sus profesores se habían marchado del país. También se fueron muchos médicos, pero, con el apoyo de los que se quedaron, se graduó, en 1965, el primer grupo formado por la Revolución.

Sí, ¡podemos estar orgullosos de los talentos que Cuba produjo y sigue produciendo! Ese es nuestro patrimonio. Junto a este, la Revolución debió lidiar con herencias muy negativas. Por ejemplo, la existencia de un millón de analfabetos. Y también con lastres que don Fernando Ortiz identificó con toda claridad:

No importa, pues, en Cuba ser o no mentalmente civilizado; es preciso únicamente ser listo. En otros países, cuando se quiere apartar a un individuo de una senda distanciada de la que sigue la mayoría, se le dice: no seas ignorante; aquí le decimos: no seas bobo, porque la cultura no interviene absolutamente en el éxito de los triunfadores, y la bobería es nuestra muerte civil, que castigamos con la más

implacable de las armas: con el choteo, sin pensar que este es de dos filos y propia de los pueblos que carecen de otras más nobles, más civilizadas y más dignas (Ortiz, 1987, p. 15).

III

Por todo lo dicho, y por otros elementos excluidos a causa de la necesaria brevedad de ese escrito, debemos estar orgullosos por el privilegio de haber contado con una vanguardia revolucionaria iluminada que entendió muy bien el papel del conocimiento, la educación y el pensamiento. Sobre todo, Fidel, al cual se le puede reconocer, sin ningún titubeo, como el fundador de la ciencia nacional revolucionaria. Junto a él, el Che, fundamental en el despegue de la industrialización del país y del esfuerzo por vincular las tareas del Ministerio de Industrias y sus empresas con las universidades. También hay que destacar su papel en la concepción de la universidad revolucionaria. En un libro he recogido el testimonio de su ejemplar visita a la Facultad de Ciencias de la UH en octubre de 1963 para coordinar acciones; en particular, en los campos de la química y la física (Núñez, 2010, pp. 22-23). Por eso, se puede afirmar que el Che fue un pionero de lo mejor de la política de Ciencia, Tecnología e Investigación en Cuba. Pero también podría mencionarse al presidente de nuestro país, Osvaldo Dorticós Torrado (quien estuvo al frente de nuestro Gobierno entre los primeros meses de 1959 y de 1976), al presidente de la Academia de Ciencias de Cuba, Antonio Núñez Jiménez, y a otras personalidades relevantes.

En suma, Fidel fue heredero de una historia y no estaba solo. Pero él, sin dudas, es el fundador de la ciencia nacional revolucionaria y sus bases educacionales. Un botón de muestra es el año 1962, que todos recordamos como el año de la Crisis de Octubre que puso al mundo al borde de una guerra nuclear.

Sin embargo, pocas veces nos acordamos de que el 10 de enero se proclamó la Reforma Universitaria; que el 20 de febrero se promulgó la Ley N° 1.011 del Gobierno Revolucionario que creó la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba subordinada al Consejo de Ministros. Ese mismo año dio comienzo el despliegue de los centros de investigación asociados al Ministerio de Industrias. Fidel creó también el Instituto de Ciencias Básicas y Preclínicas Victoria de Girón, institución de sumo valor en la trayectoria posterior de las ciencias médicas cubanas. Asimismo, el 8 de marzo, fundó la Estación Experimental de Pastos y Forrajes Indio Hatuey, la primera institución de conocimiento creada por la Revolución en el sector agropecuario. Ese acto fundacional ocurrió en medio de una feroz lucha de clases, interna y externa, así como del éxodo de gran número de profesionales. Entre muchas, selecciono cuatro frases de Fidel para ilustrar su visión del papel del conocimiento.

En 1960 proyectó que el futuro del país “tiene que ser necesariamente un futuro de hombres de ciencia, de hombres de pensamiento, porque precisamente es lo más que estamos sembrando; lo más que estamos sembrando son oportunidades a la inteligencia; ya que una parte considerabilísima de nuestro pueblo no tenía acceso a la cultura, ni a la ciencia, una parte mayoritaria de nuestro pueblo” (Castro, 1960).

Tres décadas después, cuando el socialismo europeo ya se estaba hundiendo, afirmó, con claro sentido político, que “independencia no es una bandera, o un himno, o un escudo; la independencia no es una cuestión de símbolos, la independencia depende de la tecnología, depende de la ciencia” (Castro, 1990).

Y, en medio del Período Especial en tiempo de paz que se desplegó en nuestro país durante la década del noventa, como consecuencia del derrumbe de los llamados “socialismos reales” europeos y de la desintegración de Unión Soviética, en las palabras aún inéditas que pronunció el 10 de febrero de 1993 ante el grupo de científicos que inauguraron el Centro de Biofísica Médica de Santiago de Cuba, Fidel expresó:

La Ciencia, y las producciones de la ciencia deben ocupar algún día el primer lugar de la economía nacional. Pero partiendo de los escasos recursos, sobre todo de los recursos energéticos que tenemos en nuestro país, tenemos que desarrollar las producciones de la inteligencia, y ese es nuestro lugar en el mundo, no habrá otro.

Escogidas entre muchas y vinculándolas con su protagónica participación en la construcción de la ciencia nacional, esas frases evidencian la importancia que, desde los más tempranos años de nuestra Revolución, su Líder Histórico le atribuyó al conocimiento y a la ciencia. En su concepción, la ciencia no solo es un recurso económico importante. En su visión, el conocimiento, la ciencia, a través de la educación, la salud, los servicios culturales, la producción material y simbólica, son fuentes de bienestar humano en su sentido más amplio y recursos imprescindibles para el desarrollo social, así como para el ejercicio de nuestra soberanía nacional. De ahí que, en sus dos primeras décadas, la Revolución sembró el país de centros de investigación: obra que continuó en las décadas siguientes. En igual medida, se multiplicaron las instituciones de salud, educacionales y culturales. Por otra parte, Fidel transformó la ganadería del país y desarrolló numerosos planes con contenidos científico y tecnológico.

De manera convergente, entre 1966 y 1972, cambió de raíz la ciencia universitaria, en particular en la UH. Por tanto, recondujo la política científica de la universidad que se había iniciado en 1962 con la Reforma Universitaria. En términos contemporáneos, podemos decir que la orientó a la Innovación.

Un excelente ejemplo de promoción de cultura científica, social y humanista fue Ediciones R (creadas el 7 de diciembre de 1965), como un supremo acto de apropiación social del conocimiento universal. La Revolución hizo suya la cultura y la distribuyó generosamente.

En ese mismo año, creó los Equipos de Investigaciones Económicas. Su origen revela el interés de Fidel por la investigación universitaria, la manera en que la investigación se fue estructurando

mediante la interacción directa de los estudiantes y los profesores para desarrollarla y para la inmersión de ellos en la vida nacional.

Adicionalmente, el 1º de julio de 1965, fundó el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNIC) que, uno año después, pasó a la UH. Como se ha reconocido, esa institución fue un semillero de centros de investigación e investigadores de alto nivel.

Por consiguiente, en los dos años posteriores se inició una nueva etapa para la ciencia universitaria. Según ha referido el doctor José Miyar Barrueco, entonces rector de ese alto centro docente, conducidas directamente por Fidel, el año 1966 representó el inicio de profundas transformaciones en la universidad:

Noche a noche, en sus largas visitas e intercambios con alumnos y profesores bajo los árboles de la entonces Plaza Cadenas, hoy Agramonte, nos ayudó a comprender el camino y los objetivos de ese proceso, al definir como un elemento estratégico cardinal el impulso a la investigación científica, concebida esta no solo como parte de la actividad académica de laboratorio o social, dentro de la Universidad. Sumaba así esta tarea a las nuevas concepciones [que] transformarían totalmente a la universidad.

El objetivo principal consistía en darle a la institución un peso creciente en la exploración, la búsqueda y la profundización del conocimiento, de la actividad académica que debía conducir –entre otras cosas– a despertar en los jóvenes el espíritu y la mentalidad científica y la búsqueda constante de nuevas formas de participar en la sociedad que, como siempre señalara, debía desbordar los muros académicos y convertirse en un factor fundamental en la Revolución, investigando, aportando, interviniendo en todos los campos de las ciencias, la tecnología, la economía, la producción agrícola y pecuaria; en fin, en toda la vida económica y social de país (Miyar, 2008, p. 21).

Luego volvió en los años ochenta a las universidades para crear nuevas instituciones. Por la misma época, fundó la Industria

Biocientífica cubana. Y dedicó sus últimos alientos a desarrollar una línea de investigación relacionada con plantas proteicas.

Por consiguiente, hoy, cuando convocados por Díaz-Canel, nos reunimos para discutir de políticas de innovación, Fidel es una referencia imprescindible.

IV

Lo que la Revolución, con Fidel al frente, comenzó a hacer muy tempranamente lo he tratado de sintetizar a través de tres conceptos:

Fidel puso en marcha la que me gusta llamar *política social del conocimiento* que tuvo su punto de partida fundamental en la Campaña de Alfabetización de 1961, continuó con la nacionalización de la enseñanza, el acceso gratuito a la educación, la realización de una amplia política de edición y distribución de libros, la Reforma Universitaria, los planes masivos de becas que permitieron a los estudiantes de cualquier sitio del país y procedencia social alcanzar la enseñanza.

Todo ello, junto al desarrollo de la educación para adultos, a los programas de enseñanza para campesinos y, en particular, para mujeres y a la creación de centros de investigación fueron otras medidas adoptadas, entre muchas, por los revolucionarios en el poder. De ese modo se impulsó *el proceso de universalización del conocimiento y la educación* que ha constituido un rasgo esencial de la Revolución cubana.

La política desplegada permitió que la racionalidad científica se encontrara plenamente con un proyecto de emancipación popular y de liberación nacional. Desde esos conceptos subrayo cuatro puntos importantes:

1. Se ha tratado de una estrategia permanente, sostenida e impulsada desde los más altos niveles del Gobierno. Hablo de *política social del conocimiento* para referirme al conjunto de decisiones orientadas a la producción, apropiación, distribución

y aplicación del conocimiento; a fortalecer sus bases institucionales y a la definición de agendas que proyecten objetivos y prioridades de amplio y favorable impacto social.

2. Esa política es una expresión que habla del esfuerzo global por convertirlos, en sus diferentes expresiones y con los más diversos asentamientos institucionales, en fuente de *bienestar humano*; en tanto conecta procesos aparentemente alejados entre sí, como pueden ser la construcción de sectores de alta tecnología, la educación primaria y la universalización de la universidad, entre otros.
3. Hablar de *política del conocimiento* también permite una aproximación más sintética a los procesos que habitualmente aparecen bajo denominaciones diversas: “políticas de ciencia y tecnología”, “políticas educativas”, “políticas culturales”, entre otras; pero cada una de ellas conducida por lógicas y actores diferentes. En un sentido normativo, el concepto promueve aproximaciones y sinergias entre la pluralidad de políticas en juego, no siempre bien conectadas unas con otras.
4. Esa visión permite una comprensión más unitaria del conocimiento, reuniendo a las ciencias naturales, sociales, ingenierías, humanidades, al conocimiento tradicional y el conocimiento científico. Todas esas expresiones del conocimiento son relevantes para el desarrollo.

En consecuencia, la existencia de *una política social del conocimiento* es lo que hace posible el proceso de *apropiación social del conocimiento* y lo dota de una amplia función social. Sus alcances y resultados permean los más diversos ámbitos de la sociedad cubana. Operan como el oxígeno, que, al estar casi siempre a nuestra disposición, no percibimos su presencia.

Parece natural que las personas sepan leer y abarroten las ferias del libro, que disfruten de la cultura. En nuestro país es inadmisibles que no existan servicios de salud o que los niños no tengan maestros.

Lo que sucede es que hemos *naturalizado* lo que en realidad es *una construcción social*, un producto de políticas sociales que han marcado la trayectoria de nuestro país durante las más recientes seis décadas.

Dicho con más claridad: estas son uno de los frutos de la obra de la Revolución y han permitido, entre otros, los siguientes resultados:

1. La construcción de un sistema educativo absolutamente incluyente, donde todos los ciudadanos tienen el derecho constitucional de estudiar gratuitamente a lo largo de toda su vida. De la calidad de ese sistema depende, en gran medida, la existencia de una capacidad cultural, de una racionalidad extendida, que permite a la sociedad enfrentar desafíos productivos, políticos, entre otros.
2. La existencia de un amplio sistema de instituciones culturales, bibliotecas, editoriales, proyectos, organizaciones, programas educativos que aprovechan los medios de comunicación. Todos ellos promueven la cultura de modo formal o informal.
3. El despliegue de un sistema de salud igualmente incluyente, apoyado en la formación de personas calificadas con capacidad para ofrecer servicios de calidad y generar, asimilar y adaptar las tecnologías y conocimientos científicos que ese sistema demanda.
4. La existencia de una ciencia nacional. Lo fundamental de su base institucional incluye algo más de dos centenares de organizaciones dedicadas a la investigación –incluidas las ciencias sociales y las humanidades– y decenas de instituciones de educación superior capaces de ofrecer educación terciaria, educación de posgrado –que incluye la formación de investigadores– y responder por una parte significativa de la producción científica del país. El talento que promueve el sistema educativo es la fuente nutricia de la ciencia nacional.

Como se dijo antes, la *apropiación social del conocimiento* permite que este cumpla importantes *funciones sociales*. Sin ánimo de agotarlas todas, cabe mencionar algunas de ellas:

1. Asegurar la base de conocimientos que permitan la construcción sobre cimientos racionales de un proyecto de Nación afincado en las tradiciones, valores, intereses y expectativas del pueblo.

La globalización neoliberal ha construido un tejido económico, político, comunicativo y cultural que reproduce casi inevitablemente pautas más o menos uniformes de desarrollo: modelos únicos de organización de la economía, técnicas uniformes de diseño de políticas, pautas idénticas de consumo, incluido el consumo cultural, entre otras copias que debieran ser indeseables.

Todo esfuerzo a favor de un proyecto de Nación debe enfrentar esa tendencia al mimetismo acrítico. La única respuesta posible está en la construcción de alternativas creativas fundadas en las capacidades disponibles de conocimiento, fuertemente vinculadas a valores y principios.

La capacidad científica nacional debería ser idónea para generar las tecnologías físicas y sobre todo, *las tecnologías sociales*. Es decir, procedimientos de organización social que permitan construir el modelo de desarrollo deseado.

El capitalismo ha desarrollado mucho las técnicas para persuadir al cliente de la maravilla de las mercancías que produce. El socialismo tiene que generar *tecnologías* que promuevan un clima social verdaderamente colaborativo, participativo, que incentiven la solidaridad entre las personas. El socialismo necesita sus propias tecnologías o, de lo contrario, seguirá apelando a “las armas melladas del capitalismo”, como las

calificaba el Che Guevara en su célebre ensayo *El socialismo y el hombre en Cuba*.

2. Extender y convertir en un *patrimonio colectivo* la capacidad de pensamiento para afrontar el dogmatismo, el misticismo, la irracionalidad, la aceptación acrítica de interpretaciones y proyectos que no se apoyen en la experiencia práctica y carezcan de fundamentos científicos y culturales debidamente argumentados.

La educación, el conocimiento, deben ayudar a fundar una *racionalidad social crítica y a la vez constructiva*, distante de estereotipos que enajenan pensamiento y realidad. Puede comprenderse la importancia de este tipo de capacidades para el ejercicio de la ciudadanía, el desempeño laboral e incluso para la conducción inteligente de los asuntos personales y familiares. El conocimiento es un valor en sí mismo que enriquece el sentido de vida de las personas.

3. Disponer de un nivel razonable de capacidades profesionales y de investigación que permiten formular y responder preguntas relevantes en ámbitos tan disímiles como la economía, la salud, la cultura, la educación, la agricultura, el turismo, la sociedad, el medio ambiente y la prevención contra riesgos y desastres, entre otros.

Esa capacidad de indagación es determinante para poder crear e impulsar agendas de investigación que respondan a los problemas más importantes del país.

4. Conocer nuestro medio natural y social. El conocimiento detallado de la geografía nacional, la distribución de sus recursos naturales, el conocimiento de los asentamientos poblacionales y de los flujos demográficos, la identificación exhaustiva de las vulnerabilidades de ciertas comunidades y grupos humanos son, entre otros, recursos esenciales para formular e impulsar estrategias de desarrollo.

5. Fortalecer *la autoconciencia nacional*. Esa sería ficticia y endeble si no se apoya en el estudio profundo de la historia y la cultura nacional. Toda laguna, todo descuido en su cuidadosa custodia, al igual que toda manipulación, infringe un daño severo a la autoconciencia nacional. De no menor importancia es el cuidado de la base documental contenida en archivos y bases de datos, así como el acceso a fuentes situadas en otros países.
6. *Transmisión intergeneracional del conocimiento*. Lo conquistado en materia de conocimiento nunca es irreversible. En primer lugar, porque el conocimiento en sí mismo caduca en plazos relativamente breves y, sobre todo, porque la discontinuidad intergeneracional puede conducir a que las capacidades de conocimiento creadas con grandes esfuerzos podrían desaparecer con las generaciones que las engendraron.
7. *Articulación de capacidades nacionales e internacionales para el trabajo en red orientado a la solución de problemas del desarrollo económico-social*. Quizá la mayor oportunidad de un sistema de educación superior y ciencia de proyección nacional sea la posibilidad de articular sus potencialidades, a través de redes que puedan crear capacidades, generar y diseminar conocimientos socialmente relevantes.
8. Posibilidad de desarrollar, con base en el conocimiento, *la deliberación pública de los temas que más interesen a la nación y sus ciudadanos*. La discusión y evaluación de políticas públicas, el ejercicio de la crítica social, son elementos constituyentes de una democracia realmente participativa que aliente el ejercicio de una ciudadanía comprometida.
9. La educación en general y la preparación técnica de los trabajadores permiten una razonable capacidad de aprendizaje tecnológico que hace posible el funcionamiento y desarrollo del sector productivo. La productividad tiene raíces culturales y el

desempeño laboral no es indiferente a la capacidad educativa y técnica.

Cualquier estrategia económica –desarrollo de la industria turística, la médico-farmacéutica de base biotecnológica, la petroquímica, la producción de alimentos y viviendas, por mencionar algunas–, carece del respaldo básico si no se cuenta con las personas adecuadas para lidiar con las tecnologías y sus enclaves científicos.

10. *Mantener una actitud receptiva y a la vez crítica y selectiva respecto a la producción cultural, científica y tecnológica que hoy circula en el mundo global.* En un mundo donde circula un volumen de información verdaderamente avasallador, existe mucho conocimiento disponible. Una buena parte de los problemas que afectan a la sociedad reclaman recursos técnicos que no será necesario crear. Parece una tarea simple, pero la sola capacidad de buscar, encontrar, seleccionar y adaptar es en realidad una misión compleja y altamente creativa.
11. La posibilidad de crear *sectores económicos fuertemente respaldados por el conocimiento* como vía para resolver problemas nacionales y, a la vez, insertarnos ventajosamente con productos de alto valor agregado en el mercado internacional, que permitan superar la clásica dependencia de las materias primas, solo es posible si el país dispone en esos sectores de capacidades de Ciencia, Tecnología e Innovación (CTI) verdaderamente relevantes.
12. La *economía del conocimiento* es una amenaza para la gran mayoría de los países por la enorme concentración de capacidad en CTI de los países industrializados. Pero es también una oportunidad para aquellos que logren movilizar los recursos humanos, la capacidad institucional, la creatividad, la flexibilidad y motivación que semejante empeño reclama.

Esas capacidades son muy costosas de crear y difíciles de mantener, además de estar sujetas a la más cruenta competencia internacional. ¡Para ello se necesita mucha determinación política y un alarde de creatividad!

V

Hoy, la dirección política-estatal de nuestro país lucha por tender puentes entre los sectores productivos y de servicios y las universidades. Pero el “país de hombres de ciencia y de hombres de pensamiento” que soñó Fidel todavía es un ideal que demanda mucho esfuerzo de las cubanas y los cubanos.

Hoy estamos saliendo de la pandemia con excelentes vacunas y otros candidatos vacunales. Somos el único país del Sur que desarrolló una estrategia de *innovación frugal* (escasos recursos materiales) y que enfrentó exitosamente a la pandemia con sus propias capacidades. Crear las vacunas y desarrollar un ejemplar plan de vacunación es obra del país que Fidel se esforzó por crear.

Por eso, en los párrafos que siguen explicaré de qué modo nuestro presidente Díaz-Canel se ha propuesto convertir la ciencia y la innovación en un pilar de la gestión gubernamental.

Fidel creó el sistema de salud que tenemos, así como la industria biotecnológica y farmacéutica que lo respalda. Y fue Díaz-Canel quien, en mayo de 2020, les pidió a esos excelentes profesionales que crearan las vacunas y luego se ha reunido con ellos cada semana. Los ha visitado en sus instituciones para impulsar, destrabar y cohesionar.

En ese ejemplo se expresa *la continuidad* que también estuvo presente durante los sucesivos mandatos presidenciales y constitucionales del general de Ejército Raúl Castro.

Es bueno recordar que Díaz-Canel fue profesor de la Universidad Central de Las Villas, hizo una maestría cuando dirigía el Comité

del PCC en esa provincia e involucró a los principales dirigentes de la misma en ese programa.

En el 2009 fue nombrado por Raúl (como lo llama nuestro pueblo) ministro del Ministerio de Educación Superior (MES) y muy pronto comenzó su formación doctoral. Cada mañana llegaba muy temprano a sus oficinas para reunirse con sus profesores y aprender de ellos. Entendió muy bien que sus obligaciones demandaban formación científica.

Tenía un borrador del tema de su tesis cuando los diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular (ANPP) lo eligieron como vicepresidente de los Consejos de Estado y de Ministros (CCEMM), así como cuando los delegados al Séptimo Congreso del PCC lo promovieron a miembro del Buró Político del CC del PCC. Esto lo obligó a ralentizar la preparación de su tesis doctoral.

Desde el año 2018, cuando fue electo por la ANPP como presidente de los CCEMM, Díaz-Canel declaró que ciencia e innovación, junto a la informatización y la comunicación social, serían los pilares de la gestión del Gobierno de nuestro país.

Una revisión de sus intervenciones, intercambios durante las visitas a los territorios y diversas instituciones entre ese año y el 2020 revelan su interés por compartir su convicción acerca del papel de la cultura científica para la conducción de los asuntos públicos.

Cuando se detectaron los primeros infectados con la pandemia en diferentes localidades del país, Díaz-Canel comprendió que la ciencia debía desempeñar un papel clave en la batalla contra el nuevo coronavirus.

Creó un sistema de trabajo para reunirse semanalmente con actores claves de ese esfuerzo y visitarlos en sus espacios de trabajo. Como ya indiqué, en mayo de 2020, formuló la idea de que Cuba debía tener sus propias vacunas y le pidió un esfuerzo a la comunidad científica, tecnológica y médica.

Ningún otro gobernante latinoamericano hizo algo semejante. Las vacunas cubanas se distinguen porque no pertenecer a compañías privadas. Son *un bien común, un patrimonio del país*. El sistema

de gestión creado permitió el diálogo sistemático entre los científicos y el Gobierno.

Los avances en ese frente le llevaron a pensar que ese estilo de trabajo que vincula Ciencia y Gobierno deberá extenderse al abordaje de otros problemas complejos. El primero de ellos, la soberanía alimentaria.

Por consiguiente, decenas de profesionales han participado en la discusión e implementación de las medidas aprobadas, bajo su dirección, por el Buró Político del CC del PCC y por la ANPP para impulsar la producción de alimentos.

La nueva Constitución de la República, aprobada el 24 de febrero del 2019 por la mayoría absoluta de nuestro pueblo, incorporó muy claramente el protagonismo de la CTI.

Cada organismo de la Administración Central del Estado (OACE) está fortaleciendo sus estructuras y estrategias de CTI. Para ello deben contar con Consejos Técnicos Asesores, con presencia de expertos externos con los cuales deben discutir sus correspondientes proyecciones. Díaz-Canel chequea personalmente el cumplimiento de esa orientación.

Por otra parte, en cada macroprograma actúan los grupos de expertos. Las políticas que se vienen aprobando incorporan sus conocimientos en mayor medida que antes y son debatidas de modo abierto en diversos espacios. Hay mayor transparencia.

El avance de esas experiencias lo llevó a formular un Sistema de gestión de Gobierno basado en ciencia e innovación. Aspectos de ese sistema han aparecido en sus publicaciones con otros académicos o en solitario y se han difundido a través de la prensa y otros medios de nuestro país (Díaz-Canel, 2021).

Según ha reconocido el Observatorio Iberoamericano de la Ciencia, la Tecnología y la Sociedad, el asesoramiento científico para el despliegue de políticas públicas es un importante tema de investigación a nivel internacional (OCTS, 2020).

Mucho más porque el Covid-19 evidenció notables fallos en el diálogo entre los científicos, expertos y el Gobierno. En casi todos

los países del Sur hay mucha ciencia utilizable, pero no utilizada. Díaz-Canel ha creado un sistema de trabajo para evitar que eso ocurra en Cuba.

En marzo de 2021 defendió su tesis doctoral. Cumplió con los requisitos que se exigen a todos los doctorantes y, luego de su elección como primer secretario de su CC por los delegados al Octavo Congreso del PCC (realizado en el 2021) decidió incorporar expertos a las transformaciones en la política de cuadros del país. La ciencia también ha entrado en ese espacio.

Pocos meses después (en mayo) creó el Consejo Nacional de Innovación que se distingue por el diálogo crítico e igualitario entre ministros, empresarios, académicos y los más altos funcionarios del Gobierno. Jamás la innovación ocupó en los medios de comunicación y el imaginario público la presencia que tiene hoy en nuestro país.

Con tal fin, Díaz-Canel se reúne periódicamente con un grupo dedicado a debatir los problemas actuales relacionados con el ámbito ideológico-cultural. Lo mismo hace con el Grupo de Fundamentación teórica del socialismo cubano. Estudia esos temas teórico-prácticos en medio de sus ingentes tareas.

Asimismo, ha creado un canal de diálogo directo con la Academia de Ciencias de Cuba. Jamás interrumpe a quienes critican e intenta siempre buscar soluciones racionales. En su intervención en el sesenta aniversario de las “Palabras a los intelectuales”, pronunciadas por Fidel el 30 de junio de 1961, retomó y contextualizó el importante legado de Fidel (Díaz-Canel, 2021a).

En suma, el actual Primer Secretario del CC del PCC y Presidente de nuestro país se esfuerza por resolver un problema que en su momento sintetizó el destacado intelectual cubano Fernando Martínez Heredia cuando indicó que la Revolución no había sabido aprovechar suficientemente la inteligencia que había creado.

Díaz-Canel intenta extraer de esa inteligencia, comprometida con la Revolución, el máximo de sus potencialidades. Por consiguiente, se esfuerza en revitalizar la ciencia nacional revolucionaria que fundó Fidel. Igualmente, por impulsar la política del conocimiento,

los procesos de apropiación social del conocimiento y la ampliación de las funciones sociales del conocimiento, en correspondencia con el legado de Líder Histórico de la Revolución cubana.

En resumen, Díaz-Canel está convencido de que la lucha contra el subdesarrollo, la dependencia y el avance del proceso socialista y emancipatorio cubano pasa por el conocimiento, el pensamiento, la CTI, siempre articulada con valores y principios éticos irrenunciables tanto en el ámbito nacional, como en las relaciones internacionales.

Bibliografía

Castro, Fidel. (1960). Discurso pronunciado el 15 de enero en el acto celebrado por la Sociedad Espeleológica de la Academia de Ciencias de Cuba. <http://www.fidelcastro.cu/es/citas-sobre/Ciencia%20y%20T%C3%A9cnica>

Castro, Fidel. (1990). Discurso pronunciado el 9 de febrero en la clausura de *Pedagogía 90*. <http://www.fidelcastro.cu/es/citas-sobre/Independencia?page=8>

Castro, Fidel. (2021 [1961]). Discurso pronunciado el 30 de junio como conclusión de las reuniones con los escritores y artistas cubanos efectuadas en la Biblioteca Nacional de Cuba. En Elier Ramirez y Luis Morlote (comps.), *Lo primero que hay que salvar: intervenciones de Fidel en la UNEAC*. La Habana: Ediciones Unión.

Díaz-Canel, Miguel. (2021). ¿Por qué necesitamos un sistema de gestión del Gobierno basado en ciencia e innovación? En *Anales de la Academia de Ciencias de Cuba*, 11(1), enero-abril.

Díaz-Canel, Miguel. (2021a). Discurso en el sesenta aniversario de las palabras de Fidel a los intelectuales. <https://www.presidencia.gob.cu/es/presidencia/intervenciones/discurso-pronunciado-en-el-acto-por-el-aniversario-60-de-palabras-a-los-intelectuales/>

Furtado, Celso. (1979). *Creatividad y dependencia*. México: Siglo XXI Editores.

García, Rolando. (2002). *Cien figuras de la ciencia en Cuba*. La Habana: Editorial Científico-Técnica.

Miyar, José. (2008 (2007)). Palabras del acto del 15 de noviembre, en el que le otorgaron el grado de *Doctor Honoris Causa en Ciencias Biológicas* de la Universidad de La Habana. La Habana: Editorial Imagen Contemporánea.

Núñez, Jorge. (2010). *Conocimiento académico y Sociedad*. La Habana: Editorial UH.

OCTS. (2020). Ciencia para las políticas públicas. Estructuras, procesos y principios del asesoramiento científico. En OEI: *Papeles del observatorio* (Madrid), N° 17, noviembre.

Ortiz, Fernando, (1987), *Entre cubanos. Psicología tropical*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Las ideas económicas en el pensamiento de Fidel Castro

José Luis Rodríguez García

I

En este 95 aniversario del natalicio de nuestro Comandante en Jefe y en el ya próximo quinto aniversario de su desaparición física, el mejor homenaje a su memoria que podemos ofrecerle es reflexionar sobre las múltiples aristas de su pensamiento y su vigencia actual.

Una de las esferas menos conocidas de ese pensamiento se encuentra en los conceptos, tácticas y estrategias para el desarrollo económico-social de nuestro país que él expuso en numerosos discursos y entrevistas a lo largo de su fecunda vida.

Una particularidad de los aportes de Fidel (como comúnmente lo llama nuestro pueblo) al análisis de los problemas económicos y sociales presentes en su quehacer revolucionario consistió en que los mismos no se derivaron de un estudio puramente académico de las complejas realidades del mundo contemporáneo.

Realmente fue la asimilación de conceptos funcionales a la política, derivados de un profundo estudio de la historia y las experiencias prácticas de la construcción del socialismo en Cuba, lo que lo

condujo a la formulación de conceptos que constituyen un singular aporte teórico y práctico en el ámbito de la economía.

Su comprensión del vínculo dialéctico entre las decisiones económicas y las políticas las dejó plasmadas sintéticamente cuando afirmó: “no hay economía sin política, ni política sin economía” (Castro, 2003).

Como ha documentado un colectivo de autores del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial (CIEM, 2018), las bases para esos análisis encontraron una matriz original en la combinación del marxismo con el pensamiento martiano y lograron una expresión concreta en múltiples aspectos; tanto en las estrategias de desarrollo, como en las políticas económicas aplicadas en Cuba, así como en torno a una política integradora del desarrollo económico y social en las condiciones de un país subdesarrollado.

De este modo, incluso desde antes del triunfo de la Revolución, puede encontrarse una visión sintetizadora del desarrollo económico y social en *La Historia me Absolverá*, donde se planteó:

El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo, he ahí concretados los seis puntos a cuya solución se hubieran encaminado resueltamente nuestros esfuerzos, junto con la conquista de las libertades públicas y la democracia política (1973 [1953], p. 43).

Sobre esta formulación él planteó posteriormente: “En el Programa del Moncada, que con toda claridad expusimos ante el tribunal que nos juzgó, estaba el germen de todo el desarrollo ulterior de la Revolución. Su lectura cuidadosa evidencia que nos apartábamos ya por completo de la concepción capitalista del desarrollo económico y social” (1973).

Una vez cumplido el Programa del Moncada en octubre de 1960 y proclamado el carácter socialista de la Revolución el 16 de abril de 1961, se planteó un programa de industrialización acelerada en Cuba como la base del proceso de desarrollo.

Este se avenía con la industrialización sustitutiva de importaciones que en esos años proclamaba la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), así como con la experiencia de los países socialistas europeos. La introducción en la práctica de esos conceptos se concretó en el Plan Cuatrienal de Desarrollo 1962-1965.

De no menor importancia en la aplicación de la estrategia de desarrollo basada en la industrialización, fue el inicio de la planificación como elemento central del incipiente sistema de dirección económico socialista del país.

Sin embargo, como un aspecto a destacar, la concepción del plan suponía, como política permanente, contemplar también los aspectos sociales junto al desarrollo industrial. Al respecto, Fidel indicó:

Este plan tiende a la solución de una serie de problemas. Está, por ejemplo, primero que nada, el aumento de los bienes de consumo necesarios para el pueblo. Una de las metas. La creación de todos los empleos posibles, del máximo de empleo posible para el pueblo; los planes de educación, es decir, crear las condiciones que permitan estudiar a toda la población escolar de nuestro país; las construcciones de viviendas necesarias a satisfacer las necesidades de nuestro pueblo; los servicios, por ejemplo, del transporte, que son tan importantes. Y, fundamentalmente, crear las bases de una industria capaz de construir maquinarias y de asegurar el desarrollo de nuestra economía (1961).

En este punto es preciso apuntar algunas características del pensamiento económico de Fidel ya presente desde esos años. Se trata de su visión analítica y de su valoración crítica de las experiencias de la construcción socialista en otros países, así como de su enfoque táctico flexible ante los resultados de la experiencia práctica concreta en la aplicación de la estrategia y la política económica previamente acordadas en nuestro país.

La visión crítica de otras experiencias se expresó a inicios de los años sesenta en la constatación –presente ya desde 1963– de que el país no se encontraba preparado para un proceso de industrialización

acelerada, por carecer de la infraestructura y el nivel de calificación de la fuerza de trabajo indispensable para ello.

A esto se añadió que, debido a una implementación inadecuada del desarrollo industrial, se produjo una reducción notable de la producción azucarera en 1963; lo que provocó un desbalance comercial externo de 578 millones de dólares: situación que creaba una tensión muy fuerte en nuestras finanzas internacionales.

Una rectificación necesaria y creativa no se hizo esperar por parte de Fidel. En efecto, se produjo una reformulación de la estrategia de industrialización a partir de los recursos de los que realmente se disponían en esos momentos. Así, en el discurso que pronunció el 2 de enero de 1965, señaló: “La agricultura será, pues, la base de nuestro desarrollo económico y la agricultura será la base de nuestro desarrollo industrial” (1965).

Un año después precisó: “No se ha desechado la industrialización, sino que se ha puesto el énfasis principal en el desarrollo económico del país, dando a la agricultura el máximo de impulso durante estos años” (1966).

Se ganó así el tiempo indispensable con vistas a preparar las condiciones para una industrialización gradual, mientras que se desarrollaba la base alimentaria nacional para el consumo y la exportación, centrándolas en el crecimiento de la producción azucarera.

De manera convergente, se logró formalizar un programa con la Unión Soviética que permitiría incrementar las exportaciones en 400 millones de dólares anuales mediante la producción de 10 millones de toneladas de azúcar en 1970.

Otro elemento que ratifica la visión crítica, más allá de la experiencia de otros modelos socialistas, fue el debate promovido por el Che en esos años y las críticas que formuló al Sistema del Cálculo Económico vigente en los países socialistas en Europa Oriental y la Unión Soviética (Guevara, 2004).

La evidencia histórica nos muestra que –aunque Fidel no participó directamente en esos debates–, en aquellos momentos se puso de

manifiesto que sus ideas coincidían con los conceptos esenciales y las críticas planteadas por el Guerrillero Heroico.

Entre otras razones, porque en varios de los discursos que pronunció el Comandante en Jefe en la década del sesenta se manifestaron diferencias de principios con los países socialistas europeos y particularmente con la Unión Soviética; pero siempre planteadas con la mayor firmeza, espíritu unitario y respeto que le resultó posible.

Así, en el discurso que pronunció el 1º de mayo de 1966, Fidel subrayó: “Nosotros vamos desarrollando nuestras ideas. Entendemos que las ideas marxistas-leninistas requieren de un incesante desarrollo; entendemos que un cierto estancamiento se ha producido en ese campo y vemos incluso que a veces se aceptan universalmente, fórmulas que nuestra opinión se pueden apartar de la esencia del marxismo leninismo” (Castro, 1966).

Poco más de diez años después, su identificación con los conceptos planteados por el Che, Fidel la ratificó en el discurso que pronunció el 8 de octubre de 1987. Al respecto, indicó:

Pero hay muchas ideas del Che que son de una vigencia absoluta y total, ideas sin las cuales estoy absolutamente convencido de que no se puede construir el comunismo, como aquella idea de que el hombre no debe ser corrompido, de que el hombre no debe ser enajenado, aquella idea de que, sin la conciencia, y solo produciendo riquezas, no se podrá construir el socialismo como sociedad superior y no se podrá construir jamás el comunismo (2004 [1987], p. 359).

Todos esos conceptos se fueron conformando de manera convergente con el desarrollo de la ciencia y la técnica, para ser capaces de multiplicar el valor de nuestros productos y servicios, en un país que no poseía cuantiosos recursos naturales.

Al respecto, tan tempranamente como el 15 de enero de 1960, el Comandante en Jefe había afirmado, con una visión estratégica de largo alcance:

El futuro de nuestra Patria tiene que ser necesariamente un futuro de hombres de ciencia, tiene que ser un futuro de hombres de pensamiento, porque precisamente es lo que más estamos sembrando, lo que más estamos sembrando son oportunidades a la inteligencia; ya que una parte considerabilísima de nuestro pueblo no tenía acceso a la cultura, ni a la ciencia, una parte mayoritaria de nuestro pueblo (1960, p. 16).

Esas concepciones se materializaron en el acelerado impulso que recibió la educación del pueblo desde la masiva campaña de alfabetización de 1961 y en la fundación, cuatro años después, del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNIC), dedicado fundamentalmente al desarrollo de las ciencias médicas y agropecuarias, las que, en los años posteriores, permitieron avanzar de manera simultánea en el impulso de la salud pública y de la agricultura.

En ese orden, considero necesario recordar que la creación temprana y original del desarrollo acelerado de la ciencia en nuestro país, no encajaba en los conceptos del desarrollo vigente en otros países socialistas. En estos se pensaba que primero era necesario avanzar en la producción material para que esta fuera la que produjera “un derrame” en el desarrollo de la educación y la ciencia.

No obstante, en 1965, además del CNIC, se fundaron otras instituciones dedicadas a la investigación científica. Entre ellas, el Instituto de Ciencia Animal (ICA) y el Instituto Nacional de Ciencias Agrícolas (INCA).

Como uno de los primeros frutos de la labor de ambas instituciones, dos años después comenzaron a obtenerse diversos resultados que permitieron importantes avances en ramas como la ganadería vacuna. En esta, en 1967, se logró contar con un rebaño de más de 7 millones de cabezas de ganado, frente a unos 5 millones que existían en 1959. A esto se añadió una producción superior a los 900 millones de litros de leche anuales en la década del ochenta (Colectivo de autores, 2004).

La experiencia de los años sesenta también llevó a una importante reformulación por parte de Fidel de algunos conceptos del marxismo. Al respecto, en el discurso que pronunció el 20 de diciembre de 1969, indicó: “Marx concibió el socialismo como resultado del desarrollo. Hoy para el mundo subdesarrollado el socialismo ya es incluso condición del desarrollo” (Castro, 1969).

La valoración del socialismo como sistema y la necesidad de recursos financieros externos para el desarrollo, le permitió llegar a la conclusión de que –en la experiencia de la Revolución cubana– solo con la colaboración del socialismo como sistema sería factible avanzar rápidamente hacia el desarrollo.

Así lo dejó indicado expresamente en el discurso del 1º de mayo de 1971 cuando afirmó: “nosotros hemos podido avanzar no solo porque hemos hecho cambios sociales y los hemos sabido defender, sino porque hemos establecido el nuevo orden económico internacional en nuestras relaciones con los países socialistas” (1971).

Años después, esa tesis se complementó con una visión más integral acerca del significado del sistema socialista para el desarrollo del entonces denominado Tercer Mundo.

En esa lógica, el 2 de diciembre de 1976 Fidel planteó: “debemos decir que la primera y genial concepción del socialismo fue la del socialismo como consecuencia del desarrollo. Mas, cuando una parte del mundo se desarrolló extraordinariamente y otra se quedó increíblemente subdesarrollada, el socialismo como sistema se ha convertido ya, incluso, en una condición del desarrollo” (1976).

Esa convicción tuvo que enfrentar el desafío histórico que representó, casi tres lustros más tarde, la desaparición del socialismo en Europa del Este y la implosión de la URSS en 1991. En esas condiciones fue preciso para Cuba generar otras fuentes alternativas de recursos externos, sin renunciar al socialismo.

A esto se volverá más adelante, pero, previamente, una expresión concreta del papel del sistema socialista para emprender el camino al desarrollo se materializó con el ingreso de Cuba al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) en julio de 1972 y en los acuerdos

económicos alcanzados con la URSS en diciembre de ese año. Estos sentaron las bases institucionales para comenzar el proceso de industrialización de la economía cubana en los marcos del sistema de división internacional socialista del trabajo.

Este proceso tuvo particularidades propias en el caso cubano, cuando, bajo la dirección del Comandante en Jefe y al margen de las restricciones que en el CAME suponían que estaba presentes en nuestro país, en 1971 se construyó la primera computadora cubana (la CID-201) y se avanzó aceleradamente en la creación de nuestra propia base de desarrollo biotecnológico.

Esta brindó la posibilidad de crear, en 1986, el Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología (CIGB), bajo la dirección de muchos de los especialistas formados desde 1965 en el CNIC.

Paralelamente, a lo largo de los años ochenta se incrementó la elaboración de diversas tesis por parte de Fidel que, en la arena internacional, permitieron no solo denunciar los problemas generados por el capitalismo en el mundo subdesarrollado, sino también ofrecer alternativas para enfrentarlos generando un consenso de aceptación en todas partes. Entre ellos, el engarce que él realizó entre el financiamiento para el desarrollo y la paz mundial, mediante la reducción del gasto militar y del peligro de nuevas guerras.

En esa tesitura, en los primeros años del siglo XXI, Fidel promovió nuevamente el debate internacional sobre estos temas, mediante la convocatoria en Cuba de los eventos anuales titulados “Globalización y Problemas del Desarrollo”. En estos participaron líderes políticos, académicos y profesionales de primer nivel provenientes de los principales países del mundo.

II

Previamente, al comenzar la crisis del Período especial en tiempo de paz, en los primeros años de la década del noventa, se habían puesto a prueba las fortalezas del socialismo en Cuba, no solo para

continuar el proceso de desarrollo económico, social y político del país, sino para preservar lo que se había logrado y no sucumbir al enorme impacto de la crisis que representó el derrumbe del socialismo en Europa Oriental y la desaparición de la URSS: procesos en el cual las ideas de Fidel mostraron nuevamente su valor estratégico.

Su visión previsor de la crisis que se avecinaba se puso de manifiesto en el discurso que pronunció el 26 de julio de 1989. O sea, unos meses antes de que se produjera la caída del muro de Berlín a fines de ese año. En esa alocución, Fidel asumió con valentía y audacia lo que ningún dirigente de otros Estados se atrevía a plantear en esos momentos, cuando señaló:

Tenemos que ser más realistas que nunca. Pero tenemos que hablar, tenemos que advertir al imperialismo que no se haga tantas ilusiones con relación a nuestra Revolución y con relación a la idea de que nuestra Revolución no pudiera resistir si hay una debacle en la comunidad socialista; porque si mañana o cualquier día nos despertáramos con la noticia de que se ha creado una gran contienda civil en la URSS, o, incluso, que nos despertáramos con la noticia de que la URSS se desintegró, cosa que esperamos que no ocurra jamás, jaun en esas circunstancias Cuba y la Revolución Cubana seguirían luchando y seguirían resistiendo! (Castro, 1989)

Consecuente con esas ideas, en los años noventa se pasó del desarrollo a la resistencia. Se adoptó una estrategia centrada en conjurar el impacto de la crisis al menor costo social posible y, al mismo tiempo, se emprendieron diversas acciones dirigidas a reinsertar la economía cubana en las nuevas condiciones de la economía mundial.

Como elementos de esa estrategia, en el contexto de las relaciones económicas internacionales, el liderazgo político-estatal de nuestro país adoptó un conjunto de medidas de emergencia para enfrentar la profunda crisis en la que había caído la economía de nuestro país.

Entre esas medidas se destacaron la reorientación del comercio exterior, primero hacia Europa Occidental y Asia, así como, después, hacia América Latina. Igualmente, la apertura a la inversión

extranjera directa (IED) y la renegociación con el Club de París de la deuda externa contraída por Cuba en los años precedentes.

A su vez, en la economía interna se adoptaron un conjunto de decisiones igualmente complejas. Entre ellas, la conversión del turismo en un sector fundamental para la recuperación económica del país y la transferencia del uso de buena parte de las tierras agrícolas de propiedad estatal para que fueran gestionadas como cooperativas, mediante la creación de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC).

Asimismo, se abrió la posibilidad del trabajo privado urbano, con una nueva autorización al llamado “trabajo por cuenta propia”, que funcionó como una alternativa de empleo y para la producción de bienes y servicios para la población.

Igualmente, se implementó la dualidad monetaria para no tener que llevar a cabo en aquellos momentos una insostenible devaluación del peso cubano (CUP). Con tal fin, se segmentó el mercado interno en empresas que operaron en moneda libremente convertible (MLC) y en pesos cubanos convertibles (CUC), mientras que otro segmento únicamente lo hizo en CUP.

A su vez, entre las medidas de mayor importancia, se aprobó la entrada al país de remesas en MLC destinados a las personas naturales, incluido el dólar estadounidense, Esas divisas pudieron emplearse para la compra de una serie de productos –a precios más elevados– en las entonces llamadas Tiendas de Recaudación de Divisas (TRD) creadas a esos efectos. Y, con el propósito de estimular la producción de alimentos, se crearon los mercados agropecuarios que operaron con precios fijados a través de la oferta y la demanda.

Todas esas decisiones conllevaron determinadas concesiones, así como a asumir diversos riesgos y, de manera contigua, introdujeron elementos de desigualdad en la sociedad cubana previamente inexistentes; pero estas resultaban inevitables para lograr la sobrevivencia del país en medio del que él había denominado “Período Especial en época de paz”.

Por consiguiente, su implementación siempre partió del principio de que las decisiones antes mencionadas podrían revertirse en cuanto la economía cubana saliera de la situación más crítica y paulatinamente iniciara su recuperación.

En ese contexto, en múltiples ocasiones el Comandante en Jefe razonó en las causas que nos habían obligado a adoptar esas medidas y, siguiendo sus invariables métodos de dirección, sistemáticamente le informó al pueblo acerca de la necesidad de aplicarlas.

Así, en el discurso que pronunció del 6 de agosto de 1995 explicó que “si nosotros fuéramos un país de grandes riquezas petroleras u otros recursos semejantes, tal vez no hubiéramos ido al desarrollo del turismo en gran escala”. Y agregó:

De memoria nos sabemos todas las consecuencias del desarrollo del turismo en gran escala; sin embargo, en las condiciones de nuestro país no podíamos prescindir de esto, como en las condiciones actuales de nuestro país no podíamos prescindir de la inversión extranjera [...] estamos bien conscientes de que durante muchos años combatimos la inversión extranjera, estamos bien conscientes de que durante muchos años nos sentíamos orgullosos de que el pueblo fuera dueño de todos sus recursos, de todas sus industrias y de todos los bienes del país; sin embargo, en las condiciones actuales no podíamos prescindir de la inversión extranjera en un grado mayor porque necesitábamos capital, tecnología y mercados. Son los factores determinantes, lo contrario sería la parálisis, el estancamiento durante mucho tiempo. [...] Teníamos que crear empresas mixtas en tiempo relativamente breve, teníamos que aceptar la inversión extranjera, teníamos que hacer lo que hicimos con la despenalización de la moneda convertible, y tenemos la seguridad de que nos dolió mucho, muchísimo, hacer esto último. Y estábamos conscientes de las desigualdades que creaba, de los privilegios que creaba; pero tuvimos que hacerlo y lo hicimos (1995).

Acto seguido, concluyó ese medular discurso, indicando:

Hemos dicho que estamos introduciendo elementos de capitalismo en nuestro sistema, en nuestra economía, eso es real; hemos hablado,

incluso, de consecuencias que observamos del empleo de esos mecanismos. Sí, lo estamos haciendo. [...] ¿Quién tiene el poder? Esa es la clave, porque si lo tiene el pueblo, si lo tienen los trabajadores, no los ricos, no los millonarios, entonces se puede hacer una política en favor del pueblo, respetando los compromisos que se hayan acordado con determinadas empresas extranjeras (1995).

A pesar de todos los esfuerzos realizados y los resultados económicos gradualmente alcanzados, el desarrollo social del país se vio seriamente afectado.

El conocimiento de esta realidad motivó que, a partir de un profundo análisis de las condiciones políticas y sociales que enfrentaba el país, así como de la importancia del factor subjetivo en la construcción del socialismo, fueran madurando un conjunto de programas sociales y productivos que se enmarcaron en la que él denominó “Batalla de Ideas”, emprendida a partir de las conclusiones a las que arribó Fidel antes y durante del Séptimo Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) celebrado en diciembre de 1998 (1998).

Esas “batallas de ideas” cobraron un impulso masivo –mediante las llamadas Tribunas Abiertas– tras el secuestro, en diciembre de 1999, por parte de algunos de sus familiares lejanos radicados en los Estados Unidos, del niño Elián González; quien había sobrevivido después del naufragio en las costas cercanas a ese país de una pequeña embarcación en el que perdió la vida su madre. Esta se lo había llevado sin la autorización de su padre que permanecía en Cuba y continuaba reclamando su legítimo derecho a que Elián regresara al seno de su familia.

En esas circunstancias, Fidel comprendió rápidamente el enorme potencial de los jóvenes para movilizarse a favor de una causa justa. Como fruto de esa decisión, de la perseverancia de su padre, de esas movilizaciones de la juventud y los estudiantes, así como del impacto que estas tuvieron en la opinión pública internacional, los tribunales estadounidenses finalmente reconocieron el derecho de

su padre a que, junto con él, Elián regresara a Cuba el 28 de junio del año 2000.

En el ínterin, las Tribunas Abiertas se convirtieron en un medio de movilización y comunicación esencial para el Comandante en Jefe, quien las utilizó sistemáticamente para el desarrollo de la Batalla de Ideas. Así lo señaló un editorial del periódico *Granma*, órgano oficial del Comité Central del PCC, publicado el 3 de julio del 2000:

Cada sábado habrá Tribuna Abierta en un municipio del país; ninguno será olvidado. No puede renunciarse a esa extraordinaria trinchera de combate y rica mina de talentos, donde se expresarán las ideas, la cultura y los sentimientos patrióticos y revolucionarios de la localidad y del país. La magnitud de la movilización dependerá fundamentalmente de la propia población del municipio y de la trascendencia de la actividad. Serán transmitidas en directo y, de estimarse conveniente, se utilizará igualmente el espacio del atardecer para su retransmisión (*Granma*, 2000).

De modo que, en los años posteriores, la Batalla de Ideas asumió cinco direcciones principales:

1. Las luchas por la libertad de los Cinco Héroes cubanos prisioneros en Estados Unidos por luchar contra los ataques terroristas contra nuestro país.
2. El cumplimiento de los objetivos del *Juramento de Baraguá*, suscripto por el pueblo cubano el 19 de febrero del 2000.¹
3. El reclamo del fin del bloqueo y de otras agresiones de Estados Unidos contra Cuba.

¹ Se refiere al juramento del pueblo cubano –realizado el 19 de febrero del 2000– en el acto de recordación de la histórica Protesta de Baraguá, protagonizada por Antonio Maceo el 15 de marzo de 1878, como respuesta al Pacto del Zanjón que fue firmado por fuerzas cubanas el 10 de febrero de 1878 y que puso fin a las hostilidades de la Guerra de los Diez Años iniciada el 10 de octubre de 1868 y restableció el dominio español sobre la isla.

4. La lucha contra las consecuencias de las crisis económicas que afectaban a toda la humanidad y por la paz mundial.
5. El impulso por diferentes medios (incluida la Televisión Educativa) de la que Fidel previamente había denominado “una cultura general e integral”.

En ese contexto, también se implementaron diversos Programas Sociales Priorizados que produjeron impactos notables en las condiciones de vida de la población cubana. Estos se diseñaron para obtener el máximo efecto con el menor gasto posible, tomando en cuenta la escasa disponibilidad de los recursos utilizables por el país.

Bajo la orientación de Fidel, esos nuevos programas representaron un cambio cualitativo en la formulación e implementación de las políticas sociales, pues en ellos se combinaron enfoques estratégicos decisivos para nuestro desarrollo, con la aplicación de métodos y estilos de trabajo que permitieron concentrar esfuerzos y materializar resultados en los plazos más cortos que resultaron posibles.

En general, puede decirse que la implementación práctica de las ideas para el mejoramiento de la calidad de vida del pueblo atravesó por diferentes momentos, fundamentalmente en la primera década del siglo XXI. En estos, los programas más importantes de la Batalla de Ideas se centraron, primero, en la asistencia social y, después, en la educación y en la salud pública; pero también en el terreno de la cultura y en la práctica del deporte.

En consecuencia, durante la Batalla de Ideas se terminaron 2.649 obras sociales: el 40% en la educación, el 30,5% en la salud y el 29,5% en las esferas de la cultura y el deporte. El valor total invertido alcanzó 4.887 millones de CUP, lo que representó el 14,1% de la inversión total del Estado en estos años.

Simultáneamente, se prestó atención priorizada a la alimentación de la población, a las obras hidráulicas, al transporte y a la construcción de viviendas.

De manera que puede afirmarse que la política social que Fidel diseñó en el marco de la Batalla de Ideas, no solo permitió recuperar

indicadores sociales que resultaron muy afectados en el Período especial, sino que se logró un avance notable en la atención a la población en las esferas esenciales para la satisfacción de sus necesidades, mostrando, nuevamente, la combinación adecuada de elementos tácticos y estratégicos para asegurar el desarrollo integral del país.

En medio del desarrollo de estos programas, fue necesario renegociar la deuda externa. Teniendo en cuenta esa situación, el Comandante en Jefe orientó una revisión a fondo del uso de las divisas en la producción y los servicios, así como reclamó una mayor eficiencia en la utilización de las mismas.

Ese proceso que se desarrolló en todas las ramas de la economía durante los años 2003 y 2004, guiado por lo que Fidel había planteado en su discurso del 6 de marzo del primero de esos años. En este señaló:

En el terreno de la economía aplicaremos nuevas experiencias que hemos adquirido en los últimos tiempos. La producción y el ahorro de petróleo continuarán aumentando.

Estamos en mejores condiciones que nunca para incrementar la eficiencia y establecer mucha más disciplina en nuestras empresas, que priorizando el autofinanciamiento en divisas cometen a veces errores que en definitiva gravitan sobre los recursos centrales del país.

Mucho hemos aprendido y mucho más seguiremos aprendiendo. Nuevas fuentes de ingreso surgen y el rigor en la administración de los recursos deberá incrementarse. Viejos y nuevos malos hábitos deberán ser erradicados. La eterna vigilancia es el precio de la honradez y la eficiencia (Castro, 2003a).

Sin embargo, la situación crítica creada por el uso ineficiente de las divisas disponibles no se superó en el corto plazo. A esto se sumó una grave crisis en la generación de electricidad por una serie de roturas que se produjeron en diferentes termoeléctricas del país en el segundo semestre de 2004, lo que obligó a diversas erogaciones con carácter urgente.

Ante esa coyuntura, en diciembre de ese año, el Comandante en Jefe adoptó la decisión de centralizar todos los pagos en MLC, lo que permitió su uso priorizado para cubrir los pagos de mayor importancia ante la necesidad de asegurar la energía eléctrica como un problema de seguridad nacional.

Fue en ese contexto que, en la medida en que se enfrentaban la solución de los problemas más apremiantes, la formulación de los antes mencionados Programas Priorizados fueron extendiéndose a la esfera de la energía, dando lugar –por su amplitud– al concepto de Revolución Energética acuñado por Fidel en el 2005.

Por otra parte, las experiencias acumuladas a lo largo de muchos años por enfrentar las dificultades que afectaban a la sociedad cubana, sometida a un férreo bloqueo por parte de Estados Unidos, motivó las profundas meditaciones que él socializó en el discurso que pronunció en la Universidad de La Habana el 17 de noviembre del 2005.

En esa ocasión extrajo una serie de consideraciones que tiene vigencia permanente para el proceso revolucionario cubano, al subrayar: “Una conclusión que he sacado al cabo de muchos años: entre los muchos errores que hemos cometido todos, el más importante error era creer que alguien sabía de socialismo, o que alguien sabía de cómo se construye el socialismo” (1995). E, inmediatamente después, volvió a referirse a un tema medular que conserva una total vigencia en la actualidad:

Les hice una pregunta, compañeros estudiantes, que no he olvidado, ni mucho menos, y pretendo que ustedes no la olviden nunca, pero es la pregunta que dejo ahí ante las experiencias históricas que se han conocido, y les pido a todos, sin excepción, que reflexionen: ¿Puede ser o no irreversible un proceso revolucionario?, ¿cuáles serían las ideas o el grado de conciencia que harían imposible la reversión de un proceso revolucionario? Cuando los que fueron de los primeros, los veteranos, vayan desapareciendo y dando lugar a nuevas generaciones de líderes, ¿qué hacer y cómo hacerlo? Si nosotros, al fin y al cabo, hemos sido testigos de muchos errores, y ni cuenta nos dimos (1995).

Como respuestas a esas preguntas, el Comandante en Jefe nos alertó: “Este país puede autodestruirse por sí mismo; esta Revolución puede destruirse, los que no pueden destruirla hoy son ellos; nosotros sí, nosotros podemos destruirla, y sería culpa nuestra” (1995).

III

No me es posible en un breve espacio resumir el caudal de ideas del Líder Histórico de la Revolución a lo largo de su existencia. Sin embargo, sí es posible apreciar la enorme importancia que tiene para todos los cubanos –especialmente para los jóvenes– conocer lo que logró Fidel para que Cuba siga siendo hoy un ejemplo de dignidad, firmeza y espíritu revolucionario, aún en medio de las mayores dificultades.

Él fue capaz de avizorar el desarrollo de los acontecimientos políticos, sociales y económicos en cada momento y preparar a nuestro pueblo para enfrentarlos. En ese camino nunca dio cabida al pesimismo, desempeñando un papel muy importante como pedagogo y educador social, incluso en las circunstancias más difíciles, para demostrar que no hay tarea imposible si se lucha sin descanso para convertir los sueños en realidades.

Su honestidad y ética revolucionaria formaron parte esencial de su papel como líder. Su espíritu autocrítico al valorar la obra revolucionaria, con la inevitable cuota de errores propios de toda Revolución, siempre estuvo presente al mostrar los resultados del trabajo de nuestro pueblo.

Hoy cuando ya se cumplieron los 95 años de su natalicio y se aproxima el quinto aniversario de su paso definitivo a la inmortalidad, la vida nos demuestra el enorme valor de sus enseñanzas para aprender cómo, aún en las circunstancias más adversas, es posible la victoria.

Bibliografía

Castro, Fidel. (1960). El futuro de nuestra Patria tiene que ser necesariamente un futuro de hombres de ciencia. En José Bell Lara, Delia Luisa López y Tania Caram (comps.), *Documentos de la Revolución Cubana 1960*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Castro, Fidel. (1961). Informe presentado en 20 de octubre en la Reunión sobre los Planes para el Desarrollo Económico de la Nación para 1962. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f201061e.html>

Castro, Fidel. (1965). Discurso pronunciado el 2 de enero de 1965. www.cuba.cu/gobierno/discursos

Castro, Fidel. (1966). Discurso pronunciado el Primero de mayo. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos>

Castro, Fidel. (1969). Discurso pronunciado el 20 de diciembre. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos>

Castro, Fidel. (1971). Discurso pronunciado el Primero de mayo. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1971/esp/f010571e.html>

Castro, Fidel. (1973 [1953]). *La Historia me absolverá* La Habana: Ediciones Políticas.

Castro, Fidel. (1973). Discurso pronunciado el 26 de julio. www.cuba.cu/gobierno/discursos

Castro, Fidel. (1976). Discurso pronunciado el 2 de diciembre. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1976/esp/f021276e.html>

Castro, Fidel. (1989). Discurso pronunciado el 26 de julio. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1989/esp/f260789e.html>

Castro, Fidel. (1995). Discurso pronunciado el 6 de agosto. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1995/esp/f060895e.html>

Castro, Fidel. (1998). Discurso pronunciado en la clausura del Séptimo Congreso de la UJC. <http://www.fidelcastro.cu/es/discurso/1998?page=4>

Castro, Fidel. (2003). Discurso del 14 de febrero. www.cuba.cu/gobierno/discursos/2003/esp/140203e.html

Castro, Fidel. (2003a). Discurso pronunciado el 6 de marzo. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2003/esp/f060303e.html>

Castro, Fidel. (2004 [(1987)]. Discurso en el acto central por el vigésimo aniversario de la muerte de Ernesto Che Guevara. En *Ernesto Guevara El Gran Debate sobre la economía en Cuba 1963-1964*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Castro, Fidel. (2005). Discurso pronunciado el 17 de noviembre en ocasión del 60 aniversario de su ingreso a la Universidad de La Habana. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2005/esp/f171105e.html>

CIEM. (2018). *El pensamiento económico de Fidel Castro en las relaciones económica internacionales*. La Habana: Editorial Academia.

Colectivo de autores. (2004). *La ganadería en Cuba: Desempeño y desafíos*. <http://www.colibri.udelar.edu.uy>

Guevara, Ernesto. (2004). *El Gran Debate sobre la economía en Cuba 1963-1964*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Granma. (2000). Editorial del 3 de julio. <http://www.granma.cu>

“Sin cultura no hay libertad posible”

Notas sobre las ideas de Fidel en torno a la cultura

Abel Prieto Jiménez

I

La cultura no fue jamás para Fidel algo ornamental. La llamó muchas veces “escudo y espada de la Nación”: el escudo que la resguardara frente a las influencias desintegradoras de nuestro núcleo identitario y la espada capaz de llegar muy lejos, así como de transportar y defender la verdad de Cuba en los sitios más remotos del resto del mundo.

La vio como una energía transformadora de enorme trascendencia, asociada a los valores, a la conducta, a la ética, a la calidad de vida; capaz de contribuir decisivamente al “mejoramiento humano”, tal como lo había indicado el Apóstol de la independencia de nuestro país, José Martí. Pero Fidel la vio, sobre todo, como el único instrumento imaginable para la emancipación de los seres humanos.

En 1993, en los días más amargos del Período Especial en tiempo de Paz, en el Quinto Congreso de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), Fidel dijo aquel sintagma sorprendente: “la cultura es lo primero que hay que salvar, si estamos dispuestos a darlo todo por

restaurar La Habana Vieja y salvarla, como no hacerlo por la cultura” (Castro, 2021 [1993], p. 112).

En un momento de tantas privaciones, cuando nos faltaban tantas cosas esenciales para la supervivencia, el líder de la Revolución ponía en primer lugar a la cultura. Por supuesto, no hablaba exclusivamente de las artes y la literatura. Se refería a una noción más amplia, más honda, que tiene que ver con lo que nos define como nación, con aquello en que pensaba Fernando Ortiz cuando decía que “la cultura es la Patria” (Ortiz, 2008).

Por consiguiente, Fidel se refería al vínculo cognoscitivo y afectivo entre la cultura y la nación, así como a la suma de conocimientos imprescindibles para que el ser humano pueda defender su libertad, su memoria, sus orígenes y deshacer la vasta telaraña de manipulaciones que le cierran el paso día a día.

No olvidemos lo que dijo en la Universidad Central de Venezuela: “Una revolución solo puede ser hija de la cultura y de las ideas” (Castro, 1999 [1998]). De ahí que una revolución no puede limitarse a cambiar las condiciones de la vida material de la gente.

Aunque realice transformaciones radicales, aunque entregue tierras a los campesinos y elimine el latifundio, aunque construya viviendas para los que sobreviven en barrios insalubres, aunque ponga la salud pública al servicio de toda la población, aunque nacionalice los recursos del país y defienda su soberanía, una revolución no estaría nunca completa ni sería duradera si no implica una revolución educacional y cultural. ¡Hay que cambiar las condiciones de vida del ser humano y hay que cambiar al ser humano! ¡Hay que cambiar la conciencia de la gente, la cultura de la gente!

II

1961 fue uno de esos años decisivos que marcaron para siempre la historia de Cuba con mayúscula y la historia personal de las mujeres y los hombres sumados al torbellino revolucionario.

El 3 de enero de ese año, el entonces presidente estadounidense Dwight Eisenhower (1953-1961) rompió las relaciones diplomáticas con nuestro país. Dos días después, ante el Consejo de Seguridad de la ONU, Raúl Roa denunció “la política de hostigamiento, represalia, agresión, subversión, aislamiento e inminente ataque de EE.UU. contra el gobierno y el pueblo cubanos” (Roa, 1986 [1961], pp. 182-196).

La agresividad yanqui creció hasta llegar a su clímax: la invasión mercenaria por Playa Girón, iniciada el 17 de abril de 1961. Sus patrocinadores aspiraban a controlar una porción de nuestro territorio, bautizarla como “Cuba libre”, designar un presidente provisional que pidiera a la Organización de Estados Americanos (OEA) reconocimiento y apoyo militar e intervenir, por último, directamente, con toda la fuerza del Imperio.

El plan, gestado bajo los auspicios de Eisenhower e instrumentado por John F. Kennedy, fue derrotado por nuestro pueblo en menos de 72 horas.

El 16 de abril, en vísperas del ataque denunciado por Roa en la ONU, Fidel había proclamado el carácter socialista de la Revolución. Algo que, teniendo en cuenta la influencia en Cuba del macartismo y del anticomunismo *made in USA*, evidenció que el joven proceso revolucionario había dado increíbles pasos de avance en la conquista de una hegemonía cultural en torno a las ideas del antimperialismo, la emancipación, la justicia social, la lucha por construir un país radicalmente diferente.

Fernando Martínez Heredia sintetizó de modo inmejorable todo el significado de aquel acto del 16 de abril de 1961 en términos de la nueva hegemonía:

La declaración de que la revolución era socialista y democrática, de los humildes, por los humildes y para los humildes, se la hizo Fidel en la calle a una multitud armada. Todos cantaron a continuación el Himno Nacional y se dio la orden a todos de regresar a sus unidades militares. La primera orden del socialismo cubano fue “marchemos a nuestros respectivos batallones” (Martínez, 2016 [2011], p. 90).

Fernando contribuyó igualmente a hacer una caracterización más completa de aquel año tan intenso:

Fue en el verano de 1961 cuando salían legalmente por el aeropuerto hacia EE.UU. casi sesenta mil personas en tres meses. Es decir, un sector que podía viajar en avión se marchó, horrorizado por la victoria de los revolucionarios en Girón. El primero de mayo desfilaron los milicianos del amanecer hasta la noche. Una semana después, fue nacionalizada la educación en el país (p. 92).

Nunca puede olvidarse que durante todo 1961, bandas contrarrevolucionarias, organizadas y financiadas por la CIA, cometieron innumerables ataques terroristas contra la población civil, torturaron y asesinaron a decenas de milicianos, campesinos, maestros voluntarios y alfabetizadores.

En ese año el Gobierno de Estados Unidos, ya presidido por el demócrata Kennedy (1961-1963), arreció su ofensiva para aislar a Cuba del mundo occidental y asfixiarla económicamente.

Teniendo en cuenta tantas presiones y desafíos, tanta violencia, resulta aún más admirable que la dirección revolucionaria haya convertido a 1961 en un año clave para la educación y la cultura. Contra viento y marea se llevó a cabo con éxito la epopeya de la Campaña de Alfabetización; se creó la Escuela Nacional de Instructores de Arte y Fidel se reunió durante tres largas jornadas con representantes de la intelectualidad cubana en la Biblioteca Nacional y pronunció su discurso fundador de la política cultural de nuestro país (Castro, 2021 [1961], pp. 31-59).

Pocas semanas después, en agosto del mismo año, se celebró el Congreso en que se fundó la UNEAC y Fidel, a pesar de sus múltiples tareas y responsabilidades, realizó la clausura de ese trascendente evento (Castro, 2021 [1961a], pp. 61-73).

“Palabras a los intelectuales” (como posteriormente se tituló la alocución que él pronunció el 30 de junio de 1961 en la Biblioteca Nacional) nos legó una política cultural sin precedentes, ajena a todo sectarismo, aglutinadora, unitaria, antidogmática, que no solo

liquidaba las pretensiones de imponer en Cuba el tristemente célebre “realismo socialista” de factura soviética; sino que iba mucho más allá.

Su amplísima convocatoria a participar activamente en la transformación cultural del país se dirigía a todos los intelectuales y artistas revolucionarios y a aquellos que, sin serlo, fueran honestos y comprendieran el sentido de la justicia de la Revolución. Su afirmación “dentro de la Revolución todo” incluía y todavía incluye a todas las generaciones, a todas las tendencias estéticas y a todos los grupos artísticos y literarios.

En sus “Palabras a los intelectuales”, Fidel insistió en una cuestión que, treinta años más tarde, se colocó, a menudo, en el centro de los debates en la UNEAC, al señalar que la Revolución iba a ocuparse del desarrollo de las condiciones que le permitirían al pueblo satisfacer todas sus necesidades materiales y, además, las culturales y espirituales.

Por tanto, anticipó un concepto primordial que desde entonces se fue enraizando en la que, para referirnos a la UNEAC, hemos dado en llamar “la vanguardia intelectual y artística” de nuestro país: la idea de que debemos ver la cultura como un componente básico de la calidad de vida de toda la población de nuestro país.

Por eso puede decirse que en 1961 se inició por todo lo alto esa deseada revolución cultural que tuvo sus bases sólidas en las profundas transformaciones económicas, sociales y políticas nacidas en enero de 1959.

III

En ese contexto, siempre debemos recordar que en la intervención que realizó el 28 de enero de 1988 en el Cuarto Congreso de la UNEAC, el Líder Histórico de la Revolución cubana concordó con algo que en ese evento había dicho previamente el prestigioso intelectual y entonces miembro del Buró Político del Comité Central del PCC

y vicepresidente de los Consejos de Estado y de Ministros, Carlos Rafael Rodríguez: “tenemos un pueblo instruido, pero todavía no tenemos un pueblo culto” e, inmediatamente después, Fidel se refirió a “las lagunas” que se advertían (y aún se advierten) en la formación de las nuevas generaciones. Al respecto indicó:

Tenemos 260 mil o 270 mil maestros y profesores, los maestros primarios están estudiando en la universidad; sin embargo, cuando analizamos los enormes recursos materiales y humanos, y toda la fuerza que tenemos para educar o para instruir –como diría Carlos Rafael–, pero también para hacer más cultos a nuestra juventud, a nuestros niños, a nuestros pioneros, a nuestro pueblo, no podemos sentirnos satisfechos con lo que hayamos hecho en ese campo. / Encontramos lagunas y lagunas de todo tipo. En este mismo proceso de rectificación hemos descubierto lagunas en los programas; ausencias importantísimas para la formación y la educación de un joven, como es lo relativo a la historia, los conocimientos de la historia (Castro, 2021 [1988], p. 79).

¿Cómo no recordar, ante este reclamo, el papel que ya iba desempeñando por entonces el desmontaje público de la historia de la Unión Soviética como herramienta ideológica corrosiva que se produjo durante la denominada *perestroika*?

Pero, a la par, a Fidel le preocupan “las lagunas” en la educación estética de nuestras y nuestros infantes. Por ello indicó:

Me pregunto si realmente impartimos una educación estética a los niños en nuestro país. ¿Y quién nos lo prohíbe, quién nos lo impide? ¿Es acaso el imperialismo o somos nosotros mismos y nuestras deficiencias, nuestras limitaciones, nuestras incapacidades? Porque en manos de nosotros está. Entonces, digo: si tenemos esos 270 mil profesores y maestros. Y pienso que [estos] podrían haber sido preparados para impartir también una educación estética (Castro, 2021 [1988], p. 80).

Para comprender cabalmente ese interés de Fidel, hay que volver a su tesis de que en la cultura debemos encontrar el remedio más

eficaz contra los efectos tóxicos de la oleada consumista y de toda la propaganda comercial capitalista. Son ideas que aparecen de un modo u otro en las cartas de José Martí a María Mantilla. En esto, como en todo, Fidel es definitivamente martiano.

Por eso recalcó: aunque “todavía no tenemos un pueblo culto”, nuestro pueblo tiene “una cultura internacionalista, tiene una cultura política, tiene una conciencia revolucionaria que no puede, bajo ningún concepto, ser subestimada, son de los logros de la Revolución” (Castro, 2021 [1988], p. 85). Y acto seguido indicó que esos eran “valores tremendos, esos que no se ven en forma de rascacielos contruidos con acero o con cemento, no se ven en forma de grandes fábricas”, pero que era vital preservarlos, porque.

Hay revoluciones que degeneran, y nosotros, como todas las revoluciones, teníamos también el peligro de degenerar; y no me importa decir que en cierta forma estábamos empezando a degenerar, ¡estábamos empezando a degenerar! La historia está llena de revoluciones que han degenerado, está llena; no, sin embargo, son muy frecuentes las historias de las revoluciones que son capaces de renovar y regenerar sus fuerzas, su ímpetu.

Yo digo que nuestra Revolución, que ha sido de verdad una revolución, porque esta no fue ni una revolución de pacotilla ni una revolución de mentirillas, fue una revolución profunda, había empezado a caer en ciertos estados de estancamiento, en ciertos estados de declive, incluso [...]; pero, afortunadamente, se habían creado tantas virtudes en el seno de nuestro pueblo que eso no era posible, y se percibe en relativamente poco tiempo, por la reacción del pueblo (Castro, 2021 [1988], p. 88).

Debemos recordar que, como parte del que previamente había denominado “proceso de rectificación de errores y tendencias negativas” (iniciado en 1986), en esos momentos Fidel estaba librando una guerra sin cuartel contra la burocracia, contra el “copismo”, contra los teóricos de la construcción de un “socialismo” tecnocrático que

rechazaban pragmáticamente toda inversión en el sector cultural y no confiaban en el ser humano.

Por consiguiente, en ese Congreso de la UNEAC, Fidel levantó la bandera de la cultura y de la espiritualidad como un factor cardinal en el empeño por ofrecer una vida superior a la población y definió:

Nivel de vida no es solamente toneladas de cosas materiales, hacen falta muchas toneladas de cosas espirituales. Nivel de vida es educación, nivel de vida es la seguridad, sentirse seguros [...] Hay montones de servicios que son niveles de vida; un buen programa de televisión, una buena película; pero, sobre todo, las actividades artísticas y culturales se pueden convertir en una de las más altas expresiones del nivel de vida (Castro, 2021 [1988], p. 100).

Y enseguida agregó: “un museo es nivel de vida, una galería de arte es nivel de vida, ¡y ojalá que los diez millones de habitantes de este país puedan disfrutar con placer de esos niveles de vida, que puedan disfrutar de esa riqueza!” (Castro, 2021 [1988], p. 100).

IV

Sin abandonar los conceptos antes referidos, diez años más tarde, en su discurso de clausura del Sexto Congreso de la UNEAC, Fidel concentró su atención en el que calificó como el tema “más importante entre muchos temas importantísimos” que se habían debatido en ese evento: “el relacionado con la globalización y la cultura”. Al respecto, indicó que la denominada “globalización neoliberal” era “la más grande amenaza a la cultura, no solo a la nuestra, sino a la del mundo” (Castro, 2021 [1998], p. 127).

En ese contexto afirmó la necesidad de defender nuestras tradiciones, nuestro patrimonio, nuestra creación, ante el “más poderoso instrumento de dominación del imperialismo”. Y concluyó: “aquí todo se juega: identidad nacional, patria, justicia social, Revolución,

todo se juega. Esas son las batallas que tenemos que librar ahora” (Castro, 2021 [1998], p. 144).

A la luz de esta severa advertencia (“aquí todo se juega”) es que podemos comprender más cabalmente la envergadura del ya referido concepto de Fidel: *lo primero que tenemos que salvar es la cultura*.

Además de lo ya dicho, ese apotegma también pone de manifiesto el por qué Fidel compartió con los intelectuales y artistas agrupados en la UNEAC las ideas básicas de la que, pocos días después, el 11 de diciembre de 1998 explayó en su discurso en la clausura del Séptimo Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC).

Fue en ese evento que él inició la que denominó “Batalla de Ideas” (Castro, 1998). Esta incluyó el combate a las conductas marginales, al racismo, a la filosofía del “pícaro”; pero tuvo como uno de sus ejes centrales la difusión de la cultura.

De ahí el impulso que, como parte de esa “batalla”, Fidel le dio a la formación a escala masiva de instructores de arte, a extender la apreciación artística (en escuelas, comunidades y programas televisivos), a la creación de talleres de ballet para las niñas y los niños de los barrios humildes, a la multiplicación de editoriales en todo el país y a muchas otras iniciativas de difusión, lo más amplia posible, de la cultura, así como a ensanchar la capacidad de nuestro pueblo para apreciarla.

En mi concepto, ese ser humano culto y libre que está en el centro de la utopía martiana y fidelista debe estar preparado para entender cabalmente el entorno nacional e internacional, así como para descifrar y sortear las trampas de la maquinaria de dominación cultural que siguen desplegando las principales potencias imperialistas del mundo y, en especial, los Estados Unidos.

Sin embargo, se puede afirmar que Fidel rechazaba visceralmente cualquier tipo de elitismo en el campo de la cultura. Estaba convencido de que podía formarse un receptor masivo capaz de comprender y disfrutar toda manifestación del arte y de la literatura por compleja que fuese. De ahí que la democratización del acceso a la cultura fue

(y sigue siendo) uno de los principios de la política educacional y cultural de la Revolución cubana.

Al mismo tiempo, esta se fundamentó (y fundamenta) en otro principio: la búsqueda de la masividad en la cultura no puede acompañarse de concesiones en términos cualitativos. Por consiguiente, Fidel desechó tanto las fórmulas (plagadas de estereotipos y didacticismo) del llamado “realismo socialista”, como aquellas propias de la “cultura de masas” que propaga en todo el mundo la llamada “industria del entretenimiento” facturada en Estados Unidos.

Al respecto, me parece conveniente recordar que el programa *Universidad para todos* que transmite la Televisión Educativa de nuestro país, fue promovido personalmente por Fidel y ese programa se inició con el taller de técnicas narrativas impartido por el destacado escritor cubano e integrante de la dirección de la UNEAC, Eduardo Heras León, quien, previamente, lo había ofrecido a un grupo mínimo de jóvenes previamente seleccionados.

De manera que, algo concebido para formar “vanguardias” en el campo de la creación literaria, repentinamente fue colocado en un medio de difusión masiva y funcionó como un importante instrumento de promoción de la lectura en nuestro país.

VI

A modo de conclusión me parece conveniente afirmar que todo lo dicho en las páginas anteriores nos ayuda a entender mejor el estremeedor discurso que pronunció Fidel el 17 de noviembre de 2005 en el Aula Magna de la Universidad de La Habana.

Por ejemplo, en este Fidel se preguntó y le preguntó a los jóvenes y estudiantes asistentes a ese acto cómo una persona ignorante, analfabeta, “puede saber que el Fondo Monetario Internacional es bueno o malo, [...] y que el mundo está siendo sometido y saqueado incesantemente por [...] ese sistema”. Y se respondió: “Sencillamente, no lo sabe, no puede saberlo” (Castro, 2005).

Y fue más lejos en su análisis de la maquinaria de dominación cultural ejercida por las grandes potencias imperialistas cuando indicó: “gastan un millón [de dólares] en publicidad cada año [para] crear reflejos condicionados [...] La mentira afecta el conocimiento; pero el reflejo condicionado afecta la capacidad de pensar” (Castro, 2005). Acto seguido, añadió:

Es agobiante la reiteración para venderle a la gente una marca de cualquier producto, y, a la larga, el consumidor compra sencillamente porque se lo dijeron cien veces, se lo asociaron a una imagen bonita y le fueron sembrando, tallando el cerebro. Ellos que hablan tanto de lavado de cerebro, ellos lo tallan, le dan una forma, le quitan al ser humano la capacidad de pensar; y si todavía le fueran a quitar la capacidad de pensar a alguien que se gradúa en una universidad y puede leer un libro sería menos grave.

¿Qué puede leer el analfabeto? ¿Cómo se entera de que lo están engatusando? ¿Cómo se entera de que la mentira más grande del mundo es decir que eso es democracia, el sistema podrido que impera ahí y en la mayor parte, por no decir casi todos los países que copiaron ese sistema? Es terrible el daño que hacen (Castro, 2005).

No tengo que decir que hoy, poco más de tres lustros después, esa agudísima observación de Fidel adquiere mucho peso mediante el uso de las redes sociales en las campañas de subversión contra los gobiernos de diferentes países del mundo.

Por eso él también señaló: “Dicen que ‘el socialismo es malo’, y, por reflejo, todos los ignorantes y todos los pobres y todos los explotados repiten: ‘El socialismo es malo’. ‘El comunismo es malo’. El Imperio dice ‘Cuba es mala’ y vienen todos los explotados de este mundo, todos los analfabetos y todos los que no reciben atención médica, ni educación, ni tienen garantizado empleo, no tienen garantizado nada y repiten que ‘La Revolución cubana es mala’” (Castro, 2005).

De modo que Fidel denunció como la suma diabólica de la ignorancia y la manipulación, engendra una criatura patética: el pobre de derecha, ese infeliz que opina y vota y apoya a sus explotadores, a

millonarios demagogos, a fascistas, a quienes lo utilizan vilmente y lo desprecian.

Por consiguiente, él reiteró que soñaba la Cuba del futuro, no como “una sociedad de consumo”, sino como “una sociedad de conocimientos, de cultura, del más extraordinario desarrollo humano que pueda concebirse. Una sociedad con una excepcional plenitud de libertad” (Castro, 2005).

Sin cultura, repitió Fidel una y otra vez, no hay libertad posible. Los revolucionarios de cualquier parte del mundo, según él, están obligados a estudiar, a leer, a informarse, a nutrir día a día su pensamiento crítico. Esa formación cultural, junto a los imprescindibles valores éticos, les permitirán emanciparse definitivamente en un mundo donde predomina la esclavización de las mentes y de las conciencias.

De ahí que, entre los enunciados del concepto de Revolución que había sintetizado en el discurso que pronunció el 1º de mayo del 2000 (Castro, 2000) y que ahora inspira la *Conceptualización del modelo económico y social cubano de desarrollo socialista* (actualizado y refrendado por el recientemente realizado Octavo Congreso del Partido Comunista de Cuba), nuevamente se haya incluido el llamado de Fidel a “emanciparnos por nosotros mismos y con nuestros propios esfuerzos” (PCC, 2021, p. 8).

Para lograrlo, la cultura es y será el instrumento principal de ese proceso de autoaprendizaje y de autoemancipación dirigido a desafiar las que Fidel calificó en su concepto de Revolución antes referido como “poderosas fuerzas dominantes dentro y fuera del ámbito social y nacional”.

Bibliografía

Castro, Fidel. (1998). Discurso pronunciado en la Clausura del Séptimo Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas. <http://www.fidelcastro.cu/es/discurso/1998?page=4>

Castro, Fidel. (1999 [1998]) *Una revolución solo puede ser hija de la cultura y de las ideas*. La Habana: Editora Política.

Castro, Fidel. (2000). Discurso pronunciado en la Tribuna Abierta de la Juventud, los estudiantes y trabajadores el Primero de Mayo del 2000. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2000/esp/f010500e.html>

Castro, Fidel. (2005). Discurso pronunciado en el acto por el sesenta aniversario de su ingreso a la Universidad de La Habana. <http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/discurso-pronunciado-en-el-acto-por-el-aniversario-60-de-su-ingreso-la-universidad-en-el>

Castro, Fidel. (2021 [1961]). Discurso pronunciado como conclusión de las reuniones con los escritores y artistas cubanos el 30 de junio de 1961. En Elier Ramírez y Luis Morlote (comps.), *Lo primero que hay que salvar: intervenciones de Fidel en la UNEAC*. La Habana: Ediciones Unión.

Castro, Fidel. (2021 [1961a]). Discurso pronunciado en la clausura del Primer Congreso Nacional de Escritores y Artistas, 22 de agosto de 1961. En Elier Ramírez y Luis Morlote (comps.), *Lo primero que hay que salvar: intervenciones de Fidel en la UNEAC*. La Habana: Ediciones Unión.

Castro, Fidel. (2021 [1988]). Discurso pronunciado en la clausura del IV Congreso de la UNEAC. En Elier Ramírez y Luis Morlote (comps.), *Lo primero que hay que salvar: intervenciones de Fidel en la UNEAC*. La Habana: Ediciones Unión.

Castro, Fidel. (2021 [1993]). Fragmentos de la intervención realizada por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en el V Congreso de la UNEAC. Palacio de Convenciones, 20 de noviembre de 1993. En Elier Ramírez y Luis Morlote (comps.), *Lo primero que hay que salvar: intervenciones de Fidel en la UNEAC*. La Habana, Ediciones Unión.

Castro, Fidel. (2021 [1998]). Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en el Sexto Congreso de la UNEAC. En Elier Ramírez y Luis Morlote (comps.), *Lo primero que hay que salvar: intervenciones de Fidel en la UNEAC*. La Habana: Ediciones Unión.

Martínez, Fernando. (2016 [2011]). Cincuenta años de *Palabras a los intelectuales*. En Elier Ramírez (comp.), *Un texto absolutamente vigente: A 55 años de Palabras a los intelectuales*. La Habana: Ediciones Unión.

Ortiz, Fernando. (2008). La cultura no es un lujo, sino una necesidad. <https://www.granma.cu/granmad/2008/04/08/nacional/artic02.html>

PCC. (2021). *Conceptualización del modelo social económico y social cubano de desarrollo socialista*. La Habana: Empresa de Artes Gráficas “Federico Engels”.

Roa, Raúl. (1986 [1961]). Fundamentos, cargos y pruebas de la denuncia de Cuba. En *Raúl Roa: Canciller de la dignidad*, La Habana: Ediciones Políticas.

El PCC debe ser el partido de oposición a la obra de la Revolución cubana

Uno de los más trascendentales legados de Fidel Castro

Luis Suárez Salazar

Introducción

Este ensayo es una ampliación del artículo que publiqué en vísperas de la celebración de los noventa y cinco aniversarios del natalicio de Fidel, como comúnmente lo llama el pueblo cubano (Suárez, 2021).

Las adiciones a ese escrito y el encabezamiento ahora escogido surgieron de una de las respuestas que, al comienzo del “proceso de rectificación de errores y tendencias negativas” que se desplegó en Cuba a partir de 1986, él le ofreció a una de las preguntas que le realizó el periodista italiano Gianni Miná.

Antes de formularle ese interrogante, Miná había afirmado: “Comandante, muchas personas dicen que usted es la cabeza única y verdadera de la oposición en Cuba. Ahora que la situación económica se ha vuelto más crítica, ¿cuál cree usted, como jefe de la oposición, que sea el aspecto en el que más haya que insistir?”. En su respuesta, Fidel señaló:

Eso tiene su historia. La Revolución siempre ha sido crítica y auto-crítica. Si se analizan los procesos revolucionarios, difícilmente se encuentre un ejemplo semejante al de la Revolución cubana en la práctica de la crítica y la autocrítica públicas. Y no se trata de criticar a otros, sino que muchas veces nos hemos criticado nosotros mismos, francamente, sin demagogia: esto fue un error, pasó esto y lo otro. Y es un hábito de la Revolución desde el comienzo. Claro, por mi ascendencia sobre la opinión pública, las críticas que yo hago tienen eco. Como no vacilo en reconocer las cosas que andan mal, y muchas veces me gusta más hablar de las cosas que andan mal que de las que andan bien y soy muy franco en eso, muy abierto, ante todo el pueblo, en las reuniones, y estoy convencido porque creo en la vergüenza de los hombres (Castro, 1987, p. 189).

Y, luego de referir cómo esa práctica siempre había sido eficaz durante la lucha armada revolucionaria contra la criminal dictadura militar y proimperialista del general Fulgencio Batista (10 de marzo de 1952-31 de diciembre de 1958), agregó:

Siempre he tenido el hábito de tratar de apelar a la vergüenza y a la dignidad de los hombres. Por eso he tenido el hábito de la crítica. Incluso la hago colectiva: a colectivos enteros, a fábricas enteras, a la propia población, cuando hay alguna cosa, una tendencia negativa; mucha crítica al Gobierno, a nuestra propia tarea, a la propia obra de la Revolución. Esa es la razón por lo que algunos dicen que yo soy la oposición.

En las condiciones nuestras la oposición la tiene que realizar el propio Partido [Comunista de Cuba], los propios cuadros revolucionarios, cada uno a su nivel. Y la practicamos con toda franqueza y con toda honestidad, debo decirlo; en esto no hay sombra de demagogia y no se puede ser demagogo con el pueblo, porque como dice otro refrán: más pronto se descubre un mentiroso que un cojo (Castro, 1987, p. 190).

A referir en forma analítica y sintética la manera en que Fidel fue consecuente con esos conceptos éticos y políticos, tanto antes, como después de esas afirmaciones, van dirigidas las páginas que siguen.

Para evitar una lectura dogmática y ahistórica de esa trascendental faceta de su legado, cada uno de los pronunciamientos críticos y autocríticos de la obra de la Revolución cubana que él realizó se colocarán en el contexto histórico-concreto en que fueron formulados.

Asimismo, cuando sea necesario, los vincularé con las que he denominado las “cinco utopías fundacionales de la Revolución cubana” (Suárez, 2016 [2014], pp. 29-51, 2017 [2015]); entendiéndolas como las conceptualizó el filósofo y teólogo de la liberación nuestro americano, nacido en Argentina, Rubén Dri:

La utopía no es una mera evasión. No es salirse de la realidad para no verla. No es un mero imposible. Es el horizonte siempre soñado, siempre visto en lontananza, el punto hacia el que tienden todas las *energías creadoras de un pueblo, y que de esa manera se transforma en el verdadero centro dinamizador de su accionar*. Nunca alcanzable o agotada a plenitud, pues allí terminaría la historia, *siempre está presente como crítica inmanente. Es el agujón que no permite detenerse*. Es la apertura de horizontes que muestra que la liberación es posible (Dri, 1992 [1989], p. 120; énfasis propio).

En esa lógica referiré los que recientemente denominé “cuatro grandes procesos crítico-utópicos y teórico-prácticos” (Suárez, 2021) que, bajo la conducción de Fidel, se realizaron en Cuba durante los primeros 47 años de la que la Unión de Historiadores de Cuba (UNHIC) ha venido denominando “Revolución Cubana en el poder”, con vistas a diferenciarla de su etapa insurreccional, iniciada el 26 de julio de 1953 y culminada en los primeros días de enero de 1959.

¿Cuál fue el primer gran proceso crítico-utópico de la Revolución cubana?

Sin desmeritar en lo más mínimo las críticas o autocríticas que Fidel realizó en los tres años precedentes, el primer gran proceso crítico-utópico y teórico-práctico de las pifias previamente cometidas por

el liderazgo político-estatal de esa revolución se desplegó entre los primeros meses de 1962 y la realización de la Primera Conferencia Nacional del hasta entonces llamado Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC), en los primeros días de octubre de 1965.

En esta, las y los participantes decidieron cambiar el nombre de esa organización por Partido Comunista de Cuba (PCC) y elegir a su primer Comité Central (CC), encabezado por Fidel, quien, en esos momentos, además de encabezar la dirección nacional del PURSC, era el primer ministro del Gobierno revolucionario presidido, desde de julio de 1959 hasta fines de 1976, por el doctor Osvaldo Dorticós Torrado.

Pero antes de referir otros acontecimientos del cuatrienio 1962-1965, es menester recordar que, en una comparecencia difundida a través de las emisoras de radio y de televisión el 26 de marzo de 1962, Fidel había realizado una dura crítica y autocrítica a los “errores de sectarismo”, así como “a otros graves y peligrosos desaciertos” que, en los meses previos, se habían cometido en el seno de la Dirección Nacional de las hasta entonces llamadas Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) (Castro, 2009 [1962], pp. 214-270).

Estas se habían institucionalizados en julio de 1961 como fruto de los acuerdos que se venían elaborando desde los primeros meses del triunfo de la Revolución entre las direcciones nacionales del Movimiento 26 de Julio, del Directorio Revolucionario 13 de Marzo y del Partido Socialista Popular (comunista).

Entre otras ideas que trascienden los objetivos de este escrito, en la alocución antes referida, Fidel señaló:

En primer lugar, deseo traer a colación aquí un pensamiento de [Vladimir Ilich] Lenin, quien dijo que la actitud –es decir–, la seriedad de un partido revolucionario se mide, fundamentalmente, por la actitud ante sus propios errores. Y así también nuestra seriedad de revolucionarios y de gobernantes se medirá por nuestra actitud ante nuestros propios errores.

Claro que los enemigos están atentos a conocer cuáles son esos errores. Cuando esos errores se cometen y no se autocritican el enemigo puede aprovecharlos, pero de muy distinta forma, porque de una forma no se superarían esos errores, y de otra forma si se superan esos errores. Por eso nosotros, hemos decidido tomar una actitud honesta y seria ante nuestros propios errores (Castro, 2009 [1962], p. 214).

De manera que puede afirmarse que, desde entonces, esos conceptos guiaron la conducta que siempre asumió Fidel frente a todas las pifias cometidas, bajo su dirección, por el liderazgo político-estatal de la Revolución cubana. Entre ellas, las vinculadas a la estructura, el funcionamiento y la composición del que, en esos años, él denominaba “aparato político de la Revolución”.

A partir de entonces este comenzó a denominarse el PURSC y sus militantes fueron seleccionados en consulta con los trabajadores de sus correspondientes centros productivos o de servicios, en vez de utilizar métodos de cooptación como los utilizados en los años previos para seleccionar a militantes y dirigentes intermedios de las ORI. Se sentaron así las bases para el cambio de nombre del PURSC por el de PCC.

De manera simultánea, se avanzó en el análisis crítico y autocrítico de la estrategia de desarrollo y de las políticas económicas que se habían esbozado y aplicado desde 1959 y, en particular, desde la formulación, a fines de 1961, del Plan Cuatrienal de Desarrollo 1962-1965.

Este perseguía la industrialización acelerada del país como precondición para “el desarrollo”, tal y como se habían concebido en los países socialistas europeos y asiáticos entonces existentes, al igual que por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL).

A diferencia de las críticas que se le formularon en otras latitudes al “modelo cepalino”, las que se realizaron en Cuba estuvieron guiadas por el magno y aún vigente propósito de continuar avanzando en la que he denominado utopía de emprender “un proyecto de desarrollo económico, social, político, ético, científico-técnico y cultural que –además de garantizar la independencia y la soberanía económica y

política del país– colocara a los seres humanos, sin discriminaciones de ningún tipo y en su relación armónica con la naturaleza y la biosfera, como sus protagonistas y principales beneficiarios” (Suárez, 2018, p. 153).

Como ha documentado el economista cubano José Luis Rodríguez, a pesar de sus limitaciones, los planes de desarrollo de la economía emprendidos a partir de 1963, “constituyeron la primera experiencia práctica de planificación del país, divulgando los métodos de planificación socialista y canalizando la participación de las masas en la dirección consciente del desarrollo económico de la sociedad cubana, por primera vez en su historia” (Rodríguez, 1990, pp. 88-89).

Sobre esas bases se diseñaron las estrategias de desarrollo económico aplicadas en Cuba entre 1964-1975, incluidas las que se implementaron en el período 1965-1970. A la conducta asumida por Fidel frente a los errores cometidos en ese sexenio (en particular, en sus últimos tres años) se volverá después; ahora creo necesario agregar que, a partir de 1964, también se sometieron a un análisis crítico y autocrítico las diferentes instancias y componentes del que el sociólogo cubano Juan Valdés Paz ha denominado “poder político y social instaurado entre 1959 y 1963” (Valdés, 2018, pp. 85-180, Tomo I).

Entre ellas, las grandes deficiencias que se habían detectado en el funcionamiento de las previamente llamadas Juntas de Coordinación, Ejecución e Inspección (JUCEI) que, hasta el año 1966, mantuvieron su carácter de extensiones de la Administración del Estado en cada una de las provincias, regiones y municipios del país. A partir de ese último año, fueron suplantadas por las Administraciones Locales (AALL).

Aunque esas decisiones no fueron implementadas de manera adecuadas y dos años después las AALL fueron sustituidas por organismos de carácter administrativo y dirección personalizada, las críticas de esa frustrada experiencia sentaron las bases para la institucionalización, a partir de 1976, de los que, desde entonces, han sido llamados Órganos Locales de Poder Popular (OLPP).

Antecedidos por las experiencias realizadas en la provincia de Matanzas, estos fueron institucionalizados con el propósito de convertir en realidad las aún vigentes utopías de edificar una “democracia socialmente representativa y participativa, radicalmente diferente a las democracias liberales-burguesas”, así como distinta a las “ahora frustradas transiciones socialistas europeas, al igual que a los diferentes socialismos asiáticos que aún perduran” (Suárez, 2018, pp. 153-154).

El segundo gran proceso crítico-utópico de la Revolución cubana

No es el objetivo de este escrito realizar un análisis comparativo de cada uno de esos ordenamientos jurídico-político; pero, acorde con sus propósitos creo imprescindible acentuar que fue la máxima dirección del PCC, encabezada por Fidel, la que, a partir de 1970, emprendió el que denomino “segundo gran proceso crítico y autocrítico de la Revolución cubana” (Suárez, 2021).

Como se ha documentado, el detonante de ese proceso (que extendió hasta la celebración a fines de 1975 del Primer Congreso del PCC) fue el incumplimiento de la meta previamente establecida e impulsada por Fidel de producir 10 millones de toneladas de azúcar en 1970.

En esa ocasión, en una comparecencia a través de la radio y la televisión nacionales (efectuada el 20 de mayo de 1970), él asumió toda la responsabilidad por los diversos desaciertos que se habían producido en los años precedentes, así como de los concomitantes problemas que ese empeño había provocado en el inadecuado funcionamiento de la socioeconomía y del sistema político; incluido el funcionamiento del PCC, del Estado y del Gobierno, al igual que el debilitamiento de la labor de las organizaciones sociales y de masas.¹ Al respecto indicó:

¹ En el momento en que se pronunció ese discurso funcionaban en Cuba la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), la

Hay que decir una cosa que es fundamental en este problema de los 10 millones, y es que esta batalla de los 10 millones no la ha perdido el pueblo. Nosotros podemos decirles con absoluta seguridad que el pueblo no perdió esa batalla. Si no se puede decir que se ha ganado –porque no se ha ganado la batalla de los 10 millones– sí se puede decir que la batalla de los 10 millones no la perdió el pueblo. Esa batalla la perdimos nosotros, nosotros. La perdió el aparato administrativo, y nosotros, los dirigentes de la Revolución. / El pueblo ha estado a la altura de los 10 millones de sobra, y de los 11. Ahora, nosotros somos los que no hemos estado a la altura de los 10 millones. Y yo creo que es de elemental justicia hacer este planteamiento, porque es la pura verdad (Castro, 1970).

Poco más de dos meses después, en el discurso pronunciado en la concentración conmemorativa del decimoséptimo aniversario del asalto al Cuartel Moncada, efectuada el 26 de julio en la Plaza de la Revolución José Martí, no solo reiteró esa autocrítica, sino que puso a la consideración del pueblo la posibilidad de que continuara o no ejerciendo las altas responsabilidades políticas y estatales que venía asumiendo desde mediados de 1959.

Luego de referir los complejos problemas objetivos, internos y externos que en el futuro previsible iba a tener que enfrentar la transición socialista cubana señaló: “Pero no estamos aquí para señalar las dificultades objetivas. La tarea es señalar los problemas en concreto. Y la tarea es sencillamente que el hombre ponga lo que la naturaleza o los hechos de la realidad de nuestros recursos y nuestros medios no han podido poner. Es el hombre. El hombre está jugando aquí un papel fundamental. Y fundamentalmente los hombres que tienen tareas de dirección” (Castro, 1970a). Y enseguida agregó:

Vamos a empezar por señalar en primer lugar [que] en todos estos problemas la responsabilidad [es] de todos nosotros, y la mía en

Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media (FEEM) y la Unión de Pioneros de Cuba (UPC).

particular. No pretendo ni mucho menos señalar responsabilidades que pretenda que no me pertenecen también a mí y a toda la dirección de la Revolución. Lamentablemente estas autocríticas no pueden ser fácilmente acompañadas de otras soluciones consecuentes. Mejor sería decir al pueblo: busquen otro. Incluso: busquen otros. Sería mejor. En realidad, también por nuestra parte sería hipócrita.

Creo que nosotros, los dirigentes de esta Revolución, hemos costado demasiado caros en el aprendizaje. Y desgraciadamente nuestro problema –no cuando se trate de sustituir a los dirigentes de la Revolución, ¡que este pueblo los puede sustituir cuando quiera, en el momento que quiera, y ahora mismo si lo quiere!–, uno de nuestros más difíciles problemas es precisamente, y en eso estamos pagando una buena herencia, la herencia en primer lugar de nuestra propia ignorancia/. [...] Para calificarnos sería mejor incluirnos en la categoría de los ignorantes. Y eso éramos casi sin excepción –¡y la excepción por supuesto que no soy yo!– todos nosotros (Castro, 1970a).

El rechazo popular a ese curso de acción (expresados en las exclamaciones de ¡NO! repetidas por los cientos de miles de personas que habían acudido a esa conmemoración) posibilitó que Fidel, en sus constantes interacciones con diversos sectores populares, condujera todas las acciones teórico-prácticas emprendidas por el liderazgo político-estatal dirigidas a superar los problemas internos previamente identificados.

Entre ellas, las que se emprendieron para profundizar la participación democrática de la ciudadanía en la definición e implementación de las acciones dirigidas a tratar de superar los diversos problemas que él había señalado en el discurso, así como a garantizar la preparación y el exitoso desarrollo del Primer Congreso del PCC.

Fue precisamente en el Informe Central que presentó ante las delegadas y los delegados e invitados nacionales e internacionales a ese trascendental evento que Fidel criticó los “errores de idealismo”, individuales o colectivos, que se habían cometido en la década precedente. Sin desconocer los éxitos económicos y sociales obtenidos en

los años previos, él volvió a asumir toda la responsabilidad por esos desaciertos. Cerca de 46 años después, aún me estremece releer lo que le escuché decir en esa ocasión:

Las revoluciones suelen tener sus periodos de utopía en que sus protagonistas, consagrados a la noble tarea de convertir en realidad sus sueños y llevar a la práctica sus ideales, creen que las metas históricas están mucho más próximas que la voluntad, los deseos y las intenciones de los hombres por encima de los hechos objetivos lo pueden todo. No es que los revolucionarios deban carecer de sueños ni tampoco de férrea voluntad. Sin un poco de sueños y de utopías no habrá revolucionarios. A veces los hombres se detienen, porque consideran insuperables obstáculos que son superables. Nuestra propia historia demuestra que dificultades al parecer invencibles tenían solución. Pero el revolucionario tiene también el deber de ser realista, adecuar su acción a las leyes históricas y sociales, y a beber en el manantial inagotable de la ciencia política y la experiencia universal los conocimientos que son indispensables en la conducción de los procesos revolucionarios. Hay que saber aprender de los hechos y de las realidades.

A veces la actitud utópica va igualmente acompañada de cierto desdén hacia la experiencia de otros procesos. El germen del chovinismo y de espíritu pequeño burgués que solemos padecer los que por vía puramente intelectual llegamos a los caminos de la revolución, desarrolla a veces inconscientemente actitudes que pudieran catalogarse de autosuficiencia y sobreestimación (Castro, 1976 [1975], p. 70).

Inmediatamente después, reseñó un amplio listado de los desaciertos que se habían identificado en la gestión económica y en la inadecuada definición del sistema de la dirección de la economía implementada entre 1967 y 1970. Asimismo, fustigó la confusión que había preponderado entre las funciones del Partido y del Estado, el debilitamiento del papel de las organizaciones sociales y de masas, las fallas en el funcionamiento de los diferentes órganos encargados de la dirección del PCC, al igual que la inexistencia de “un trabajo

rigurosamente sistemático para la Dirección del Partido y del Estado” (Castro, 1976 [1975], p. 74). Y agregó:

No seríamos honrados revolucionarios, si al hacer el recuento de la Revolución dejáramos de señalar con crudeza ante el Primer Congreso del Partido que no siempre fuimos capaces de descubrir a tiempo los problemas, evitar los errores, superar las omisiones y actuar en absoluta consonancia con los métodos de trabajo que deben presidir la dirección y el funcionamiento del Partido.

Como la obra revolucionaria de nuestro pueblo ha de ser duradera y el Partido en su garantía más absoluta, es necesario que las presentes y futuras generaciones de comunistas conozcan que esas deficiencias existieron y que esos errores fueron cometidos en el proceso. En el quehacer histórico, independiente de las leyes objetivas, los hombres jugamos un papel y nadie nos puede exonerar de los errores en que podamos incurrir. Solo la verdad nos puede poner la toga viril, como dijo un ilustre maestro (Castro, 1976 [1975], p. 74).

Cualquiera que sean los criterios que en la actualidad merezcan esas afirmaciones, lo cierto fue que la manera cristalina, honesta y detallada en que Fidel, en representación de la máxima dirección del PCC, criticó y asumió su responsabilidad en esos errores, impidió que la que maquinaria de la política exterior, de defensa y seguridad imperial de los Estados Unidos y sus aliados externos e internos pudieran aprovecharse de los mismos.

Por consiguiente, sus autocríticas fortalecieron el poder social y político de la Revolución. Esto se expresó en el apoyo que ofrecieron los diferentes sectores del sujeto popular cubano a todos los acuerdos y resoluciones del Primer Congreso del PCC.

Entre ellas, su Plataforma Programática y la que definió el cronograma de la aplicación de la nueva división política-administrativa del país, la creación de las condiciones que se consideraban indispensables para la gradual implantación del Sistema de Dirección y Planificación de la Economía que se empleaban en la URSS y en los Estados socialistas integrantes del Consejo de Ayuda Mutua

Económica (CAME), al igual que la elección y la constitución de los Órganos del Poder Popular en todas las instancias político-administrativas del país.

Esos comicios fueron precedidos por la celebración, el 15 de febrero de 1976, del referéndum dirigido a la aprobación de la que ahora podemos llamar “primera constitución socialista de la República de Cuba”, al igual que de la Ley de Tránsito Constitucional.

Como una nítida expresión del apoyo popular al papel dirigente del PCC en la sociedad y el sistema político cubano, ese día, el 97,6% de los ciudadanos de 16 años o más (que no tuvieran impedimentos legales) aprobaron esa Carta Magna y, por tanto, reconocieron la legitimidad democrática del ordenamiento jurídico-político del país, incluido el papel de esa organización política como “vanguardia organizada marxista-leninista de la clase obrera” y “fuerza dirigente y superior de la sociedad y el Estado, que organiza y orienta los esfuerzos comunes hacia los altos fines de la construcción del socialismo y el avance hacia la sociedad comunista” (PCC, 1976, p. 15).

Gracias a ese inmenso respaldo popular, a la intersolidaridad de Cuba con la entonces llamada “comunidad socialista”, encabezada por la Unión Soviética, al alto prestigio que había adquirido nuestro país entre los Gobiernos integrantes en el Movimiento de Países No Alineados y a los resquebrajamientos que, a partir de 1970, se lograron producir en el aislamiento que se había producido en las interrelaciones oficiales de Cuba con la mayor parte de los Gobiernos de América Latina y el Caribe, el quinquenio 1976-1980 suele considerarse como uno de los más fructíferos para el desarrollo económico-social, político e ideológico-cultural del país.

Igualmente, para el despliegue de la consecuente proyección internacional e internacionalista de la Revolución cubana, guiada por la utopía de institucionalizar “un Sistema Internacional de Estados democrático, justo y *multipolar* y, por tanto, de un nuevo orden económico, político, informativo y multicultural internacional” (Suárez, 2018, p. 154), sustentado en la coexistencia pacífica entre los Estados

de diferentes regímenes económicos, políticos y sociales, así como en el más absoluto respeto al Derecho Internacional Público.

A su vez, en el quinquenio referido y en razón de los cambios positivos que, en medio de avances y retrocesos, se fueron produciendo en las interrelaciones estatales de Cuba con los Gobiernos de varios países de América Latina y el Caribe, se emprendieron nuevas acciones orientadas al cumplimiento de “los sueños” (aún vigentes) que venía difundiendo Fidel desde los primeros meses de 1959: “La integración económica y política de la República de Cuba con los demás Estados-nacionales o plurinacionales de América Latina y el Caribe; en particular –como había quedado indicado en los fundamentos constitucionales de la política exterior cubana, aprobados en 1976– con aquellos “liberados de dominaciones externas y opresiones internas” (Suárez, 2018, p. 154).

Así lo consignó Fidel en el Informe Central que presentó ante el Segundo Congreso del PCC efectuado en 1980. En este afirmó que “la fuerza de un país pequeño como Cuba no es militar, ni económica; es moral” (Castro, 1990 [1980], p. 249). Y, aseveró:

No todo lo que hicimos fue sabio, no todas las decisiones fueron acertadas, en ningún proceso revolucionario lo han sido nunca, pero aquí estamos, a casi 22 años del Primero de enero de 1959. No hemos retrocedido, no hemos hecho ninguna concesión al imperialismo; no hemos renunciado a una sola de nuestras ideas ni de nuestros principios revolucionarios. Esa actitud política, limpia, firme, indolegable, heroica, intachable caracteriza a nuestra Revolución. El temor y la vacilación no cundió nunca en las filas de nuestro pueblo; *ni hemos titubeado jamás en reconocer nuestros propios errores o equivocaciones, para lo cual hace falta, muchas veces, más valor que para entregar la vida misma.*

El caudal de experiencia y de ideas revolucionarias que hemos heredado de la historia de nuestro pueblo y de toda la humanidad es nuestro tesoro máspreciado. Ese caudal debe ser enriquecido con la práctica y el ejemplo. Es deber sagrado de todo revolucionario. Ello

exige la crítica y la autocrítica más rigurosa y la honestidad más consecuente (Castro, 1990 [1980], p. 250; énfasis propio).

Guiado por esos conceptos y refiriéndose a la labor de las “instituciones representativas” del Estado y a la necesidad de elevar el papel de los delegados a los Órganos Municipales y Provinciales, así como de los Diputados a su Asamblea Nacional del Poder Popular (ANPP), Fidel indicó:

Debe lucharse por erradicar las causas que han determinado que en muchos casos las rendiciones de cuenta [ante sus correspondientes electores] se hayan convertido en una actividad meramente formal. Debemos fortalecer la actividad de las administraciones locales, mejorar el funcionamiento de los delegados, las Asambleas, los Comités Ejecutivos, y direcciones administrativas, mantener una lucha permanente contra las tendencias *a las deformaciones burocráticas, la falta de agilidad en la solución de los problemas, el papeleo, la negligencia y la insensibilidad ante los problemas y necesidades de la población*. Los Órganos Locales del Poder Popular deben intensificar su exigencia a las dependencias administrativas y a las empresas y unidades para que trabajen con mayor eficiencia en darles soluciones adecuadas a los problemas planteados por la población, y ofrecer explicaciones satisfactorias cuando no las tengan de inmediato (Castro, 1990 [1980], p. 287; énfasis propio).

E inmediatamente después agregó:

Se han ido simplificando las instituciones del Gobierno central. Debemos trabajar por el perfeccionamiento de nuestra administración central con el objetivo de hacer cada vez más eficiente, menos burocrática y más ágil a la Administración del Estado a todos sus niveles. Debemos estudiar con más rigor técnico los mecanismos de organización y precisar aún más sus funciones y de las relaciones entre esas instituciones y los Órganos Locales del Poder Popular.

Los órganos judiciales y fiscales también fueron reestructurados en este período, para adecuar su organización a la nueva división político-administrativa y a la existencia de los Órganos, y se aprobaron

diversas leyes en relación el trabajo de esos órganos. Sin embargo, a pesar de estos cambios *se observan deficiencias importantes en la administración de la justicia, tanto en el campo de las regulaciones jurídicas como en su aplicación práctica*. Estas deficiencias son hoy objeto de superación por el Tribunal Supremo Popular y la Fiscalía General [de la República], pero será necesario, además, emprender la revisión global de la legislación relacionada con el sistema judicial, así como estudiar y definir con mayor concreción las actividades del Ministerio de Justicia en relación con el funcionamiento de esos órganos (Castro, 1990 [1980], p. 288; énfasis propio).

Merece destacar que todo lo dicho y otros elementos excluidos en beneficio de la síntesis (como el rol que debían desempeñar los medios de comunicación del país en el análisis crítico del funcionamiento de la economía, de la sociedad y del sistema político), estuvo correlacionado con los déficits que Fidel observaba en las labores del PCC y de sus diferentes órganos de dirección.

Al respecto, en su informe al Segundo Congreso de esa organización, señaló que debía reconocerse “que la crítica y la autocrítica” aún no se practicaban “en la medida necesaria en la vida cotidiana de las organizaciones de base y organismos de dirección del Partido, a pesar de que ellas son *el instrumento esencial para resolver las debilidades y deficiencias que se presentan en la actividad individual y colectiva de nuestros cuadros, militante y aspirantes y muy especialmente en los órganos dirección y en las organizaciones de base*” (Castro, 1990 [1980], p. 346; énfasis propio). Y agregó: “El Partido está decidido a no retroceder en el camino de la lucha contra lo mal hecho, contra todas las debilidades y deficiencias, y a mantener con firmeza la exigencia y la disciplina a sus militantes y aspirantes, a fin de que sirvan de ejemplo a imitar por toda la sociedad”.

En la consecuente y consistente aplicación de esos conceptos él depositaba su confianza en que la Revolución cubana no se degeneraría, como estaba sucediendo en algunos países socialistas europeos, como el caso de Checoslovaquia desde los últimos años de la década de 1960 y sucedía en Polonia. Además, que en Cuba no se crearan los

grandes problemas que habían surgido dentro del Partido Comunista de la República Popular China (PCCh) durante e inmediatamente después de la llamada “revolución cultural”, emprendida entre 1966 y 1976 por Mao Zedong.

Del análisis crítico de esas experiencias, Fidel derivó las siguientes advertencias:

Nuestro Estado es un Estado de trabajadores que ejercen el poder revolucionariamente. El Partido y sus militantes no pueden apartarse jamás de la más sólida, estrecha y profunda vinculación con las masas. *No pueden apartarse de la crítica y la autocrítica más rigurosa.* No pueden apartarse de la dirección colectiva, la democracia interna, el centralismo democrático y la disciplina más férrea. No pueden apartarse de la austeridad, el espíritu de sacrificio, el desinterés, la modestia, la honestidad, la actitud solidaria, el heroísmo que deben caracterizar a todo militante comunista.

[...] El Partido existe solo por el pueblo y para el pueblo. Los métodos burocráticos y el espíritu pequeñoburgués son ajenos por completo a sus principios [...] El autoritarismo, la demagogia, la autosuficiencia, la vanidad, la irresponsabilidad son inconcebibles en un comunista [...] *Un partido comunista en el poder no puede cometer o tolerar errores graves de principio y esos errores siempre han sido muy costosos al proceso revolucionario.* La historia lo demuestra así. Se han cometido incluso verdaderas traiciones que han infligido profundas heridas al movimiento revolucionario mundial.

¿Es irreversible o no el socialismo en un solo país? Es absolutamente irreversible si se aplican los principios. Nuestro pueblo lo ha demostrado. En las propias fauces del imperialismo yanqui no nos atemorizó su poderío, no nos deslumbraron sus riquezas, no nos penetró su ideología, no nos desestabilizaron sus acciones.

¿Acaso no hemos cometido errores? Si, los hemos cometido. ¿Acaso podemos decir que hemos sido consecuentes en la aplicación estricta de todos y cada uno de los principios, que somos por tanto comunistas ejemplares, sin máculas, sin errores, aunque estos fuesen cometidos por inconsciencia, incapacidad o ignorancia? No, estamos lejos

de ello, pero la honestidad a toda prueba, la lealtad a los principios y la consagración al pueblo de los revolucionarios cubanos, está fuera de todo cuestionamiento. La estrecha vinculación de nuestro Partido con las masas lo hace muy fuerte, y la decisión consecuente de aplicar esos principios lo hace irreversible (Castro, 1990 [1980], p. 368; énfasis propio).

El tercer gran proceso crítico y autocrítico emprendido por la Revolución cubana

Esas últimas prácticas siguieron caracterizando los comportamientos del PCC. Sin embargo, en el quinquenio 1981-1985 se menospreció la aplicación sistemática de esos y otros conceptos.

En esos años comenzaron a hacerse cada vez más evidentes los múltiples efectos negativos de los que diversos estudiosos de la historia de la Revolución cubana hemos denominado “el calco y la copia del modelo soviético”. En mi opinión, esto ocurrió por el desconocimiento de lo que había indicado Fidel en el discurso que pronunció el 1º de mayo de 1966: “Copiar en la vida, copiar en la Revolución, es como copiar en un examen. Y nadie podrá graduarse de revolucionario copiando” (Castro, 2015 [1966], p. 438).

También porque se habían olvidado las premonitorias advertencias que realizó en su Informe Central al Primer Congreso del PCC acerca de que “ningún sistema de dirección en el socialismo” podía sustituir “la política, la ideología, la conciencia de la gente; porque los factores que determinan la eficiencia en la economía capitalista son otros que no pueden existir de ninguna manera en el socialismo [en el que] sigue siendo un factor fundamental y decisivo el aspecto político, el aspecto ideológico y el aspecto moral” (Castro, 1976 [1975], p. 76).

Cualquiera que sean los criterios que puedan derivarse de lo indicado, lo cierto fue que en el Informe Central que le presentó al Tercer Congreso del PCC efectuado entre el 4 y el 7 de febrero de 1986,

luego de mencionar todas las cifras indicativas del fecundo “trabajo creador de nuestro pueblo y en los avances de la Revolución”, dedicó cerca de 15 páginas a detallar las que denominó “deficiencias y fallas” identificadas en los años previos (Castro, 1990 [1986], pp. 439-454). Y, como colofón de las mismas, señaló:

Las estructuras de los organismos del Estado continuarán siendo perfeccionadas. Los funcionarios deficientes continuarán siendo sustituidos. / Se ha ganado conciencia de dificultades, trabas y deficiencias que pueden y deben ser resueltas; en especial la necesidad de un trabajo ágil, enérgico y tenaz. No habrá la menor tolerancia con la indolencia, la negligencia, la incapacidad y la irresponsabilidad. La etapa del aprendizaje debe quedar definitivamente atrás; es hora de aplicar ya a plenitud el enorme cúmulo de experiencias y conocimientos adquiridos en los años de la Revolución. ¡Ello supone la consagración y entrega total! (Castro, 1990 [1986], p. 454).

A los antes dicho agregó sus conceptos acerca de cómo debía conducirse el trabajo ideológico del PCC, de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), de las organizaciones sociales y de masas, al igual que abordar los errores que se estaban cometiendo en el cumplimiento de su “función social educativa” todos los órganos de difusión de nuestro país, incluidos los órganos oficiales del CC del PCC y de la Dirección Nacional de la UJC: los diarios *Granma* y *Juventud Rebelde*, respectivamente. Entre otros conceptos que no tengo espacio para detallar, en ese contexto expresó:

La tarea ideológica y política más importante que tenemos por delante es la culminación de la construcción del socialismo y, al mismo tiempo, bregar incansablemente por el perfeccionamiento de nuestra sociedad. No soslayamos, ni desconocemos nuestras imperfecciones y problemas. Hay que mantenerse alerta y cerrarle el paso al asustadizo espíritu pequeñoburgués que halla exageradas las normas de austeridad y extremado el rigor de la disciplina, someter a crítica el menor rasgo de prepotencia y darle una batida dondequiera que aparezca a la más mínima señal de aburguesamiento y corrupción (Castro, 1990 [1986], p. 513).

Y, recordó un mensaje que, por acuerdo del Buró Político del CC del PCC, él había enviado en 1984 a cada uno de los militantes de esa organización en el que les había reiterado el decisivo papel que les correspondía “en el seno de la familia, en el colectivo laboral o en la comunidad”, así como “en la educación de los niños y jóvenes”:

Deseamos subrayar la vigencia de los conceptos expresados en esa comunicación, e insistir en la trascendencia social del ejemplo personal de los comunistas y de los cuadros, así como en el hecho de que la capacidad y la autoridad del Partido para librar la lucha contra las inconsecuencias ideológicas en el seno de nuestra sociedad, depende del predominio en su vida interna, *del ejercicio oportuno y fraterno de la crítica y la autocrítica*” (Castro, 1990 [1986], pp. 13-514; énfasis propio)

Una mirada retrospectiva de esas afirmaciones permiten suponer que Fidel ya había captado la profundidad de las deformaciones que se estaban produciendo a causa, entre otras, de la errónea implementación del Sistema de Planificación y de Dirección de la Economía que había aprobado el Primer Congreso del PCC y se había ratificado en su Segundo Congreso. Mucho más porque, previamente había indicado en el informe referenciado en el párrafo anterior:

Después del impulso inicial a la implementación del Sistema de Dirección y Planificación de la Economía, no se trabajó consecuentemente en su perfeccionamiento. Se perdió iniciativa y no apareció la creatividad necesaria para adecuar mejor a nuestras condiciones específicas un sistema que, en buena medida, se tomó de la experiencia de otros países.

[...]

El Sistema de Dirección y Planificación de la Economía, en cuanto a la eficiencia de las empresas, puede ser un engaño completo si pretendemos resolver la rentabilidad de las mismas elevando los precios de los productos, la construcción y los servicios constructivos.

Algunos precios del mantenimiento, la construcción y el transporte [...] son escandalosamente altos; esto solo sirve para encubrir ineficiencias y el exceso de plantilla y gastos. Considero que tenemos mucho que aprender en materia de eficiencia y no debemos comportarnos como aprendices de brujos, es decir, aprendices de capitalistas. Si estas deficiencias no son superadas, el Sistema de Dirección y Planificación de la Economía dejaría de ser un motor impulsor de nuestro desarrollo (Castro, 1990 [1986], pp. 448-450).

Respetando el criterio de otros estudiosos de la historia de la Revolución cubana acerca de las connotaciones de sus afirmaciones (Pérez, 2018, pp. 185-226), lo cierto fue que en el discurso de clausura de la Asamblea Nacional de la Organización de Pioneros “José Martí”, pronunciado el 8 de abril de 1986, Fidel denunció públicamente los diversos problemas que se estaban presentando en la socioeconómica de nuestro país.

Igualmente, sus nefastas implicaciones políticas, éticas e ideológicas, en no pocos dirigentes estatales y empresariales, así como en diversos sectores del sujeto popular cubano, incluida la clase obrera y el campesinado. En su criterio, la irresponsabilidad de tales funcionarios también se había producido por la falta de vigilancia de algunos dirigentes o militantes del PCC.

En este escrito es imposible referir todos los elementos empíricos que utilizó en los 29 discursos que pronunció ante diferentes instancias del PCC y la UJC, así como en los más importantes eventos de las diversas organizaciones sociales y de masas entre el 19 abril de 1986 y el 1º de enero de 1989 como parte del que Fidel, desde el primero de esos años, había comenzado a denominar “proceso de rectificación de errores y tendencias negativas” (Castro, 1986a, 1989).

Así lo había acentuado en el discurso que pronunció el 2 de diciembre de 1986 en la clausura de la sesión diferida del Tercer Congreso del PCC, en la que, luego de meses de debate, se aprobó el Programa del PCC (PCC, 1986). En ese discurso, antes de resaltar la manera minuciosa y democrática en que finalmente se había logrado elaborar ese programa indicó: “Yo tengo la íntima convicción *de*

que, si nosotros no rectificamos los errores y las tendencias negativas, ni este Programa, ni nada que merezca llevar el nombre de Programa podría llevarse a cabo” (Castro, 1986a; énfasis propio).

Cabe destacar que fue en ese contexto que, en el discurso que pronunció el 8 de octubre de 1987, Fidel exteriorizó uno de sus más exhaustivos análisis de la extraordinaria importancia que le atribuía al pensamiento y la praxis del comandante Ernesto Che Guevara en el futuro de la transición socialista cubana.

Luego de indicar que en ese momento se estaban “rectificando todo tipo de chapucerías y de mediocridades que eran precisamente la negación de las ideas del Che, del pensamiento revolucionario del Che, del espíritu del Che y del ejemplo del Che”, así como de indicar que podían “haber muchas ideas del Che muy asociadas al momento inicial de la Revolución” (Castro, 1998 [1987], p. 172), agregó:

Pero hay muchas ideas del Che que son de una vigencia absoluta y total, ideas sin las cuales estoy convencido que no se puede construir el comunismo, como aquella idea de que el hombre no debe ser corrompido, de que el hombre no debe ser enajenado, aquella idea de que, sin la conciencia, y solo produciendo riquezas, no se podrá construir el socialismo como sociedad superior y [no] se podrá construir jamás el comunismo (Castro, 1998 [1987], p. 173).

No tengo espacio para referir todos los contenidos de ese discurso (que, en mi criterio, deberían reanalizarse en las condiciones actuales del nuestro país), ni todas las soluciones teórico-prácticas que, antes y después del Tercer Congreso del PCC, Fidel impulsó y organizó (sin extremismos de ningún tipo) para tratar de subsanar los errores cometidos hasta fines de 1985, así como evaluar de manera sistemática y crítica el resultado de las mismas.

Sin embargo, al igual que otros autores, considero que sus oportunas críticas-utópicas y teórico-prácticas a los errores que se habían cometido en el quinquenio 1981-1985, así como los que se cometieron durante el proceso de rectificación contribuyeron, de manera significativa, a *movilizar todas las energías creadoras de la absoluta mayoría*

del pueblo cubano para enfrentar las superpuestas y profundas crisis económica, social e ideológico-cultural que, a partir de fines de 1989, afectaron a nuestro país como consecuencia del derrumbe de los llamados “socialismos reales europeos” y de la implosión, a fines de 1991, de la Unión Soviética.

A ello también contribuyó el Llamamiento al Cuarto Congreso del PCC realizado por la máxima dirección política-estatal del país, en el que se anunciaba la celebración de ese evento en el primer semestre de 1991 y se le pedía a sus militantes y a todo el pueblo que expresaran sin cortapisas sus opiniones, críticas y sugerencias para profundizar “el proceso de rectificación” y continuar “el perfeccionamiento de la sociedad cubana y de sus instituciones democráticas”. Asimismo, para “enfrentar la compleja situación del país” y “realizar el balance de lo realizado desde el certero y previsor análisis crítico formulado en el III Congreso y, muy especialmente, a partir del discurso del compañero Fidel, el 19 de abril de 1986” (Castro, R., 1990, p. 5).

A pesar del desconcierto que en los meses inmediatamente anteriores a ese Llamamiento había provocado en diferentes sectores de la población cubana el derrumbe de algunos países socialistas de Europa del Este, al igual que la agudización de las multifacéticas contradicciones que, desde los años anteriores, se venían presentando en la Unión Soviética, a esa convocatoria acudieron “tres millones y medio de ciudadanos” que libremente emitieron “alrededor de un millón de planteamientos [críticos] y recomendaciones” (Sánchez, 2018, p. 235). Estos y estas, al igual que en ocasiones anteriores, nutrieron los documentos que fueron aprobados en el Cuarto Congreso del PCC, efectuado en Santiago de Cuba, entre el 10 y el 14 de octubre de 1991.

En consecuencia, a pesar de todas las carencias y los graves problemas económico-sociales que se presentaron durante los primeros años del “Período Especial en época de paz”, que fue como lo definió Fidel en su informe central a ese evento, la absoluta mayoría de la población políticamente activa del país logró convertir en realidad el llamamiento, que Fidel había realizado en su discurso de clausura, a

defender, a toda costa, “la Patria, la Revolución y el socialismo” (Castro, 1992 [1991]).

El heroísmo cotidiano demostrado por la absoluta mayoría del pueblo cubano durante lo que José Luis Rodríguez ha denominado “años duros del Período Especial” (Rodríguez, 2018, pp. 256-271) y las decisiones adoptadas por su liderazgo político-estatal para comenzar a superar las superpuestas crisis (geopolítica, económica y social) que afectaron en esos años posibilitó que, luego de varios meses de preparación, entre el 8 y el 10 de octubre de 1997, se efectuara el Quinto Congreso del PCC.

Luego de discutirlo con más de 3 millones y medio de personas, en este se aprobó la resolución titulada “El Partido de la unidad, la democracia y los derechos humanos que defendemos”. También, luego de ser analizada, los delegados aprobaron una importante resolución económica en la que se definieron las pautas dirigidas a superar de manera crítica y autocrítica todos los problemas que estaban determinando el inadecuado funcionamiento de la mayoría de las empresas estatales del país.

Aunque en ese Congreso preponderó el criterio de que las diversas medidas que se habían adoptado a partir de 1992 para capear y comenzar a superar la profunda crisis económico-social que venía atravesando el país desde 1990 habían comenzado a producir los resultados deseados, Fidel se refirió, entre otros, a algunos de los problemas ideológicos y axiológicos que habían reaparecido en la sociedad cubana.

Por consiguiente, en sus palabras de clausura planteó la necesidad de continuar avanzando en la consolidación de la institucionalidad democrático-participativa y socialmente representativa que paulatinamente se venía conformando en nuestro país, como condición necesaria para evitar que en este se expresaran las tendencias autodestructivas que se habían producido en los “socialismos reales europeos” y en la Unión Soviética.

Asimismo, refiriéndose a la que calificó como “nuestra magnífica juventud, a la cual, desde luego, le pedimos y siempre le pediremos

más”, Fidel indicó de manera crítica: “trabajo político que no es lo mismo que usar una consigna. El Partido también, durante mucho tiempo, a veces fue esquemático, dogmático, se trabajó con consignas, no siempre con argumentos”. Y agregó los siguientes conceptos que, al igual que otros, considero vigentes:

Hay que trabajar con los ciudadanos en concreto, uno a uno; no es solo el trabajo a través de la prensa y de la televisión, o de las conferencias, o de los mítines políticos. El trabajo de convencer y persuadir a los seres humanos uno por uno es histórico. Las religiones se crearon de esa forma y han durado miles de años. / Nosotros los revolucionarios tenemos que hacer lo mismo. Nuestros cuadros y los de la juventud tienen que trabajar así, y nunca dar a nadie por perdido.

A partir de la más profunda convicción de que tenemos la razón y defendemos lo más justo, lo más hermoso, lo más humano, discutir todo el tiempo que haya que discutir, explicar todas las veces que haya que explicar, enseñar, educar. No se puede hacer trabajo político en abstracto. Profundizar en los conocimientos, en las ideas, en lo que pasa aquí y en lo que pasa en el mundo. Ser francos, ser valientes, ser veraces (Castro, 1997).

El cuarto gran proceso crítico y autocrítico emprendido por la Revolución cubana

Partiendo de esos conceptos, en una de sus intervenciones en Sexto Congreso de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), efectuado entre el 5 y el 7 de noviembre 1998, Fidel abordó de manera crítica y autocrítica las causas atribuibles al liderazgo político-estatal de nuestro país en lo concerniente a “la prevalencia de prejuicios raciales en nuestra sociedad en general y de modo particular en ciertas prácticas culturales”. Al respecto indicó:

Nuestra ilusión fue creer que únicamente la Revolución lo cambiaría todo al cambiar el sistema de propiedad y socializarlo todo y que iba a poner fin a la discriminación. Pero observamos con tristeza cómo se prolonga ese fenómeno, aún en medio de una Revolución tan radical como la nuestra, Tenemos que hacer un examen de conciencia de verdad [...] Nosotros que somos como ustedes dicen, multiétnicos, multirraciales y multiculturales, tenemos que resolver este problema y deberíamos ser ejemplo en su solución. Y hay que decir, después de tantos años de Revolución, que nos hicimos ilusiones acerca de su naturaleza (Castro, 2021 [1998], p. 14).

Cabe destacar que en el discurso de clausura, Fidel concentró su atención en documentar (con lujo de detalles) cómo el Gobierno de los Estados Unidos utilizaba la información y la cultura como “una nueva arma nuclear” para la dominación del planeta. Al respecto indicó que con “la globalización neoliberal, y con la globalización de la cultura, fundamentalmente, en manos de Estados Unidos, esta se convierte en el más poderoso instrumento de dominación del imperialismo” (Castro, 2021 [1998a], p. 133).

Días después, en el discurso que pronunció el 11 de diciembre de 1998 en la clausura del Séptimo Congreso de la UJC, Fidel elogió que las delegadas y los delegados asistentes hubieran discutido “todos los temas por espinosos y complejos que fuesen” (Castro, 1998). Esto, en mi opinión, le permitió profundizar su análisis crítico y autocrítico de las diversas contrariedades objetivas y subjetivas que estaban afectando a diferentes sectores de la sociedad y, en particular, de la juventud y a las familias, al igual que a las personas que, por diferentes causas, habían sido colocadas en situaciones vulnerables.

En concordancia con lo que había planteado en el Congreso de la UNEAC, Fidel asoció la solución de todos esos problemas (agudizados durante los primeros años del Período Especial) con la extraordinaria importancia que en el futuro del mundo iba a tener “la batalla de ideas” que se tendría que emprender en nuestro país.

La vinculó a la búsqueda de soluciones prácticas a las principales debilidades económicas, sociales, políticas, educativas e ideológico-culturales que afectaban a nuestra sociedad.

De modo que puede afirmarse que, a partir de 1999, bajo la dirección de Fidel, comenzó a desplegarse otro de los grandes procesos críticos y autocríticos que se habían emprendido en las etapas precedentes de la Revolución cubana.

Cualquiera que sean los juicios que se tengan sobre esa afirmación, lo cierto fue que, como ha indicado la socióloga cubana María Isabel Domínguez, a partir del año 1999, Fidel asumió personalmente la conducción de “la batalla de ideas”.

Esta tuvo como uno de sus principales designios impulsar el “refuerzo educativo, cultural y político-ideológico de la población y en particular de las juventudes, con el objetivo de lograr la llamada ‘cultura general integral’ y de garantizar su plena inserción social al estudio y al trabajo después de las limitaciones” que tuvieron durante el decenio anterior (Domínguez, 2019, pp. 189-190).

En función del cumplimiento de esos y otros propósitos, se emprendieron los llamados Nuevos Programas Sociales que potenciaron “el ámbito educacional como vía para la inclusión social y de reactivar la participación juvenil, no solo a través de la presencia en organizaciones políticas, sociales, estudiantiles, profesionales y culturales, la cual se mantenía a niveles altos, sino para fortalecer los sentidos y significados de la participación sociopolítica en las subjetividades juveniles individuales y colectivas” (Domínguez, 2019, pp. 189-190).

Fue en ese contexto que, en el discurso que pronunció el 1º de mayo del 2000, Fidel sintetizó los conceptos sobre la Revolución que había venido utilizando de manera separada en otras ocasiones precedentes:

Revolución es sentido del momento histórico; *es cambiar todo lo que debe ser cambiado*; es igualdad y libertad plenas; es ser tratado y tratar a los demás como seres humanos; es emanciparnos por nosotros

mismos y con nuestros propios esfuerzos; es desafiar poderosas fuerzas dominantes dentro y fuera del ámbito social y nacional; es defender valores en los que se cree al precio de cualquier sacrificio; es modestia, desinterés, altruismo, solidaridad y heroísmo; es luchar con audacia, inteligencia y realismo; *es no mentir jamás ni violar principios éticos*; es convicción profunda de que no existe fuerza en el mundo capaz de aplastar la fuerza de la verdad y las ideas. Revolución es unidad, es independencia, *es luchar por nuestros sueños de justicia para Cuba y para el mundo*, que es la base de nuestro patriotismo, nuestro socialismo y nuestro internacionalismo (Castro, 2000; énfasis propio).

Una lectura retrospectiva de sus palabras y de las innumerables soluciones prácticas que se implementaron en los años posteriores permiten afirmar que en algunos de sus preceptos (“cambiar todo lo que debe ser cambiado”) subyacía (y subyace) la necesidad de que el PCC y su organización juvenil (la UJC) condujeran un nuevo análisis crítico-utópico y teórico-práctico de los problemas que en aquellos años estaban afectando sus correspondientes labores político-ideológicas, así como a la sociedad cubana.

Para ello era (y es) imprescindible el adecuado funcionamiento del sistema político, al igual que de la socioeconomía, del sistema educativo, de los diferentes componentes de la cultura nacional, así como de los principios éticos imprescindibles para continuar avanzando en la construcción y defensa del socialismo en nuestro país y de su multifacética proyección internacional.

Tal vez, como nunca antes, así lo expresó Fidel en la alocución del 17 de noviembre de 2005, en ocasión del 60 aniversario de su ingreso a la Universidad de La Habana. De manera crítica y autocrítica señaló que “*entre los muchos errores que hemos cometido todos, el más importante [...] era creer que [...] alguien sabía cómo se construye el socialismo*” (Castro, 2005; énfasis propio).

Y luego de analizar las manifestaciones de indisciplina social, latrocinio, corrupción e inadecuada utilización de los recursos económicos y energéticos que se estaban evidenciando en diversas

estructuras gubernamentales, empresariales y en algunos colectivos de trabajadores estatales, agregó: “Este país puede autodestruirse por sí mismo; esta Revolución puede destruirse, los que no pueden destruirla hoy son ellos [nuestros enemigos]; *nosotros sí [...] podemos destruirla, y sería culpa nuestra*” (Castro, 2005; énfasis propio).

A modo de conclusión

Como he indicado en otros escritos (Suárez, 2016 [2014]), a pesar de las discusiones de ese discurso que, como era habitual, se realizaron en los diferentes órganos de dirección y en las organizaciones de base del PCC y de la UJC, los diversos problemas que afectaban el funcionamiento de ambas organizaciones, al igual que a las organizaciones sociales y de masas, así como a los Organismos de la Administración Central del Estado no propiciaron un profundo análisis crítico-utópico de esos planteamientos del Líder Histórico de la Revolución cubana.

En ello influyeron diversas circunstancias internas y externas que no tengo espacio para detallar en este escrito. Pero entre ellas hay que incluir las graves dolencias que estaban afectando la salud de Fidel. A partir de fines de julio del 2006, estas lo obligaron a someterse a sucesivas intervenciones quirúrgicas que, en más de una ocasión, pusieron en peligro su existencia física.

A consecuencia y según lo establecido en la Constitución de la República de Cuba y en los Estatutos del PCC, asumió interinamente la Primera Secretaría del CC de esa organización y la presidencia de los Consejos de Estado y de Ministros (CEMM) su entonces vicepresidente primero y segundo secretario del CC del PCC, el general de Ejército Raúl Castro, quien, en el discurso que pronunció casi un año después, convocó a emprender “un debate crítico dentro del socialismo” de los diversos problemas estructurales y funcionales, objetivos y subjetivos, que estaban afectando a la sociedad, a la economía y al sistema político cubano (Castro, R., 2007).

Como resultado de esa y otras convocatorias del liderazgo político-estatal, se efectuaron en todo el país 215.687 mil reuniones conducidas por el PCC y la UJC. En estas participaron más de 5 millones de ciudadanos que realizaron poco más de 3.255 intervenciones con 1.301 planteamientos, de los cuales el 48,8% remarcaron los diversos problemas internos que estaban afectando a la transición socialista cubana. (González, 2007).

Contando con ese diagnóstico y con el reiterado apoyo popular a la activa y multidimensional política internacional desplegada en los años previos, así como después de efectuadas las elecciones generales del 2007-2008, el 24 de febrero de ese año Raúl Castro fue electo como presidente de los CCEMM mediante el voto universal, libre y secreto de los diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular que previamente habían resultado elegidos por la ciudadanía mediante su voto universal, libre, directo y secreto en todos los municipios del país.

En su discurso de toma de posición, Raúl (como lo identifica el pueblo cubano) reiteró su compromiso de emprender los cambios estructurales y funcionales necesarios teniendo como prioridad “la satisfacción de las necesidades básicas de la población, tanto materiales como espirituales, partiendo del fortalecimiento sostenido de la economía nacional y de su base productiva”, sin lo cual, agregó, “sería imposible el desarrollo” (Castro, R., 2008).

Cabe destacar que, con otras palabras, lo mismo indicó, en su carácter de Primer Secretario del CC del PCC, en sus Informes Centrales y en sus discursos de clausura de Sexto (2011), Séptimo (2016) y Octavo (2021) congresos de esa organización.

Al igual que había hecho Fidel, Raúl siempre abordó el análisis crítico y autocrítico de los diferentes problemas que afectaban al país y delineó las acciones proactivas que, en su criterio, se tendrían que emprenderse “sin prisa, pero sin pausa” para tratar de solucionarlos en los menores plazos que resultaran posible (Castro, R., 2011, pp. 25-56, 2011a, pp. 237-246).

El relato de todas esas acciones, así como de sus desiguales y/o contradictorios resultados trascienden el objetivo de este escrito. Sin embargo, de todo lo dicho y de otros muchos elementos que no he podido incluir, derivó la imperiosidad de estudiar profundamente el multifacético legado de Fidel.

Entre otras razones porque, sin negar su importancia, este no puede reducirse, como muchas veces se hace, a su concepto de Revolución antes referido y porque en nuestro país no se han publicado “anales oficiales ni académicos suficientemente documentados, abarcadores, analíticos y sintéticos sobre el transcurrir” de la Revolución cubana en el poder (Suárez, 2018, p. 5). Ni siquiera, sobre su “vanguardia política”: el PCC y su organización juvenil, la UJC.

Con ese u otros propósitos, siempre será imprescindible visitar los escritos, discursos, alocuciones y entrevistas en las que Fidel explicó con lujo de detalles y contextualizó sus sistemáticas críticas y autocríticas a las falencias de la difícil y sui géneris transición socialista que desde hace poco más de 60 años se desarrolla en nuestro país.

Tal vez, el estudio y el análisis dialéctico, antidogmático e integral de sus pensamientos y las maneras lógico-histórica y teórico-práctica como él los elaboraba (muchas veces, en sus interacciones directas con diversos sectores del sujeto popular, incluidos los niños, los adolescentes y los jóvenes) posibilitará que el actual liderazgo político-estatal de nuestro país, encabezado desde el 2021 por Miguel Díaz-Canel, no vuelva a cometer algunos de los desaciertos que Fidel criticó en diferentes ocasiones de su larga y fructífera carrera política y en su desempeño como uno de los estadistas más prestigiosos y reconocidos en todo el mundo.

También el estudio del multifacético legado de Fidel puede ayudar a que las actuales o futuras generaciones de cubanos –en particular, las que solo tienen sus vivencias personales, familiares o grupales de su pasado presente– logren comprender que los desaciertos individuales o colectivos que se han cometido desde 1959 hasta la actualidad no son congénitos a la Revolución, ni a la transición

socialista cubana, sino que forman parte de las obras humanas y de las diversas pruebas de ensayo-error que se han tenido y se tendrán que emprender para, de manera constante y sistemática, seguir *revolucionando a la Revolución cubana*.

En mi criterio, esto resulta mucho más necesario en momentos como los actuales, en que –como bien, en diversas ocasiones, ha indicado Díaz-Canel (como comúnmente lo llama nuestro pueblo)– nuestra Patria y nuestro pueblo están viviendo y sufriendo uno de los momentos más difíciles de la historia de su Revolución y de sus diversas interacciones internacionales.

Esto implica, como él también ha dicho, seguramente inspirado en los legados del Che, de Fidel y de Raúl: *“lo más revolucionario dentro de la Revolución es y debe ser siempre el Partido, así como el Partido debe ser la fuerza que revoluciona a la Revolución”* (Díaz-Canel, 2021; énfasis propio).

Para el cumplimiento de esa Misión considero que es más necesario que nunca recordar lo que dijo Fidel en la conversación que sostuvo en 1992 con el comandante del Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua, Tomás Borges:

Martí decía [...] que los sueños de hoy son realidades de mañana, y nosotros, en nuestro país, hemos visto convertidos en realidades muchos sueños de ayer, una gran parte de nuestras utopías las hemos visto convertidas en realidad. Y si hemos visto utopías que se han hecho realidades, tenemos derecho a seguir pensando en sueños que algún día serán realidades, tanto a nivel nacional como a nivel mundial. / Si no pensáramos así, tendríamos que dejar de luchar, la única conclusión consecuente sería abandonar la lucha, y creo que un revolucionario no abandona jamás la lucha, como no deja jamás de soñar (Castro, 1992, p. 302).

Bibliografía

Castro, Fidel. (1970). Comparecencia a través de la radio y la televisión nacionales, sobre la zafra azucarera de 1970. <http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/comparecencia-traves-de-la-radio-y-la-television-nacionales-sobre-la-zafra-azucarera-de>

Castro, Fidel. (1970a). Discurso pronunciado el 26 de julio en la Plaza de la Revolución en ocasión del XVII aniversario del asalto al Cuartel Moncada. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1970/esp/f260770e.html>

Castro, Fidel. (1976 [1975]). *Memorias del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba*. La Habana: Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Castro, Fidel. (1986a). Discurso pronunciado en la sesión diferida del Tercer Congreso del PCC. <http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/clausura-de-la-sesion-diferida-del-iii-congreso-del-partido-comunista-de-cuba>

Castro, Fidel. (1987). *Un encuentro con Fidel. Entrevista realizada por Gianni Miná*. La Habana: Oficina de publicaciones del Consejo de Estado.

Castro, Fidel. (1989). *Por el camino correcto* (3ª ed.). La Habana: Editora Política.

Castro, Fidel. (1990 [1980]). Informe Central al Segundo Congreso del PCC. *Informe Central I, II, III Congreso del Partido Comunista de Cuba*. La Habana: Editora Política.

Castro, Fidel. (1990 [1986]). Informe Central al Tercer Congreso del PCC. *Informe Central I, II, III Congreso del Partido Comunista de Cuba*. La Habana: Editora Política.

Castro, Fidel. (1992 [1991]). Discurso pronunciado en el acto de masas con motivo de la clausura del IV Congreso del Partido Comunista de Cuba. *IV Congreso del Partido Comunista de Cuba: Discursos y documentos*. La Habana: Editora Política.

Castro, Fidel. (1992). *Un grano de maíz*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.

Castro, Fidel (1997) Discurso pronunciado en la clausura del V Congreso del PCC. <http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/discurso-pronunciado-en-la-clausura-del-v-congreso-del-pcc>

Castro, Fidel. (1998). Discurso de clausura del Séptimo Congreso de la UJC. <http://www.fidelcastro.cu/es/discurso/1998?page=4>

Castro, Fidel. (1998 [1987]). El Che. Imagen del hombre nuevo. En *El Che en Fidel Castro: Selección temática 1959-1997*. La Habana: Editora Política.

Castro, Fidel. (2000). Discurso pronunciado en la tribuna abierta de la juventud, los estudiantes y los trabajadores. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2000/esp/f010500e.html>

Castro, Fidel. (2005). Discurso pronunciado el 17 de noviembre en el 60 aniversario de su ingreso a la Universidad de La Habana. <http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/discurso-pronunciado-en-el-acto-por-el-aniversario-60-de-su-ingreso-la-universidad-en-el>

Castro, Fidel. (2009 [1962]). Cuando los errores se cometen y no se autocritican, el enemigo los aprovecha. En José Bell Lara, Delia Luisa López y Tania Caram León, *Documentos de la Revolución Cubana 1962*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Castro, Fidel. (2015 [1966]). Entendemos que las ideas marxistas-leninistas requieren un incesante desarrollo. En José Bell, Delia

Luisa López y Tania Caram, *Documentos de la Revolución Cubana* 1966. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Castro, Fidel. (2021 [1998]). Intervención en una de las sesiones del Sexto Congreso de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. En Elier Ramírez y Luis Morlote (comps.), *Lo primero que hay que salvar es la cultura: intervenciones de Fidel en la UNEAC*. La Habana: Ediciones Unión.

Castro Fidel. (2021 [1998a]). Discurso pronunciado en la clausura del VI Congreso de la UNEAC. En Elier Ramírez y Luis Morlote (comps.), *Lo primero que hay que salvar es la cultura: intervenciones de Fidel en la UNEAC*. La Habana: Ediciones Unión.

Castro, Raúl. (1990). *El futuro de nuestra Patria será un eterno Baraguá: Llamamiento al IV Congreso del PCC*. La Habana: Editora Política.

Castro, Raúl. (2007). Discurso pronunciado el 26 de julio en el acto central con motivo del aniversario 54 del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes. <https://www.granma.cu/granmad/secciones/raul26/index.html>

Castro, Raúl. (2008). Discurso pronunciado el 24 de febrero en las conclusiones de la sesión constitutiva de la VII Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular. <http://www.cuba.cu/gobierno/rauldiscursos/2008/esp/r240208e.html>

Castro, Raúl. (2011). Informe Central al VI Congreso del Partido Comunista de Cuba. *Nuestra Bandera, I-II(227-228)*.

Castro, Raúl. (2011a). Conclusiones del 6º Congreso del Partido Comunista de Cuba. *Nuestra Bandera, I-II(227-228)*.

Díaz-Canel, M. (2021). Discurso pronunciado el 19 de abril en la clausura del Octavo Congreso del PCC. <https://www.presidencia.gob.cu/es/presidencia/intervenciones/>

discurso-pronunciado-por-miguel-mario-diaz-canel-bermudez-primer-secretario-del-comite-central-del-partido-comunista-de-cuba-y-presidente-de-la-republica-de-cuba-en-la-clausura-del-octavo-congreso-del-partido/

Dominguez, María Isabel. (2019). Las dinámicas generacionales en Cuba: el lugar y el papel de las juventudes. En Luis Suárez Salazar (coord.), *Cuba en revolución: miradas en torno a su sesenta aniversario*. Buenos Aires: CLACSO.

Dri, Rubén. (1992 [1989]). América Latina: identidad, memoria histórica y utopía. En Dieterich, H. (comp.), *Nuestra América frente al quinto centenario. Emancipación e identidad de América Latina (1492-1992)*. México DF: Joaquín Mortiz/Planeta.

Editora Política. (1989). *Fidel Castro: Por el camino correcto*. La Habana: Editora Política.

González, Leonel. (2007). Victoria de la vergüenza: el pueblo demandó más revolución y mejor socialismo. <https://kaosenlared.net>

PCC. (1976). *Constitución de la República de Cuba: tesis y resolución*. La Habana: Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

PCC. (1986). *Programa del Partido Comunista de Cuba*. La Habana: Editora Política.

Pérez, Humberto. (2018). El período 1971-1985: antecedentes, hechos y valoración. En Luis Suárez Salazar (coord.), *La Revolución Cubana: algunas miradas críticas y descolonizadas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Rodríguez, José Luis. (1990). *Estrategia del desarrollo económico en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Rodríguez, José Luis. (2018). Los años duros del periodo especial: lecciones de coraje y resistencia. En Luis Suárez Salazar (coord.), *La Revolución Cubana: algunas miradas críticas y descolonizadas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Rodríguez, José Luis. (2019). Para Fidel no había economía sin política ni política sin economía. <https://www.cubaperiodistas.cu/index.php/2019/09/jose-luis-rodriguez-para-fidel-no-habia-economia-sin-politica-ni-politica-sin-economia/>

Sánchez, German. (2018). El IV Congreso del PCC y la primera reforma a la Constitución de 1976. En Luis Suárez Salazar (coord.), *La Revolución Cubana: algunas miradas críticas y descolonizadas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Suárez Salazar, Luis. (2016 [2014]). La 'actualización' del socialismo cubano: una crítica utópica. En G. Pulido, M. Ayala y A. Consegua, *Mirando a Cuba hoy: reformas y reconfiguraciones en una nueva etapa*. Provincia de Buenos Aires: Imago Mundi.

Suárez Salazar, Luis. (2017 [2015]). Las utopías de la Revolución Cubana: un enfoque lógico-histórico. En *Memorias del Primer Simposio Internacional La Revolución Cubana: Génesis y Desarrollo Histórico*. La Habana: Instituto de Historia de Cuba.

Suárez Salazar, Luis. (2018). Las utopías de la revolución cubana: una mirada en las proximidades de su 60 aniversario. En Alberto Bialakowsky et al., *Encrucijadas abiertas: América Latina y el Caribe. Sociedad y Pensamiento Crítico Abya Yala*. Buenos Aires: CEFIS-ASS.

Suárez Salazar, Luis. (2018a). Prefacio. En Luis Suárez Salazar (coord.), *La Revolución Cubana: algunas miradas críticas y descolonizadas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Suárez Salazar, Luis. (2021). La sistemática crítica y autocrítica a los errores de la Revolución cubana: uno de los imperecederos legados de Fidel Castro. <http://www.fidelcastro.cu/es/articulos/la-sistemica-critica-y-autocritica-los-errores-de-la-revolucion-cubana-uno-de-los>

Valdés Paz, Juan. (2018). *La evolución del poder en la Revolución Cubana*, Tomo I. México DF: Fundación Rosa Luxemburgo.

III

Epílogo

Ver lejos, ver bien

Una aproximación al pensamiento estratégico de Fidel Castro Ruz¹

Rafael Hidalgo Fernández

Para Raúl Roa García, el culto y cubanísimo Canciller de la Dignidad, “Fidel oye la hierba crecer y ve lo que está pasando al doblar de la esquina”.² A similar criterio llegó el experimentado presidente de la República Argelina Democrática y Popular, Abdelazis Buteflika, cuando aseveró: “Fidel viaja al futuro, regresa y lo explica” (Buteflika, 2013 [2001]).

Roa hace su afirmación cuando el Líder Histórico de la Revolución cubana transita por sus 36 años, justo en los inicios de su

¹ Este ensayo es una versión editada del artículo homónimo publicado por su autor el 28 de junio del 2021. <http://www.cubadebate.cu/especiales/2021/06/28/ver-lejos-ver-bien-una-aproximacion-al-pensamiento-estrategico-de-fidel-castro/>

² Según el testimonio de Raúl Roa Kourí, su padre, el Canciller de la Dignidad Raúl Roa García, reiteraba con mucha frecuencia la expresión citada, cuyo origen ubica a principios de 1963, luego de los exitosos desempeños de Fidel como político, militar y estadista al encarar la intensa batalla por aplicar el Programa del Moncada, durante los primeros 22 meses del triunfo revolucionario; al encabezar la batalla que concluye con la victoria de Playa Girón y encarar con brillantez los días “luminosos y tristes” de la Crisis de Octubre de 1962. Es evidente que el fino olfato político de Roa captó, como el Che, el genio político y la capacidad del entonces joven líder de la Revolución cubana de ver oportunidades donde otros percibían obstáculos.

larga trayectoria como estadista, y aun siendo un joven dirigente revolucionario.

Buteflika exterioriza la suya cuando Fidel se aproxima a sus 76 años y ya ha encarado, con éxitos incuestionables, desafíos políticos y militares que le demandaron poner en acción su capacidad de pensar y actuar con la perspectiva estratégica que había consagrado su proyección política mundial, en su doble condición de estadista y líder político revolucionario.

¿Cómo interpretar y/o entender el sustrato común de afirmaciones tan distantes en el tiempo y respecto a las etapas de desarrollo del liderazgo de Fidel a las que aluden? ¿Qué factores explican el rasgo que ambas figuras exaltan: la capacidad previsoras del líder cubano? A responder esas preguntas, van dirigidas las páginas que siguen.

Una primera explicación, admisible hasta cierto punto, podría ser: *Fidel es un estadista y un dirigente revolucionario de características excepcionales.*

Es factible sustentar dicha excepcionalidad con innumerables evidencias empíricas, desde las ideas innovadoras que defendió y supo socializar con vocación, sentido didáctico y deleite de pedagogo, hasta la enorme gama de sus acciones que muestran cómo es factible que se forje un liderazgo revolucionario de pensamiento estratégico, capaz de influir en el comportamiento de la mayoría de un pueblo, cuando se funden en una misma persona intelecto superior, carisma inusual, sólidos valores morales y éticos forjados desde la infancia, estudios sistemáticos bien asimilados, sensibilidad humana y objetivos altruistas de justicia y entrega a los demás, entre otros atributos generadores de empatía, autoridad y admiración.

Pero esta explicación resulta insuficiente para entender cómo Fidel llega a oír “la hierba crecer”, o “viajar al futuro y regresar para explicarlo”. En mi opinión, se necesitan otros elementos explicativos para responder dos preguntas claves: ¿cómo Fidel desarrolló tal capacidad de previsión estratégica desde su época juvenil? y ¿qué interrelación existe entre dicha capacidad de previsión, o prospectiva, como algunos la llaman, con el modo que fue perfeccionando un

pensamiento estratégico de alta complejidad, sistemático y educado con disciplina evidente?³

Aproximarnos a este último asunto equivale a entender la vigencia del modo fidelista de conocer y transformar la realidad social como un todo, ya que como político de cultura enciclopédica se impuso como objetivo de su vida socializar sus ideas humanistas y de justicia, pero de forma comprensible para las amplias masas de Cuba y el mundo, a partir de su convicción martiana de que *Patria es Humanidad*.

Además, abordar el tema contribuye a explicar cómo el líder cubano fue desarrollando su capacidad de análisis y síntesis, así como su habilidad para articular “el pensamiento abstracto con la realidad concreta” (Martínez, 2018, p. 40). También cómo Fidel combinaba la fundamentación cuantitativa con la cualitativa; los nexos indisolubles entre tradición histórica, economía, cultura, ética y compromiso político con los más humildes. Asimismo, su capacidad para diferenciar lo esencial de lo secundario.

El Che Guevara, agudo observador de la naturaleza humana, que conocía a Fidel desde los primeros meses de 1956; que desde el desembarco del yate *Granma*, el 2 de diciembre de ese año, hasta la victoria de la Revolución había compartido con él las vicisitudes de la lucha armada contra la dictadura de Fulgencio Batista y, posteriormente, cumplido con dedicación todas las tareas que Fidel le había asignado, en su ensayo “Cuba: ¿Excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?”, al referirse a los factores excepcionales de esa revolución, indicó:

³ Defino como “pensamiento estratégico” la habilidad desarrollada de manera estable, consciente, metódica y disciplinada por Fidel, a partir de aptitudes y/o capacidades superiores de su personalidad, para anticipar eventos probables en la política u otras esferas de la sociedad, a partir de un conocimiento complejo, dialéctico e históricamente fundamentado de las variables operantes en cada caso o situación, todo ello sin hacer concesiones en el campo de los principios éticos y teniendo siempre como prioridades estratégicas los elementos propiciadores del bienestar del pueblo cubano y los sectores humildes de otras latitudes. Desde estas claves supo operar con flexibilidad táctica, y altas cuotas de audacia y optimismo, para ver oportunidades en los episodios más adversos, en función

El primero, quizás, el más importante, el más original, es esa fuerza telúrica llamada Fidel Castro Ruz, nombre que en pocos años ha alcanzado proyecciones históricas. El futuro colocará en su lugar exacto los méritos de nuestro primer ministro, pero a nosotros se nos antojan comparables con las más altas figuras de toda Latinoamérica (Guevara, 2005 [1961], p. 138).

Y, enseguida se preguntó: “Y ¿cuáles son las circunstancias excepcionales que rodean la personalidad de Fidel Castro?”. Su respuesta fue la siguiente:

Hay varias características en su vida y en su carácter que lo hacen sobresalir ampliamente por sobre todos sus compañeros y seguidores; Fidel es un hombre de tan enorme personalidad que, en cualquier movimiento donde participé, debe llevar la conducción y así lo ha hecho en el curso de su carrera en la vida estudiantil hasta el premio de nuestra patria y de los pueblos oprimidos de América Latina. Tiene las características de gran conductor, que, sumadas a sus dotes personales de audacia, fuerza y valor, y a su extraordinario afán de auscultar siempre la voluntad del pueblo, lo han llevado al lugar de honor y de sacrificio que hoy ocupa. Pero tiene otras cualidades importantes, como son su *capacidad para asimilar los conocimientos y las experiencias, para comprender todo el conjunto de una situación dada sin perder de vista los detalles*, su fe inmensa en el futuro, *y su amplitud de visión para prevenir los acontecimientos y anticiparse a los hechos*, viendo siempre más lejos y mejor que sus compañeros. Con estas grandes cualidades cardinales, con su capacidad de aglutinar, de unir, oponiéndose a la división que debilita; su capacidad de dirigir a la cabeza de toda la acción del pueblo; su amor infinito por él, *su fe en el futuro y su capacidad de preverlo*, Fidel Castro hizo más que nadie en Cuba para construir de la nada el aparato hoy formidable de la Revolución cubana (Guevara, 2005 [1961], p. 138; énfasis propio).

De esta manera, el Guerrillero Heroico nos aportó varias claves para aquilatar cómo solía emprender Fidel el proceso del conocimiento de la realidad (perspectiva epistemológica), sobre todo a la hora de descomponer de manera compleja, multifactorial y dialéctica las

de carácter político, con las que tuvo que lidiar a lo largo de su vida como revolucionario, sin perder de vista las demandas del comportamiento ético de raigal tradición martiana, ni las exigencias del “sentido del momento histórico”(Castro, 2008 [2000], p. 547).

De formación humanista, cultura erudita y una sólida formación marxista y leninista, no dogmática ni autoritaria, Fidel comprendió la importancia del diálogo directo tanto con el pueblo con sus saberes empíricos, como con los expertos en las más disímiles materias. Con unos y otros estableció intercambios orientados a encontrar la esencia de los problemas más acuciantes para la sociedad y para sus interlocutores, mediante una relación de comunicación exenta de tabúes y siempre orientada a descubrir y aprehender la verdad subyacente en los asuntos debatidos.

Así demostró que tenía plena conciencia de que no existe política estratégica o sustentable de largo plazo, si no estaba anclada sobre sólidas definiciones teóricas y si carecía de un apoyo popular consciente y organizado. Además, siempre comprendió que la más sólida de las teorías, si no pasa la prueba vital de la práctica, quedará en el campo de la especulación inocua, ya sea en el ámbito de la política interna o de la internacional.

Ello explica su conocido afán de estudio y, sobre todo, su búsqueda incesante de vías y modos de verificar, en los hechos, la pertinencia o no de una solución identificada como posible o deseable. A ello lo ayudó su convicción ética de que “en cualquier obra humana, habrá material para la crítica, para el análisis y para la superación de dificultades”. Asimismo, su convencimiento de que “el revolucionario no se siente nunca satisfecho, ni puede sentirse, tiene que ser un eterno inconforme” (Castro, 1988).

En este punto se revela de manera más clara su formación dialéctica de base marxista: sabe lidiar con las contradicciones del desarrollo en todos los campos, y aprovecha las contradicciones (tanto las del enemigo, como las que genera la propia construcción del socialismo) para anticipar respuestas contundentes en el primer caso y encontrar soluciones novedosas, en el segundo.

Esa habilidad, a nivel político, explica que haya sido, a la vez, arquitecto de las más grandes realizaciones de la Revolución, cronista de ellas y, sobre todo, crítico honesto de las que mostraron insuficiencias, fallas o errores. De modo que su verdadera visión estratégica se aprecia más a la hora de analizar y resolver estos últimos, que en el momento de examinar las victorias y los logros.

Por otra parte, siempre practicó la crítica y la autocrítica en el sentido martiano de que “criticar no es morder”, sino ejercer el criterio desde la buena fe en los asuntos relacionados con el bienestar colectivo y, más de una vez, logró anticipar y advertirnos a todas las tendencias negativas en el proceso de construcción socialista que requerían de soluciones con participación de la sociedad.

En varios momentos de la historia de la Revolución se pudo constatar esta característica infaltable de su modo de proceder: el análisis de las fallas y errores mediante el diálogo diáfano con el pueblo, o con los sectores sociales concernidos en cada caso. En estos evitó siempre las seudo soluciones verticalistas y unilaterales. Esa premisa marcó sus análisis y decisiones. Nunca adoptó ninguna importante hasta lograr que el pueblo la entendiera.

La convicción fidelista de que el pueblo debe ser, desde su heterogénea composición, sujeto social protagónico de las rectificaciones, quizás ayude a explicar por qué y cómo el “proceso de rectificación de errores y tendencias negativas”, que se inició en 1986, preparó subjetivamente al país para resistir las duras pruebas del Período especial en tiempo de paz (iniciado en 1990); ya que él tempranamente intuyó que el socialismo este-europeo y la propia URSS estaban en fase de autodestrucción. Así lo expresó en el discurso que pronunció el 26 de julio de 1989 en Camagüey. Su visionaria advertencia nos sorprendió a todos.

Pero casi 30 años antes de que eso ocurriera, su pensamiento estratégico ya se había puesto en evidencia cuando, en 1960, visualizó los complejos esfuerzos que había que realizar para transformar a Cuba en un país de “hombres de ciencia y de pensamiento”, así como la importancia de trabajar con ahínco para interrelacionar ciencia, desarrollo e innovación en las condiciones de un país de escasos

recursos naturales, bloqueado de forma inmisericorde por Estados Unidos y obligado a formar, a un ritmo acelerado, sus propios recursos humanos calificados.

Adicionalmente, combinó su perspectiva estratégica a la hora de pensar el futuro de Cuba y su Revolución, cuando decidió encarar el desafío de lograr la participación política y social más plena de los creyentes y sus iglesias en el proceso de construcción de la vía cubana al socialismo.

En esta línea de pensamiento, los acuerdos del Cuarto Congreso del PCC (que propiciaron la incorporación a sus filas de los creyentes que, al igual que los no creyentes, tuvieran una conducta ejemplar en su vida y ante las diferentes tareas de la Revolución) ensancharon, a nivel político, la base social de la democracia socialista y reconocieron, en el plano histórico, los aportes de los cristianos revolucionarios a las luchas por la independencia nacional y por el socialismo.

Ambas fueron una confirmación palpable de la capacidad ética de la Revolución para rectificar todo lo que lo demande para bien de la nación y del proyecto de sociedad socialista que aún estamos construyendo.

En el campo de la política internacional, la intuición de Fidel no solo le permitió evadir trampas y obstáculos diseñados por los sucesivos gobiernos de Estados Unidos para asfixiar la economía y aislar políticamente a Cuba, sino también el diseño de un conjunto de respuestas proactivas que colocaron a la Revolución en posición de ofensiva.

Basta mencionar, como ejemplo, las votaciones abrumadoras de las sucesivas asambleas generales de la Organización de Naciones Unidas que, desde 1992 hasta la actualidad, han repudiado “el bloqueo económico, comercial y financiero impuesto por los Estados Unidos contra Cuba”. Estas han terminado aislando a los gobiernos estadounidenses y a los de su aliado sionista del Medio Oriente: el Estado de Israel.

A todo lo dicho hay agregar que, más de una vez, Fidel advirtió con anticipación las contradicciones en el seno del propio sistema capitalista. Ello le permitió desarrollar campañas internacionales

de opinión que pusieron en jaque a los portadores de las soluciones neoliberales.

Así lo confirmaron sus “batallas” contra la deuda externa de los países de Tercer Mundo en la década de 1980 y, años más tarde, contra el Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA), impulsado por las administraciones del demócrata William Clinton (1993-2001) y del republicano George W. Bush, hasta que finalmente su propuesta neocolonizadora fue derrotada en la Cumbre de las Américas efectuada en el 2005 en Mar del Plata, Argentina.

Por otra parte, en su método de descubrir y asimilar los desafíos de la cambiante realidad externa de un país en revolución, urgido de soluciones rápidas y eficaces, y obligado a garantizar una multifacética proyección internacional para neutralizar el sistema de medidas hostiles diseñado por las élites imperiales de Estados Unidos, Fidel logró crear un poderoso e interrelacionado sistema de relaciones internacionales, con un amplio protagonismo social, organizado y cada vez más consciente que pasó a ser un soporte de inestimable valor para la diplomacia cubana.

Podrían mencionarse decenas de ejemplos en las más variadas esferas del quehacer nacional, desde la economía a la ciencia y la cultura, desde la política a la defensa del país. Pero con el acumulado de evidencias disponibles, hoy se puede afirmar, a modo de síntesis, que el Líder Histórico de la Revolución cubana desarrolló una poco frecuente capacidad para intuir las expresiones no visibles del comportamiento humano y social, lo que le permitió anticipar escenarios (históricos, políticos y militares, entre otros), mediante una combinación excepcional de los elementos racionales del proceso de toma de decisiones políticas, con la intuición que nace de una especial capacidad para asociar de manera lógica hechos y comportamientos humanos, individuales o colectivos.

De modo que, como conclusión, puede afirmarse que la sobrevivencia de Cuba como nación y como Revolución, ¡debe mucho a esa manera fidelista de *ver bien y lejos en el horizonte!*

Bibliografía

Buteflika, Abdelazis. (2013 [2001]). Declaraciones a la prensa el 7 de mayo de 2001 en el aeropuerto internacional *Houari Boumediene* de Argel, al despedir al presidente cubano Fidel Castro. En Iroel Sánchez, *Fidel, viajero del futuro*. <https://www.cubahora.cu/ciencia-y-tecnologia/fidel-viajero-del-futuro>

Castro, Fidel. (1988). Discurso pronunciado el 26 de julio en el acto central por el XXXV aniversario del asalto al cuartel Moncada, efectuado en Santiago de Cuba. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1988/esp/f260788e.html>

Castro, Fidel. (2008 [2000]). Discurso pronunciado el primero de mayo en la Plaza de la Revolución José Martí. En Pedro Álvarez Tabio, *Habla Fidel: 25 discursos en la Revolución*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.

Guevara, Ernesto. (2005 [1961]). Cuba: ¿Excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista? En María del Carmen Ariet y David Deutschmann (edits.), *Che Guevara: una antología mínima*. Melbourne-Nueva York-La Habana: Centro de Estudios *Che Guevara* y Ocean Press.

Martínez, Osvaldo. (2018). El pensamiento de Fidel Castro sobre las relaciones económicas internacionales. En *El pensamiento de Fidel Castro sobre las relaciones económicas internacionales*. La Habana: Editorial Academia.

De las y los autores

Abel Prieto Jiménez (1950) Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas en la Escuela de Letras y Arte de la Universidad de La Habana. Dirigió las editoriales Arte y Literatura y Letras Cubanas y el Centro Cultural *Juan Marinello*.; Presidió la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Se desempeñó como ministro de Cultura durante 17 años. Actualmente preside la Casa de las Américas. Desde 1993 es diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular. Ha publicado 4 libros de cuentos, uno de los cuales (*Un miedo encuadernado en amarillo*) fue merecedor del Premio 13 de Marzo de la Dirección de Extensión Universitaria. Asimismo, ha sido autor de 4 novelas y de 5 libros de ensayos. Los más recientes son: *Fuera (y dentro) del juego. Una relectura del “caso Padilla” cincuenta años después* (en coautoría con Jaime Gómez Triana) y *Ante lo desconocido. La pandemia y el sistema-mundo* (con Ignacio Ramonet y Atilio Boron). Entre las distinciones nacionales e internacionales que ha recibido se destacan la Orden Rubén Darío por la Independencia Cultural que confiere el gobierno de Nicaragua, la Orden de las Artes y las Letras del gobierno de Francia y la Medalla de Oro Víctor Hugo de la UNESCO.

Fidel Vascós González (1939) Doctor en Ciencias Económicas. Profesor titular del Instituto Superior de Relaciones Internacionales

“Raúl Roa”. Periodista de temas económicos, históricos, sociopolíticos y de relaciones internacionales. Ha publicado artículos en la revista *Verde Olivo* y en los periódicos *Trabajadores* y *Granma*, así como en *Prensa Latina*, *Radio Habana Cuba*, las revistas *Bohemia* y *Casa de las Américas*. Fue presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País (2015-2018) y director de su órgano de publicación la *Revista Bimestre Cubana*. Ha brindado conferencias de economía, historia y otros temas sociales y políticos en universidades de Cuba y otros países. Ha publicado libros sobre economía, socialismo e integración latinoamericana. Fue ministro-presidente del Comité Estatal de Estadísticas de Cuba (1976-1994). Fue vicepresidente del grupo Cubanacán S.A. de Comercio y Turismo Internacional. Fue embajador de Cuba en Chipre (2007-2012).

Jorge Núñez Jover (1949) Licenciado en Química. Doctor en Filosofía. Profesor titular de la Universidad de La Habana (UH). Ha sido profesor en los niveles de maestría y doctorado en varias universidades cubanas, latinoamericanas y españolas. Es miembro de numerosas redes y consejos editoriales de revistas iberoamericanas. Es presidente de la Cátedra de Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología de la UH. Es gestor del área de Ciencias y Sociedad del Programa Iberoamericano de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo (CYTED). También es consejero a título individual del Consejo Superior de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Es miembro de The Inter Academy Partnership’s COVID-19 Advisory Group y coordinador académico de la Red Gestión Universitaria del Conocimiento y la Innovación para el desarrollo local (GUCID). Es autor de 24 libros y de un centenar de artículos y capítulos incluidos en libros coordinados o compilados por otros autores. Ha recibido diversos reconocimientos nacionales o internacionales, entre ellos, el Premio CLACSO de Estudios de la Universidad 2010, los premios de la Academia de Ciencias de Cuba (2000, 2013, 2016, 2019 y 2020), así como la Orden Carlos J. Finlay otorgada por el Consejo de Estado de la República de Cuba.

José Luis Rodríguez García (1946) Licenciado en Economía. Doctor en Ciencias Económicas. Investigador titular y profesor de Mérito. Fue director del Centro de Investigaciones de la Economía Internacional (CIEI) de la Universidad de La Habana y subdirector del Centro de Investigación de la Economía Mundial (CIEM) de La Habana. En 1993 fue designado presidente del Comité Estatal de Finanzas de Cuba y en 1994 ministro de Finanzas y Precios. Un año después fue nombrado vicepresidente del Comité Ejecutivo de Consejo de Ministros y ministro de Economía y Planificación, cargo que ocupó hasta el 2009. Integró el Comité Central del Partido Comunista de Cuba (1997-2011). Actualmente es asesor del CIEM y miembro del Consejo Científico Superior de la Academia de Ciencias de Cuba. En razón de su prolífica obra académica y científica ha recibido diversos reconocimientos nacionales entre los que se destacan el Premio Carlos Rafael Rodríguez por la Obra de la Vida conferido por la Asociación Nacional de Economistas y Contadores (ANEC), el Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas conferido por el Instituto Cubano del Libro y el Consejo Superior de las Ciencias Sociales y Humanísticas de la República de Cuba.

Luis Suárez Salazar (1950) Licenciado en Ciencias Políticas. Doctor en Ciencias Sociológicas. Doctor en Ciencias. Actualmente es escritor independiente integrante de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Integra el Consejo Consultivo de expresidentes de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), el Consejo de Gobierno de la SEAP. Es profesor titular e integrante del Comité Académico del Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa García” de La Habana, Cuba, y del Tribunal Nacional Permanente de doctorados en Ciencias Históricas del Ministerio de Educación Superior. Ha sido autor, coautor, coordinador o compilador de 29 libros. Sus artículos y ensayo han sido incluidos en 54 libros compilados o coordinados por otros autores cubanos o de otros países del mundo. Ha recibido diversos reconocimientos nacionales e internacionales; entre los que se destacan 3 condecoraciones

otorgadas por el Consejo de Estado de la República de Cuba; la Mención Honorífica del Premio Libertador al Pensamiento Crítico, otorgado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura de la República Bolivariana de Venezuela, el Diploma Emilio Roig de Leuchsenring otorgado por la Unión de Historiadores de Cuba, la condición de Miembro de Mérito de la SEAP y el Sello conmemorativo por el 60 Aniversario de la UNEAC.

María del Carmen Ariet García (1949) Graduada de Instructora de Filosofía en el Departamento de Filosofía y de Socióloga en la Universidad de la Habana. Doctora en Ciencias Históricas. Es profesora titular adjunta de esa universidad, en la que se ha desempeñado como docente y conferencista en cursos, talleres o seminarios de postgrado. Es asesora de la Cátedra Che Guevara y del Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) de la Universidad de La Habana. Es miembro del Tribunal Nacional Permanente de Ciencias Sociológicas del Ministerio de Educación Superior (MES). Junto al doctor en Medicina Legal Jorge González Pérez, participó en la investigación que llevó al encuentro en Bolivia de los restos del Che y de otros de sus compañeros de lucha. Desde su fundación ha sido coordinadora científica del Centro de Estudios Ernesto Che Guevara de La Habana, Cuba, y del proyecto editorial emprendido por la Editorial Ocean Sur. Como fruto de su laborar investigativa ha sido autora de diversos escritos, al igual que coordinadora o editora de más de una docena de libros y productos audiovisuales dirigidos a divulgar la vida y la obra del Guerrillero Heroico.

Olga Fernández Ríos (1945) Doctora en Ciencias Filosóficas. Investigadora titular del Instituto de Filosofía especializada en teoría sociopolítica. Investiga sobre la sociedad cubana contemporánea, transición socialista, Estado, democracia, participación popular y ética. Ha asesorado investigaciones de profesores e investigadores e impartido posgrados y conferencias en Cuba y el extranjero. Autora de los libros *Formación y Desarrollo del Estado Socialista en Cuba* y

Dilemas de la transición Socialista en Cuba. Miembro de los colectivos de autores de más de 20 libros. Ha publicado decenas de artículos en revistas cubanas y extranjeras. Es vicepresidenta de la Academia de Ciencias de Cuba, subdirectora de la revista *Marx Ahora* y coordinadora de la Sección de Ciencias Sociales de la SEAP. Es miembro del Tribunal Nacional Permanente de doctorados en Ciencias Políticas de la Comisión Nacional de Grados Científicos de Cuba. Ha desempeñado responsabilidades diplomáticas en la Misión de Cuba en la ONU, en la Sección de Intereses de Cuba en Washington y en la Embajada de Cuba en Chile, a cargo de los intercambios académicos.

Rafael Hidalgo Fernández (1952) Licenciado en Sociología. Licenciado en Ciencias Políticas. Investigador agregado del Instituto de Historia de Cuba. Fue investigador en el Departamento de Estudios Socio-laborales de la Dirección de Fuerza de Trabajo Calificada, miembro del Consejo Técnico Asesor del Comité Estatal del Trabajo y Seguridad Social (1974-1980) y funcionario del Departamento América y del Departamento de Relaciones Internacionales del CC del PCC (1980-2019). De manera simultánea fue cónsul de Cuba en San Paulo y consejero político en las embajadas de Cuba en Venezuela y Brasil. En ambos países contribuyó a coordinar los encuentros con los sectores religiosos que sostuvo el comandante en jefe Fidel Castro durante las visitas oficiales (1989 y 1990 respectivamente). Fue responsable de la atención del Foro de san Pablo (2017-2020). Ha impartido conferencias sobre Cuba y temas internacionales en universidades y centros de investigación de Brasil, Venezuela, Colombia, Nicaragua, Guatemala, México, Costa Rica y Bélgica. Ha publicado diversos artículos en medios de prensa cubanos y en libros coordinados por otros autores.

Zoila Benítez de Mendoza (1946) Doctora en Ciencias Pedagógicas. Profesora de Filosofía Marxista, Historia de Cuba y Economía Política. Es miembro de la Cátedra Unesco en Ciencias de la Educación. Es presidenta de la Sociedad Económica de Amigos del País. Ha sido

autora de varios artículos y libros, algunos de ellos premiados por la Asociación de Educadores de Latinoamérica y del Caribe (AELAC) y la Editora Política del CC del PCC. Ha sido profesora invitada a 16 universidades latinoamericanas, en las que ha impartido conferencias y cursos sobre los temas y problemas actuales de la educación y cumplido misiones de colaboración científico-educativa en diferentes países. Asimismo, ha participado en varios congresos internacionales de ciencias pedagógicas. Fue directora de diferentes institutos pedagógicos cubanos. Fue miembro fundadora de la Asociación de Pedagogos de Cuba y de la AELAC. Fue diputada y vicepresidente de Asamblea Nacional del Poder Popular de la República de Cuba y, en tal carácter, de la Unión Internacional Parlamentaria.



EL PENSAMIENTO DEL CHE Y EL LEGADO DE FIDEL SOBRE LA TRANSICIÓN SOCIALISTA

APROXIMACIONES A SU VIGENCIA EN CUBA

CON EL FIN DE MANTENER VIGENTES EL LEGADO Y EL EJEMPLO DEL CHE Y DE FIDEL, ASÍ COMO DE OTROS HÉROES Y MÁRTIRES DE LA HISTORIA DE CUBA, Y CON EL PROPÓSITO DE SEGUIR AVANZANDO EN LA EDIFICACIÓN DE LO QUE SE HA LLAMADO UN SOCIALISMO INDEPENDIENTE, SOBERANO PRÓSPERO Y DEMOCRÁTICO SOSTENIBLE, SE DESARROLLARON DOS PANELES CON DIVERSOS ARTÍCULOS, CUYO RESULTADO ES ESTE LIBRO. ESTOS TEXTOS APORTAN NUEVOS CONOCIMIENTOS SOBRE ALGUNAS FACETAS DE LA OBRA TEÓRICO-PRÁCTICA DEL CHE Y DE FIDEL, CUYO PENSAMIENTO SIGUE TENIENDO VIGENCIA Y APLICACIÓN EN EL PRESENTE CUBANO.



casa de las américas

de
Centro de Estudios
CHE GUEVARA



 **CLACSO**